

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ
MARTÍN RODRÍGUEZ GARCÍA



Testimonios de migrantes

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Mtro. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General

Dra. Mara Nadiezhda Robles Villaseñor
Rectora del Centro Universitario de Los Altos

Dr. Alfredo Rodríguez Banda
Secretaría Académica

Mtra. Vanessa Isabel Rivas de Sandi
Secretaría Administrativa

Dr. Luis Aguilar Carvajal
División de Ciencias Sociales y de la Cultura

Dr. Sergio Sánchez Enríquez
División de Ciencias Biomédicas

M.V.Z. Edgar E. Pulido Chávez
División de Ciencias Agropecuarias e Ingenierías

© Centro Universitario de los Altos
© Los autores

ISBN: 978-607-8408-35-1

Diciembre de 2017

La impresión de este libro fue apoyada con recursos del proyecto
“P/PFCE-2016-14MSU0010Z-16”, proyecto perteneciente al programa de fortaleci-
miento de la calidad educativa del Centro Universitario de los Altos

CENTRO UNIVERSITARIO DE LOS ALTOS
Carretera a Yahualica, Km. 7.5 Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México.
Teléfono: 01 (378) 78 280 33

Cándido González Pérez
Martín Rodríguez García



Testimonios de migrantes

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de los Altos



Migrantes a la deriva. Irapuato Guanajuato.
Foto: Ximena Natera

“Este trabajo forma parte del proyecto En el Camino, realizado por la Red de Periodistas de a Pie con el apoyo de Open Society Foundations. Conoce más del proyecto aquí: enelcamino.periodistasdeapie.org.mx”



Testimonios de migrantes

7 Presentación

Entrevistas de Cándido González Pérez

11 La hija del Guayul

41 A la hechura de antes

De Norte a Centro América: testimonios
de Martín Rodríguez

61 La migración

65 Alfonso

97 Lupita

109 Los centroamericanos

133 Costa Central de California

Presentación

Cuando me propusieron prologar este libro de testimonios de migrantes, cosa que acepté con un alto honor, me puse a pensar varios días sobre qué aspectos debería resaltar. No soy un gran escritor y eso es un obstáculo, pero sí soy una persona que ha vivido, trabajado, sufrido y disfrutado por haber sido migrante toda mi vida, entonces, creo que los testimonios que agregue a estos del libro, pueden ser interesantes para las personas que son conocedoras de estas cosas y sin duda también para los paisanos que se han visto obligados a dejar la tierra de sus padres para buscar nuevos horizontes en el trabajo. Un servidor de ustedes es hijo de bracero de hueso colorado que participó como trabajador cuando firmaron los contratos, cuando el Programa Bracero que inició en 1942 y se refrendó anualmente hasta 1964. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, los gringos se enlistaron y necesitaban mano de obra que atendiera sus cultivos, fue entonces cuando casi cinco millones de contratos individuales fueron firmados por personas que trabajaban con las manos, y por eso se llama programa bracero, porque vinieron muchos a utilizar sus brazos. El primer contingente vino a Stockton, California, el 19 de septiembre del año de 1942, por eso nosotros conmemoramos el Día del Bracero en esa fecha y tenemos varios años consiguiendo recursos para construir el monumento a los braceros, porque significamos mucho para Estados Unidos y para nuestro país.

Las personas que tenemos muchos años viviendo en Estados Unidos, observamos a diario cómo es que hemos traído nuestra cultura y nuestras costumbres a este país. Muchos de mis compañeros ni siquiera aprendieron a hablar el inglés porque siempre vivimos, comíamos, jugábamos, trabajábamos y dormíamos con mexicanos, no nos hacía falta su idioma. Hace unos meses escuché que el disco de música más vendido acá, fue uno de Vicente Fernández, claro, somos millones de mexicanos metidos en Estados Unidos, y por supuesto que los gringos no son quienes lo compraron. A donde quiera que vaya uno en Estados Unidos hay comida mexicana, gente que habla nuestro idioma y santos de los nuestros para rezarles. Nosotros llevamos a México muchas costumbres de pochos, o sea, de mexicanos que vivimos muchas temporadas en el país de las oportunidades, pero también nos vinimos cobijados con nuestras costumbres. No exagero al decir que México y Estados Unidos serían otros si no hubieran existido los braceros.

Por las culturas de Estados Unidos y México que se han modificado debido a nuestra influencia como trabajadores binacionales es que se ha escrito este libro, por personas con sueños, ilusiones, problemas y satisfacciones que han platicado sus historias individuales. Cada uno de ellos representa a su pueblo, a su familia, al programa bracero y al período de los indocumentados; cada uno explica, con sus palabras, cómo le fue en el baile. Testimonios como estos los he escuchado desde hace cuarenta años, gente como uno que dejó a su pueblo, su esposa, sus hijos, su terruño, y vino a buscar mejores posibilidades de vida. Muchos lo lograron, otros no, así son los testimonios, gente que dio un brinquito para adelante, gente que se quedó en el camino. Cuando los braceros iban a dormir a las barracas, cansados de largas jornadas de trabajo agachados como grapas, en ocasiones tenían un tiempcito de platicar con los vecinos de catre sobre sus ilusiones, sobre sus proyectos, o si estaban tristes (cosa que era común), sobre sus problemas. Se extrañaba mucho a los hijos, a los amigos, a los hermanos y a los padres; ellos igual estaban pensando en sus braceros ausentes. Yo siempre había dicho que nadie podía saber lo que ellos sufrieron, corrijo, hay testimonios como estos que se han hecho públicos y que sirven para recuperar nuestra historia.

Afortunadamente se ha difundido mucho en los últimos años sobre el problema del fondo de ahorro de los migrantes. Antes de eso, cuando se hablaba de braceros, la gente pensaba que eran los asadores de carne, que un brasero grande era al que se le ponía carbón y se le echaba longaniza y carne encima. La lucha por la recuperación del fondo de ahorro, se ha dado en México y en Estados Unidos, hemos tenido muchas diferencias

entre líderes, pero hemos tenido como objetivo común, el pelear por lo que es nuestro. Desde la primera firma en un contrato en 1942, quedó establecido que se iba a descontar el fondo de ahorro y se entregaría a bancos mexicanos para que les fuera devuelto en nuestro país, pero debido a la ignorancia de nuestros paisanos y a la avaricia de los funcionarios, la inmensa mayoría no recuperó su dinero y después de medio siglo los trabajadores que quedaban y que se animaron, han dado la lucha política. Muchos lo recuperaron, pero la mayoría no. Hemos dado la batalla y hemos denunciado las acciones como aquella que nos reconocía un pago de a cuarenta mil pesos pero entregarlo en diez anualidades. Imagínese el lector: personas que trabajaron en los años cuarenta que van a empezar a recuperar sus fondos divididos en diez años, tal vez a los bisnietos les corresponda de a cien pesos a cada uno.

Conocí al profesor Cándido, uno de los dos autores de la compilación de estos testimonios, cuando nos vino a entrevistar hace seis o siete años. Coincidimos en muchas ocasiones y además de testimonios le facilitamos fotografías que teníamos en exposición en el instituto cultural ubicado en el sótano de lo que llegó a ser el Consulado de México en Los Ángeles. Con gran satisfacción pudimos ver la publicación de esas fotografías en su libro *El Programa Bracero* y le organizamos presentaciones públicas en varios lugares. Por su parte, él visitaba a los compañeros braceros en sus casas de quienes están en esta área y entrevistaba a las esposas, viudas, hijos o nietos. Como fundador y presidente de la Unión Binacional de Braceros 1942-1967 y como persona, felicito a quienes han hecho posible la publicación de estos testimonios y agradezco el honor que me han hecho de pedirme prologar esta obra tan importante.

*Baldomero Capiz
Los Ángeles, California
Invierno de 2017,*

La hija del Guayul

Aquí en Irvine hay un restaurante que se llama Juanes y es famoso porque está tapizado de fotografías de Cantinflas, de aquellos años, como que en los tiempos en que venían los braceros ahí lo visitaban mucho y por eso lo conservan así. Es histórico, nada más le dieron una arregladita para no tumbarlo, parece una galera vieja pero está acomodadito. Las historias de los braceros son muy parecidas, todos pasaron por las mismas cosas, sufrieron las mismas penas, hacían los mismos trabajos y sus vueltas eran las mismas idas y venidas. Vivían en las mismas barracas, en aquellos años les decían casas, pero la verdad es que eran unos lugares medio feos donde dormían y se preparaban para ir al trabajo. Yo estuve en Texas y en Arizona. Era triste, venir a este lado del país, como nos trataban, como era el trabajo, pero si no nos hubiéramos animado a venir, no hubiéramos hecho vida como ya la hicimos, ahora tenemos aquí nuestros hijos y todo lo que necesitamos para subsistir. Pero haber venido en aquel entonces, llegó a significar que pudieran haber comprado algo, porque de trabajar nada más allá, no hubiera sido posible; con lo que ganábamos en México de peones, imposible hacerse de algo.

Aquí se vive y se muere, se logran muchas cosas pero las enfermedades también están a la orden del día; ahorita tengo un cuñado muy enfermo: tiene un problemita en el hígado, le salió una hernia muy rara, así como si fuera un camote, grande, con un color muy feo. En el hospital no querían operarlo de una cosa porque se podría complicar de otra, era muy peligroso, ya no lo hacían con vida; aquí los doctores tienen mucha dedicación y hay aparatos muy avanzados para todo, pero a él no se animaban a intervenirle porque veían muy complicado todo. También

**Entrevistas
de Cándido
González Pérez**

hay enfermedades que se las busca uno mismo, por ejemplo yo tenía el vicio de fumar y tomar, pero gracias a dios los dejé hace como veinticinco años, sino, serían puras enfermedades. Aquí hay muchas ventajas, pero también se acomodan las cosas para las desventajas porque la persona que quiera puede entrarle a las drogas y a todas esas cosas tan feas que dicen en las noticias; a mí me costó muchísimo trabajo dejar esos dos vicios que yo pensaba nunca iba a poder dejar. De las últimas ocasiones en que me eché mis traguitos, fue una vez que me invitaron unos sobrinos a conocer a Chávez.

- Mira tío que ese señor es muy bueno, vamos a conocerlo y nos echamos unas cervecitas.
- Yo ya dejé el vicio —les dije—, ya no quiero volver a tomar ni a fumar nunca.
- Nada más unas cervecitas.

Y así, con el antojo y con la tentación, pude aguantarme, no volví a tomar; a fumar sí, ya había dejado otras dos veces, pero con esa visita de los sobrinos, volví a fumar. A los pocos días lo volví a dejar y ya fue definitivo, de esto que comento, fácilmente hará más de veinte años. Me decían algunas personas en el trabajo:

- Para eso hay medicina, te la aplicas y dejas de fumar y de tomar.
- Pues yo los voy a dejar sin ocupar medicina.
- Eso es muy fuerte, no se puede dejar sin tomar medicina.
- Pues yo debo ser más fuerte que la medicina, los tengo que dejar. No me voy a morir por dejar de fumar.

Yo tenía un compadre que inclusive acaba de morir en Las Vegas, éramos muy amigos, allá en Guadalajara nos poníamos unas borracheronas y fumábamos muchísimo. Últimamente, cuando lo visitaba, fumaba con él, pero muy poquito, ya cuando me iba, no volvía a fumar; ahí sí probé unos cigarritos dentro de estos últimos veinticinco años en que me alejé de ese vicio.

- Compadre —me decía— ¿te acuerdas cómo le entrábamos al humo y a la beberecua?
- Sí, pero ya no tomo ni fumo.
- Ándale, nada más un traguito.
- No, nada de alcohol.
- Un cigarrito.
- Bueno, un cigarro sí, pero nada más para acompañarte.

Me fumaba con él un cigarro por allá de vez en cuando, pero como vicio, ya dejé las dos cosas desde hace muchos años. Me sabían muy amargosos, feos como la jodida. Me los fumaba pero ya de mala gana, ya no los gozaba como antes que después de comer se me antojaban mucho o en el trabajo; no, ya no me sabían igual. Yo me los echaba para que no fuera a decir mi compadre que yo era muy apretado o algo así.

- Ya no voy a fumar, pero por acompañarte me voy a echar uno —yo le decía para que no se sintiera.
- Un cigarro va con un trago, siempre van juntos.
- Pues a fumar sí te acompaño y nada más con un cigarro, pero a tomar, eso sí que ya no. Nada.
- Ándale, como le hacíamos cuando nos juntábamos allá en Guadalajara cuando yo trabajaba en aquella tienda famosa que se llamaba Salinas y Rocha. ¿Te acuerdas que la cerraron y me quedé sin trabajo?
- Sí, claro, luego le seguiste por tu cuenta.
- Yo era laqueador de muebles, pero laqueador de los buenos, cuando todo se hacía a mano —me decía.
- Me acuerdo como si fuera ayer, claro que sí.

En uno de los lugares aquí en Estados Unidos donde trabajé, se murieron dos muchachos jovencitos por eso del cigarro; casi unos niños ¿para qué le busca uno ruido al chicharrón? También tomaban mucho, pero estaban muy chicos. Yo empecé a los dos vicios cuando ya estaba grande, entonces, eso fue una de las cosas que me puso a pensar mucho ¿cómo voy a andar yo al rato si estos estando tan jovencitos acabaron donde acabaron? Pensaba sobre todo en mis hijos ¿qué van a hacer si los dejo chicos? No, esto no es lo mío, ya no voy a tomar ni a fumar.

Yo viví muchos años en Guadalajara, soy originario de Michoacán, pero trabajé mucho tiempo en esa ciudad; mi señora es de Durango. Soy de Ixtlán de los Hervores. Ahí viví hasta la edad de 18 años, fue cuando me vine a Estados Unidos, me acuerdo muy bien de los chorros de agua caliente que salen, es famoso mi pueblo por eso. La gente de allá, platicaba que salían unos chorritos de agua chiquitos, pero que fueron unos gabachos y pusieron algo ¿quién sabe qué sería? Pero a partir de eso, salen unos chorros enormes de agua caliente. Se rumoraba que eran unas máquinas grandes y que todo lo que metía la gente ahí al agua, se derretía, estaba muy pero muy caliente. Todo el tiempo está saliendo esa agua, en el día y en la noche, brincan los chorros.

Ahí en Ixtlán el poco tiempo que viví, me dediqué al trabajo del campo, le ayudaba a mi papá, él tenía un ranchito ahí cerca del pueblo,

sembrábamos maíz, garbanzo, frijol, trigo, papa, cebolla, tomate; he escuchado que ahora en los últimos años han metido también fresa; como está muy cerca del lago de Chapala, se daba de todo, muy buenas cosechas. Ahora hasta el lago ha desmejorado mucho, yo he estado ahí cuando los niveles han estado bastante bajos; un año bajó más de metro y medio, se recorrió mucho el agua, donde antes había lanchas, ahora había tierra y la gente se metía a sembrar, agarraban esos terrenos como propios. Tengo mucha familia todavía allá en Ixtlán, algunos nos vinimos pero allá se quedó una buena parte. Y es que hay mucho comercio, mucho movimiento, pero no son muchas las tierras para el cultivo, a lo mejor por eso no ha crecido como uno quisiera. El pueblo es pequeño, hay mucho cultivo en planadas bonitas pero pertenecen a otros municipios: a Briseñas, la Angostura, La Barca, la Luz.

Allá en Durango de donde es mi esposa, las tierras son muy diferentes: en la sierra está muy bonito, pero abajo, es muy seco, malo para las siembras; allá en los llanos no hay nada. Ella es de cerca de Santiago Papasquiario. Los pueblitos están muy salteados, lejos unos de otros; el estado es grande pero tiene poca población.

Aquí en Estados Unidos la vida cambia en un ratito, ni se imagina uno cuando está haciendo una cosa y para pronto, ya está haciendo otra, yo por ejemplo, en estos últimos días me estoy dedicando a recoger a un hijo que trabaja en un restaurant que sale a las 2 de la mañana, no hay transporte y yo tengo que ir por él. Se está preparando para ser el mánager de ese lugar, está entusiasmado. Son nada más dos hijos los que tuvimos, varones. El que se nos acaba de casar tiene 30 años de edad y el siguiente 25. El grande estudió y el otro se salió; cuando el grande se graduó, buscamos la forma de ayudar al otro a que le siguiera pero ya no pudimos con lo que ganábamos. Nos ayudó mucho que trabajara, pero el segundo no trabajaba y se nos complicó para mantenerle sus estudios, aquí es muy caro. Alcanzó a hacer dos años de ingeniería aeroespacial, lo mismo que el mayor quien sí terminó.

- No puedo seguir —nos dijo—, trabajo ocho horas diarias, no puedo estudiar así.

Se salió, ya no pudo, era más importante el trabajo que el estudio aunque él prefiriera más lo otro. Aquí en Irvine está una de las mejores universidades, es muy buena, tiene mucha fama. El hijo mayor que sí terminó, trabaja para el gobierno de Estados Unidos, le sirvió mucho su carrera y es muy bien valorada. Se casó hace un año, tiene poco, ya tiene su primera bebida y yo de abuelo primerizo a mis 72 años. Me casé de 42

años de edad y mi esposa de 31; aquí nos conocimos y aquí nos casamos, los dos somos originarios de México, pero aquí nos casamos.

- Lo que sabe tocar —dice ella.

La conocí en su casa, teníamos un amigo común y él me llevó a ese lugar, fuimos a recogerla porque se habían puesto de acuerdo, junto con un grupito amplio, a que pasáramos una tarde en la playa. Yo me había quedado a dormir en casa de ese camarada. Cuando lo platicamos, nos reímos mucho y me dice ella:

- Ya lo que toca.

Yo vivía en Bell Garden y ella en Hollywood, estaba lejos, casi desde Huntington Park. Ella vivía con su familia, con su mamá y un hermano y yo vivía solo o con amigos, pero nunca con familiares. Entre los conocidos llegamos a rentar varios departamentos; estuve ahí como tres años y luego me fui a Guadalajara. Ahí estuve un año y tres meses, un amigo y yo compramos una troquita de volteo y con eso hacíamos negocio. Yo no sabía nada de esa rama de la producción, pero él me animó:

- Vámonos a trabajar, yo conozco unos ingenieros —me convenció mi amigo, que luego se hizo mi compadre—. Tú pones la feria, comparamos una troca de volteo y yo la manejo.

En ese entonces yo no sabía manejar y menos un vehículo de esos. Él sí, él tenía ya muchos años trabajando en eso ahí en Guadalajara y sí tenía los conectes; andábamos trabajando bien, pero eso de las sociedades no son muy buenas, lo había escuchado toda la vida, pero hasta que no me tocó sentirla en carne propia es cuando me llegó el convencimiento. Él era familiar, pero como en todo eso, pues no salimos muy bien, ni hablar, tuvimos que terminar la asociación. Eso fue en el año de 1971 y lo liquidamos en 1972. Yo había llegado a Estados Unidos como bracero desde la edad de 17 años, durante el último año del programa bracero en 1964 estuve trabajando en Salinas, cerca de Monterey pero nos echaron para fuera a todos, ahí terminó; luego vine en 1967, hice mis intentos de trabajo pero ya como ilegal, como se dice “a la brava” durante varios años y luego me regresé a Guadalajara en ese 1971. Cuando quebramos la sociedad, me vine otra vez. Al poco tiempo me habló mi compadre:

- Fíjate que la troca que me quedé con la repartición de la sociedad, la vendí y no me la pagaron.

Pues hasta eso se fue de ribete. Cuando le va mal a la gente, no hay remedio, por eso me tuve que venir devuelta. Mi compadre estaba un

poco mayor y algún maldito se aprovechó de él. Yo, hice lo que ya sabía poquito: a trabajar de bracero, a lo mejor fue herencia porque mi padre vino también a trabajar cuando existía el programa desde muy iniciado, algo así como en el año de 1943; el programa empezó en el 42, entonces fue de los fundadores si se le pudiera llamar así. La familia completa se vino a trabajar en aquellos años, mi padre tenía 7 hermanos y todos fueron braceros; por parte de mi madre, eran dos hermanos: uno vino y el otro se regresó de medio camino, sí venía a eso, pero sintió miedo y se regresó, era el menor; el mayor vino muchas veces. Yo venía directamente a Empalme a las contrataciones, ahí hacía mis trámites. Había unos salones muy grandes donde iban llamando a toda la gente, tenían las famosas listas. A mí me ayudó mucho un amigo en Guadalajara que era el que llevaba eso que le decían “las comisiones”, era gente de las grandes, nosotros pagábamos algo por el favor pero él nos contrataba y era más fácil nuestra entrada a Estados Unidos. Él tenía muchas amistades, hacía las listas y las mandaba a Empalme, Sonora.

En tal fecha los van a llamar —nos decía— y sí, en ese tiempo que nos decía, nos contrataban.

Nos veníamos con una semana de anticipación, más o menos. Empalme está a un lado de Guaymas, Sonora. Las primeras ocasiones me venía así a la brava, luego me conectaron con ese hombre y ya todo era más formal y más que todo era que venía con la seguridad. De esos entonces a la fecha, el mundo ha cambiado mucho, tanto que no se puede uno ni imaginar; las fronteras son ahora muy inseguras, hay mucha violencia, nada menos hace poco, un sobrino de mi esposa que vivía en Ciudad Juárez, fue de manera normal a ver un partido de fútbol, vio un amigo desde muy retirado, fue a saludarlo y entraron unos empistolados, comenzaron a disparar, hirieron a mi sobrino político, mataron a ese muchacho que iba a platicar con él, mataron a otros tres. Le avisaron a mi esposa:

- Está muy grave tu sobrino, le tocaron unos balazos en un pleito de gente malosa, de esos que andan en malos pasos, él no, pero le tocó estar en medio.

Se llevaron secuestrados a otros dos y mi sobrino está todavía delicado, la herida fue en la cabeza, esas cosas de las drogas están afectando mucho y principalmente en las fronteras. Recibió dos balazos, uno en la cabeza y otro en la parte de arriba de la pierna, en una ingle; mi concuño, el padre de ese muchacho, vive en Ciudad Juárez y dice que el ambiente se siente muy pesado, que está muy peligroso, no pueden salir a ningún lado, hay balaceras y muertes a cada rato por toda la ciudad. Es peligroso de día y

de noche, en la calle y en sus casas; nosotros ahorita no vamos a saludarlo ni por paga, él vivía en Dallas y se acaba de cambiar a El Paso, por la parte de Estados Unidos; se está saliendo toda la gente de Ciudad Juárez. Dice mi cuñada, la madre del muchachito:

- ¿Por qué el gobierno no se amarra los pantalones? Que metan la pena de muerte a ver si no se paran. Todo el armamento que usan, lo compran aquí en Estados Unidos, es un círculo vicioso.

La vida de lo que fuimos los braceros, era muy diferente, parece de otro mundo, no de este, este parece de novela. Las familias cercanas, la mía y la de mi esposa, todas son de braceros, mi suegro también fue de los contratados desde un principio y uno de mis cuñados, ya de las últimas olitas, pero también vino a trabajar contratado. Mi suegro se ocupó en el ferrocarril y desde el año de 1930, desde antes de que existiera el programa bracero, luego regresó y se contrató de los primeritos, en ese tiempo no se usaba entregarles un comprobante de trabajo para que se volvieran a entrar pronto; mi cuñado sí, a él le dieron su mica y volvía a trabajar ya con más seguridad, lo suyo fue el campo toda la vida, él nada de ferrocarril. Mi esposa todavía conserva documentos donde dice que entraban por El Paso, Texas; es un solo papel, pero ahí está de recuerdo.

- Aquí te dejo el original y yo me quedo con una copia de recuerdo —le dijo a Baldomero que es el representante de los braceros y con quien estamos haciendo los trámites para que nos paguen lo que dejamos de ahorro en aquellas épocas.

Entonces le entregó el original a Baldomero, es una reliquia el papel. Se entregó el original para los trámites legales que se tiene que hacer, pero se conserva la copia, ahí está su nombre: Mauro García. En uno de los lugares donde llegó a trabajar, fue aquí cerca de Irvine, California, se llama Pine y eran zonas de cultivos, así se conservó por muchos años, inclusive, mi esposa y yo llegamos a ir a pedir trabajo en la fresa y en la naranja en ese mismo lugar cuando mi hijo estaba muy pequeño, ahora no, ya está todo construido. Actualmente y yo creo que nada más como un recuerdo, hay unos naranjales chiquitos ahí en el parking de un colegio; unos naranjitos chaparrones, pero bien llenos de fruta; yo creo que nada más como histórico, para recordar que aquí había muchas naranjas, por eso el condado se llama Orange.

Dice mi esposa que ella tenía seis años de edad cuando su padre vino a trabajar por última vez; ella era de las mayores y uno de sus hermanos estaba recién nacido, eran cuatro de familia en esa época. Venía el señor y

trabajaba por períodos de menos de un año, luego se regresaba y volvía a venir. Mi esposa vivía en un pueblo que se llama La Ciénega de Escobar.

- Mi papá se ponía muy nervioso —platica mi esposa—, no hallaba qué hacer, es que cuando se terminaba el trabajo, en México no había dónde empezar, él ya estaba grande.

En ese pueblo no había nada, en Durango no hay mucha industria y en localidades chiquitas hay más pobreza con mayor razón; no había nada, poco comercio, ninguna empresa, ni electricidad, ni drenaje, ni agua potable, nada. Dice mi esposa que había mucho barro, de esa tierra que se pega, muchas piedras; seguramente de eso tiene memoria porque deben ser malos recuerdos, aunque dice que le gusta mucho porque es su tierra. Ese es su pueblo natal, aunque su verdadera crianza fue en Tepehuanes, una ciudad ya en forma y que está cerca de ahí, de la Ciénega de Escobar. Cuando murió el señor, mi suegro, ellos quedaron muy chiquitos, el señor tenía 55 años de edad, entonces se fueron a vivir a un pueblo más grande; la señora sufrió mucho porque habiendo muerto él tan joven y siendo ella mucho menor que él, uno se ha de imaginar lo que tuvo que trabajar la señora para la sobrevivencia de los niños; eran nueve, la mayor tenía 16 años; la señora quedó viuda como de unos 32 años, el señor murió a consecuencia de un derrame cerebral.

Yo padecí también un derrame, pero aquí los servicios médicos son muy buenos, recibí muy buena atención, pero sobre todo del doctor principal, el que está allá arriba. Dice mi esposa que le comentó el doctor:

- Tu esposo está muy grave, tiene el derrame en la mitad del cerebro, cuando la sangre le llegue aquí a este lugar —dice que le mostró unos dibujos—, va a encontrar la muerte. Y si un milagro llegara a suceder, va a quedar como si fuera un vegetal, no hay más que hacer: no hablaría, no se movería, no tendría funcionando el cerebro como debe de ser.

Hace ocho años de eso y aquí ando vivo y coleando. Antes de los seis meses de que me dio el derrame, ya estaba trabajando nuevamente. El secreto de todo, es que mi esposa tiene muchos años de ser cristiana, de mucha fe, ha visto milagros, a ella misma dios se los ha hecho. Cuando estuve grave, se encomendó a Dios y le dijo:

- Me vas a devolver a mi esposo, Señor, pero como él era, completito, como él era, sin quitarle ni ponerle.

Fue increíble, pero sucedió; mis hijos tienen mucha fe también, somos muy creyentes, se criaron en un ambiente cristiano. Cuando mi hijo el mayor tenía 3 años de edad, le dio una fuerte convulsión y se le paró el corazón, en el mismo consultorio con una doctora, estaba acompañándolo mi esposa; dice ella que corrió como loca, asustada, estaba un Pastor ahí junto a la doctora.

- Mi hijo se muere —le gritó.

Entonces el Pastor corrió junto con ella y entraron al consultorio, el niño estaba tendido en la plancha, mi esposa cayó de rodillas, no le importó que la vieran, se puso a aclamarle al Señor. En esos momentos dijo la doctora:

- Ya volvió, ya volvió.

Le dimos gracias a dios porque nos lo dejó, sigue vivo, está con nosotros. Ese fue un milagro, pero el que me sucedió a mí también lo fue. El doctor le dijo a mi esposa en esa ocasión:

- Vamos a meter a su esposo al quirófano para cauterizar la vena donde se originó el derrame. Es muy peligrosa la operación y lo más probable es que el señor vaya a quedar como un vegetal. ¿Quiere que hagamos la operación?

- Claro —dijo ella— a mí no me importa. Hágale la lucha, porque el que da las determinaciones está allá arriba, él es el que va a determinar si mi esposo se queda o se va, pero usted como médico, tiene que correrle la lucha y hacer hasta lo imposible para que él viva.

- Está bien —le dijo—, hoy lo vamos a intervenir ya con su autorización.

Me metieron al quirófano, me metieron una cámara de video por la vena aorta para ver dónde estaba el problema en el cerebro y le habían prevenido a mi esposa que con el más mínimo problema yo podría quedar con retraso mental. Entonces mi esposa se puso en ayuno y rezó:

- Señor, son tus manos las que van a hacer esto, no las de los médicos, te lo pido, no va a pasar nada mal, todo va a estar bien, te lo pido Señor; yo creo en ti, confío en ti.

En eso yo volví, recobré el conocimiento. Salió el doctor y le preguntó mi esposa:

- ¿Cómo está?

- Oye, pues no sé ni qué decirte.

- ¿Por qué?

- A tu esposo no le encontré ningún problema en sus venas. Pero en cinco días más, lo quiero volver a revisar, no entiendo cómo sucedió esto.

- Está bien —le contestó.

Otra vez a los cinco días, mi esposa se puso en ayuno y oración. Y sucedió lo mismo.

- No encontramos ninguna vena con problemas, está sano. De que le dio el derrame, le dio, porque la sangre ahí está. Pero de cómo se recuperó, eso no lo puedo saber.

Entiendo con todo esto que fue un milagro ¿de qué otra manera pudo haber sido si ni siquiera los doctores con todos esos aparatos pudieron encontrar el daño. Daño que existió, eso es innegable. Nosotros cambiamos de ideas religiosas porque desde nuestras casas traíamos muchas tradiciones, pero las fuimos cambiando y acercándonos a Dios. El Señor que nos enseñaron nuestros padres no nos ha dado nada y el dios que nosotros encontramos, es el que nos ha ayudado; tuvimos que cambiar nuestros pensamientos y nuestras costumbres. El que nos ha ayudado es el dios que murió en la cruz en el calvario, ese es el que nos ha dado todo. Mi familia y los hermanos de mi esposa siguen con sus tradiciones, son su antiguo dios, nada más mi cuñada la mayor, igual que nosotros, ya se entregó al Señor. Mis hijos también, la primera fue mi esposa. Ella se bautizó en el nombre de Jesús aquí en California y mi cuñada en Chicago en una ocasión en que mi esposa los visitó porque mi concuño estaba muy grave; mi esposa fue a darle la Palabra de Jesucristo y se bautizaron los dos. Tengo ocho cuñados, pero se entregaron al Señor actualmente solamente mi cuñada y mi esposa; ella los convenció:

- Ningún santo te va a ayudar porque no existen, el único que está con nosotros es Dios todopoderoso; a los santos los inventó la gente para hacer dinero. Ahí está todavía el Papa haciendo santos ¿qué poder tiene él para hacerlos? Ninguno.

Eso mismo le dijo a otro de mis cuñados que está muy grave.

- El verdadero Dios lo siente uno dentro, se siente su presencia, por increíble que parezca, se siente su presencia. Tú tienes algo contra alguien, eso te está perjudicando, lo tienes que perdonar, te haya hecho lo que te haya hecho, yo no sé ni me importa, pero eso te está perjudicando mucho. Tienes que perdonarlo. Yo no sé quién es, pero tú si sabes, le tienes mucho coraje a esa persona. Quítate ese coraje y

perdónalo de todo corazón. Déjalo todo en manos de dios y agárrate de él. Si haces eso que te digo, yo te puedo jurar que tú te alivias.

Él sigue yendo a la iglesia católica porque su familia sigue con las tradiciones que nos inculcaron desde niños y nos se las ha podido quitar. Dice mi esposa que recibió una revelación antes de ir a visitarlo, ella ya sabía que su hermano iba a sanar; todo mundo lo veía muy grave, pero ella estaba segura que iba a sanar.

- No lo conocí—me platicó mi esposa—, estaba tan grave y deteriorado que no lo conocí, estaba el puro huesito, se miraba diferente, muy distinto a como en realidad era. Tenía una hernia grandísima, horrible en el estómago, muy grande, le salía del ombligo, muy gruesa, exagerada; daba vuelta, en la punta tenía unos hoyos, parecía un gusano. Yo cuando lo vi, me quedé espantada. Yo lo tomé en mis manos, lo ungué de aceite, lloré, recé y pedí al Señor por su salud. Que se le seque esta cochinado. Le llevé la cruz del calvario y le dije a esa cosa: te secas porque te secas. Tú te vas a acabar, no vas a terminar con la vida de mi hermano, el que se va a secar vas a ser tu. Yo le platicaba. Le daba órdenes. Me vine y dejé a mi hermano bien seguro. Le dije: oigas lo que oigas, que te digan lo que te digan, tú agárrate del Señor.

Luego se vino mi esposa, supimos que él pidió perdón a la persona que le tenía mucho rencor. Nunca supimos a quién era, pero sí nos dijo que lo perdonó de todo lo que le había hecho. A veces es gente cercana, a veces no tanto; nunca supimos de quién se trataba porque no era el caso, lo importante fue que sanó, igual que yo, de forma milagrosa porque también a él no le daban muchas probabilidades. Los médicos les habían dicho:

- Su hígado ya no está funcionando como debe de ser, es necesario hacerle un trasplante.
- ¿Y cómo hacemos para eso del trasplante?
- Hay que anotarse y hacer fila, actualmente hay 39 por delante.

Eso nos habían dicho y era muy estresante, imposible de lograr. Lo operaron, le extirparon eso de la hernia y cuando se recuperó nos dijeron que el hígado estaba muy cambiado; imposible de creerlo. Entonces le preguntaba mi esposa:

- ¿Quién te sanó mijo?
- El Señor Jesucristo.

- ¿Entonces es milagroso?
- Sí, él es el único, hermana, el único.

Hace poco tuvimos otro problema muy grave del que no había solución. En este país no había medio de hacerlo, pero para nosotros sí, porque a mi esposa la ayudó dios, el mismo que murió y resucitó, al que crucificaron; el que vive en espíritu con nosotros. Tiene mucha fe porque es testigo de su poder. Él resucitó y está a la diestra, esa que todo mundo piensa que es la derecha, pero no, la diestra, en lo espiritual, significa el poder. Satanás le quitó las llaves a Noé y el Señor se redimió para salvarnos. Cuando vinimos de México, pensábamos como nos habían hecho creer nuestros familiares y es muy difícil cambiar de pensamientos, pero viendo la realidad, uno puede encontrar el camino. Los padres, los sacerdotes, son como nosotros, son humanos; yo iba de vez en cuando con ella, me invitaba:

- Vamos —me decía.

Y después, ya por mis hijos empecé a ir. Me bauticé apenas hace como un año, ahora creo en Dios pero nada más en él, no en los santos. El bautizo es como se lo hicieron a San Juan: lo meten a uno al agua, completo, con todo y ropa. Yo, por muchos años, no creía en nada, no iba ni a misa, ni llevaba ningún precepto, solamente creía en Dios y ya. No creía en los padres porque ellos estaban igual de jóvenes a nosotros cuando trabajábamos; a nosotros nos ponían unas buenas jodas en la chamba y ellos muy a gusto, bien comidos, andaban bien, pues así quién no.

De la familia de mi esposa, aunque todos viven aquí y son nueve hermanos en total, solamente la hermana de Chicago siguió nuestros pensamientos religiosos, los demás siguen con lo que les inculcaron desde niños y no han cambiado; el que estuvo enfermo, agradece el apoyo, pero sigue con sus ideas de los santos y todo eso. Ellos sufrieron mucho y tuvieron que trabajar desde muy pequeños porque su mamá quedó sola; inclusive los hermanos de su papá, fueron también migrantes, trabajaron acá desde antes de la época de los braceros y también en la época de las contrataciones. Ella misma y sus hermanos vinieron a Estados Unidos, pero a excepción del segundo en el orden de edades, todos vinieron a la brava, el único bracero, contratado fue ese, el segundo.

- Están campechaneados —como dice mi esposa—, pero todos aquí: una se casó en México y se vino, otra se casó y vive en Chicago, nunca ha arreglado papeles, vive aquí porque tiene su pasaporte mexicano.

Todos los demás están “emigrados”; mi esposa arregló por medio de la amnistía, trabajó aquí desde el año de 1970 aproximadamente aunque en ese programa, lo único que tenía que hacer era comprobar que había trabajado los últimos cinco años; lo cubrió fácilmente. Otros de sus hermanos tenían permiso que renovaban cada diez años. Era, digo yo, una especie de negocio, porque les cobraban una cantidad por la renovación cada diez años, si los dejaban ya como legales ¿cómo iban a cobrar todos esos dólares de renovación? Por eso los dejaron así por un buen tiempo; mi esposa llegó antes que ellos y por eso arregló más fácil, pero a ellos les pidieron más cosas.

Yo arreglé porque me casé con una señora que era de Arizona, en aquel tiempo estaba muy fácil. Me casé en el año de 1973, no hubo familia, nos separamos. A mi actual esposa la conocí en 1978, yo estaba ya solito; nos casamos en 1979. Metí papeles en aquel tiempo para regularizar la situación de ella como mi esposa, pero se alargaba el trámite y no le llamaban, entonces cancelamos y ella solita hizo una solicitud por medio de algo que le decían “programa de registro” y ahí salió muy rápido, no tardó más de seis meses; es que tenía muchas pruebas de que estaba residiendo aquí desde 1970: impuestos, documentos diferentes de comprobación de domicilio y muchas cosas que le pidieron para comprobar.

- Nos vinimos graneaditos —me comenta mi esposa— aquí dejamos ya a mi mamá, aquí murió; algunos de mis hermanos se empezaron a venir desde 1961, 1962, 1966, así ralitos; se iban viniendo de uno por uno, a mí me invitaron en 1970, a fines de 1975 siguió mi hermano Ramón, en el 76 llegaron mis hermanos más chicos. En ese año fue la primera vez en que me agarró Migración cuando estaba trabajando y me aventó para Tijuana porque yo no tenía documentos. Yo estaba muy a gusto en una fábrica de bolsas de piel, nos agarraron a muchos, inclusive había una pareja de novios que ya se iban a casar y los agarraron con todo y sus acompañamientos, nos aventaron a todos a Tijuana, tuvieron que posponer la boda.

Son cosas que ahora las ve uno como muy normal, pero en esas circunstancias fueron muy difíciles.

- ¿Por qué no se casan de una vez aquí en Tijuana, ya traen todo? —dice mi esposa que les decían de broma a los novios y para que el trago un fuera tan amargo, además, porque iban sus amigos también y porque pasar de nuevo para dentro era cosa fácil, no como ahora.

Pues los sacaron y volvieron a entrar, pero se vieron obligados todos a hacer algunos cambios:

El año siguiente, en el 77 —platica mi esposa—, me moví de trabajo porque se sentía la cosa caliente, pero me fue peor, me volvieron a echar; ahí trabajaba cosiendo, nos agarraron a muchos. Todos los hermanos llegamos a California pero el mayor se fue a vivir a Chicago, le siguió luego Marcelino que es uno de los más chicos y cuando murió mi mamá de un derrame cerebral, se fue otro de mis hermanos. Allá vivía también mi hermana mayor pero murió su esposo y decidió regresarse a México, vive actualmente en Durango.

Ella tiene muchos familiares todavía en México, pero hermanos ya no, se vinieron todos, allá tienen primos pero ya muy cercanos no. A veces van y visitan su pueblo, pero ya hicieron vida acá en Estados Unidos. Últimamente no han querido ir porque tienen miedo, estamos temerosos todos por la situación de violencia que se está viviendo en nuestro país. En estos días va a ir una de sus hermanas, todas le llaman y le dicen que se espere, pero dice que no. “entonces que te vaya bien” le dicen; de verdad es para tener miedo en estos días.

- Hace como cinco años que estuvimos toda la familia en el pueblo, en Durango —dice mi esposa—, nos juntamos muchos primos, vinieron de toda la república y todos los que están en Estados Unidos, fue muy bonito, pero ya no dan ganas de ir. Nadie ha hablado para ponernos de acuerdo y echar otra vueltecita al terruño, nadie. Hicimos unas fiestas muy grandes; pero éramos de los familiares por parte de mi mamá de los que son muchos, porque de parte de mi papá son muy pocos. Fueron tan grandes las fiestas que tuvimos que rentar un casino para caber todos; hacíamos comidas para todos; había parientes que ahí nos conocimos y los más chicos, con mayor razón, había muchos que no sabíamos de ellos.

Ahorita no se puede ir a ninguna frontera con México, todas las ciudades son iguales de peligrosas: Tijuana, Laredo, Ciudad Juárez, Piedras Negras, Reynosa, de todas se habla en las noticias, en todas hay mucha violencia. Pero se supone que en ciudades ya más lejanas no hay tanto peligro, por eso se pusieron de acuerdo los parientes de mi esposa y fueron a conocerse muchos allá. Ni siquiera fue en tiempos de las fiestas patronales del pueblo, nada más se fueron poniendo de acuerdo, se comprometieron y fueron a dar todos ahí. Es muy bonito eso, yo recuerdo cuando me venía a la brava, después de los programas braceros, cuando estuve cerca de Sacramento, en North Highlands trabajando en la uva, se

hacía largo el tiempo para querer regresar a las fiestas de donde éramos cada uno.

- Me voy a las fiestas y regreso dentro de uno o dos meses —decían los amigos, dependiendo del pueblo de donde fueran originarios, todo el año había grupos que se iban y grupos que regresaban.

En ese tiempo había mucha política, fue entonces cuando existían las huelgas, cuando andaba el famoso César Chávez precisamente organizando a la gente que trabajaba en la pisca de la uva, pero el estado de California es muy grande y a mí nunca me tocó quedar en medio de eso: andaban unos a querer meter la Unión y otros a no dejarse, hubo muchos problemas. Cada quien tiene su propia historia, unas diferentes, otras muy parecidas, yo conseguí dinero prestado para venirme de bracero y luego no lo podía pagar con mis primeros trabajos, era muy difícil. Tengo un cuñado que estuvo pidiendo dinero prestado por mucho tiempo, nadie le confiaba, no había dinero y tampoco se podía contar con mucho apoyo, las familias eran pobres; tuvo que dejar pasar mucho tiempo para poder conseguir dinero para venirse, mi esposa dice que pasaron tres años para que pudiera juntar lo suficiente para poderse contratar.

- Nadie le quería prestar —dice ella—, un hermano de mi papá andaba con él todo el pueblo tratando de conseguirle dinero. Ya se vino, trabajó, juntó la cantidad que debía y se la mandó a mi tío para que pagara pero él no la pagó y mi hermano estaba confiado en que lo había hecho, entonces mi hermano si siquiera maliciaba que estaba en un problema. Cuando regresó, lo buscaron porque tenía una droga pendiente, entonces tuvo que pagar con el caballo de mi padre; a nosotros nos dio mucha tristeza porque en esos días había muerto y eso es lo único que nos había dejado el pobrecito: su caballo; era un recuerdo muy especial para nosotros y se tuvo que ir en pago por la deuda que según mi hermano, ya no tenía. Fueron trescientos pesos la deuda y los mismos en que pudo vender el caballo.

A mí me sucedió algo por el estilo: yo tenía dos tíos que estaban trabajando muy a gusto en una hacienda, yo me quería venir pero como que mi papá no estaba muy de acuerdo porque yo estaba muy chico tenía 17 años de edad, no tenía ni siquiera la mayoría, unos ni me la creían, ahí los conocidos y los amigos a quienes les pedía dinero prestado, seguramente no confiaban en que se los podría regresar porque no me los prestaban, entonces un tío por parte de mi padre, el más chico, me dijo:

- Consigue dinero y te vas conmigo, yo ya estoy por irme, que te presten lana y nos vamos juntos, conmigo sí te dejan ir tus papás.
- ¿Y dónde puedo conseguir? Ya les dije a mis conocidos y ninguno quiere jalar.
- Dile a mis hermanos, ellos te tienen que ayudar.

Yo bien mocoso, fui con dos de mis tíos que tenían dinero, les dije que si me prestaban, pero me mandaron por un tubo. Mi papá buscó por su lado, no sé cómo le hizo pero me consiguió algo y con eso me vine la primera vez. Sí me vine de compañero con mi tío, pero llegando, él entró primero y yo después; estábamos en Empalme y había varias listas, lo llamaron a él primero y a mí al siguiente día. Acá ya no nos tocó juntos, nos anotaron en la misma lista, pero al llamarnos, la dividieron y a una parte le tocó un día donde venía mi tío y luego a mí al otro día en el resto de los nombres. Me mandaron a Stockton, cerca de Sacramento, trabajé en la pisca del tomate que es uno de los más pesados que he conocido, de todos en los que he trabajado, para mí el más difícil es ese del tomate; digo, cuando se trabaja como es, porque cuando se hace por contrato, se puede ir despacio, pero cuando se paga por el llenado de las cajas, ahí sí que es muy pesado.

- Córrele para allá, córrele para acá —nos ordenaban y ahí supe lo que es amar a dios en tierra de indios.

Puede ser que estén las cajas cerca de lo que ellos le dicen “la calle” y ahí no es tan duro, pero cuando están al final, hay que ir corriendo por ellas y llenarlas, subirlas al camión y así todo corriendo, sí que es muy laborioso y cansado: todo es andar corriendo, a traer una vacía, llenarla y a correr a subirla, a correr por otra vacía, a llenarla y a correr a subirla; es una cosa de mucho pero mucho esfuerzo. Y eso por diez horas diarias, inclusive, hubo días que hasta de a doce; sale uno molido, muy dolido.

- Está pesado pero nos va a ir bien, vamos a juntar mucho dinero —nos platicaba uno nuevo, igual que nosotros, pero lo escuchó otro que ya tenía más experiencia y nos dijo:
-¿Van a juntar qué? No van a juntar nada, ahí vienen las lluvias y se va a acabar todo —pues así como nos lo dijo, sucedió.

Me fue mal porque no alcanzamos a cubrir todo el contrato: se vino el agua y se acabó la pisca de tomate; también con la fresa es así, si llega el agua, se termina la chamba. Me dieron mi mica pero me echaron para fuera. No fue culpa de nosotros, fue culpa del agua. La única cosa buena,

fue que recibí la mica, ya con esa me puede contratar todas las demás veces sin ningún problema. Saqué un acta chueca para decir que tenía 18 años de edad, que ya era mayor, porque si no, no me daban nada, entonces conseguí un papel falso y con eso me anotaron en las listas.

- Necesito un papel que diga que ya soy mayor de edad —le pedí de favor a un señor de Ayotlán y me dijo:
- Pues se consigue.
- ¿Como en cuánto me sale?
- Pues en una cantidad que es mucho menor de todo lo que te va a servir más adelante.

Y tenía razón. Yo cumplí mi mayoría de edad ya en México cuando estuve de regreso ahí en Guadalajara, y es que no regresé hasta Michoacán porque no pude pagar el dinero que me prestaron para irme, entonces me daba vergüenza andar en el pueblo y debiendo dinero, como me regresaron, pues me quedé en Guadalajara. Me quedé trabajando algo de tiempo, luego se fueron mis papás para allá; trabajé en el club Guadalajara, en el estadio Jalisco y también en una fábrica que hacían gases para los refrescos ahí en la colonia que le dicen las “nueve esquinas”, por la calle Colón, como a unas tres cuadras de ese famoso lugar. Luego, viviendo ahí, fui alternando las venidas: estaba allá y me regresaba para acá, o “me regresaban” más bien, hasta que en el 72 me quedé ya aquí, porque cuando compré la troquita de volteo fue en el 70 y hasta el 72 se acabó la sociedad y me vine a residir ya definitivamente. He ido a México, claro, cuando mis padres murieron, fuimos, cuando algún asunto de importancia, vamos, pero por unos días, ya nuestra vida está aquí. Se puede decir que es una revoltura, que son idas y venidas, igualito como les sucedió a mis cuñados, ese que tuvo que vender el caballo, regresó para acá, pero se le adelantó otro hermano, ese se vino antes que él.

- Ayudaron a mi hermano a que se viniera —dice mi esposa—, luego le dieron apoyo a otra hermana que sigue de mí, también para que se viniera a trabajar a Estados Unidos, después regresó ese que vendió el caballo y después yo, ya éramos cuatro. Los hermanos, los hombres, se casaron allá y se trajeron a las esposas, todos de ilegales ya después del bracerismo; de solteras nada más mi hermana y yo, pero nos fuimos trayendo a los que faltaban, también a mi mamá hasta que nos trajimos a todos. Inclusive la que tiene familia en Ciudad Juárez ya arregló sus papeles porque el esposo que estaba aquí, tenía su documentación y por medio de él obtuvo ella sus documentos, entonces, aunque pueda vivir allá, tiene sus papeles

para cuando quiera quedarse a vivir o trabajar acá. De hecho, estaba en Dallas cuando hirieron a su hijo, fueron por él y quiere quedarse un tiempo en El Paso para atenderlo. La mayor, la viuda es la que vive en México, pero como si viviera aquí, ahorita está paseándose y visitando a la familia, actualmente está en Chicago, enviudó y está recibiendo la pensión que le corresponde por la muerte de su marido. Por lo menos una vez cada seis meses tiene que estarse reportando.

Un tío, hermano de mi madre, murió hace como unos cinco o seis años, él se pensionó y le mandaban el cheque para allá a México, eso fue como unos veinticinco o treinta años, pero últimamente se han puesto muy exigentes, quieren que venga la gente aquí a reportarse. Y es que muchos han hecho fraude. Ahora dicen que si en una fecha que se les cite para que vengan a reportarse por su pensión, si no vienen, se las cortan. Todo se generó por los chanchullos que ha habido. Pero también existen casos de lo contrario, como por ejemplo mi suegro se casó al civil pero no a la iglesia, entonces cuando iban a bautizar a los hijos, hubo un sacerdote que no los quería registrar con el apellido del papá porque decía él que no estaban casados, y originado por eso, mi cuñado se apellida Ríos aunque mi suegro era García; entonces estos casos complican mucho la situación cuando se trata de recibir el dinero de las pensiones y más difícil se pone cuando la gente quiere recibir su dinero en México porque ¿cómo explica una persona que es García si está registrado como Ríos? Y así como este hay muchos casos.

-¿Tu no eres hijo de mi papá, nada más de mi mamá? —así le dicen mis otros cuñados a él, pero todos se apellidan Ríos, entonces ninguno es hijo de mi suegro.

Nosotros para evitar esos problemitas a futuro, registramos a nuestros hijos allá en México, que tengan también su nacionalidad mexicana, son nacidos aquí, pero tienen acta de nacimiento también de México. A ellos les encanta nuestro país, cuando vamos, vienen muy contentos, eso me alegra porque si algún día hay dificultades aquí, pues que se vayan a México, allá está su nacionalidad también. Aunque a últimas fechas donde está la situación difícil es en México, no en Estados Unidos; se necesita un gobierno que se amarre los pantalones para acabar con toda esta matazón, a diario aparece en las noticias los muertos en Acapulco, en Cancún, en Michoacán, en Sinaloa, en Chihuahua, en todo el país ¿ya cuál estado se escapa de eso? Ninguno.

- Que ya agarraron a fulano y un grupo de esos facinerosos –dicen en las noticias de la televisión-, pero luego lo asustan a uno porque explican que antes habían sido soldados, judiciales, de la policía federal ¿entonces cuál confianza?

Es pura corrupción; que hacen túneles de las prisiones y se les escapan, que aparecieron descuartizados tantos en tal o cual lugar; nada inventado, todo aparece en las noticias, está mucho peor México que Estados Unidos. Agarran diez y se les van ocho y de esos, los meros gallos, no es posible. En nuestro país no se va a componer eso. Desgraciadamente, si Calderón tiene la intención de hacer las cosas, él solo no puede; de donde se les escapan hay videos, se enteran de todo ¿y qué hacen? No se ve nada. No se distinguen ya en nada los que roban y los narcos, unos se hicieron lo otro, ya se fusionaron.

- Nunca vamos a tener un México libre —dice mi esposa cuando le gana la desesperanza—, me gusta mucho ir, pero me gana más el miedo. Está todo más difícil que antes; mi hermano el que se vino primero de bracero, regresaba cada año, dice que aunque estaban las cosas muy trabajosas, no se vivían los problemas que uno se va enterando cada rato. A él lo trajeron a Empalme, Sonora cuando los inicios de sus venidas. Cuando le dieron su primer contrato, lo trajeron a Caléxico y de ahí lo llevaron a Arizona.
- Era un lugar del gobierno, había como unas quinientas casitas —dice mi cuñado Mauro— y había como de a cinco personas por cada una, pero no tenían baño. Había una carretera enfrente y quien tenía la necesidad, lo mandaban ahí a que la saciara; era a un ladito nada más, a veces pasaban los carros y “Piiiiit, piiiit,” nos hacían con el claxon; pues ni modo, pensaba uno, al cabo que ni te veo ni te conozco.

Ya en el trabajo, se sufría mucho, eran ranchos muy pero muy grandes, trabajaba mucha gente, se hacían bolita pero las jornadas eran muy pesadas.

- Eran hasta doce horas diariamente —dice Mauro— y con un azadón chiquito, todo el día agachados. Tardábamos cuatro horas en cruzar de lado a lado el espacio de trabajo, lo que le dicen el *field*, y nada más nos dejaban quitarnos la sed cuando estábamos en una orilla, solamente ahí ponían agua; entonces, tomábamos tres veces al día en las jornadas pesadísimas de doce horas. Nos traían como gendarmes. El calor llegó a subir en algunas ocasiones hasta 125 grados. En lo que más sufrí fue en esas dos cosas: la falta de agua durante cuatro

horas de trabajo y las subidas de calor ahí en Arizona. De ahí, nos movieron a la pisca de algodón, ya un poco menos pesado. Los estados tenían formas de trabajar diferente: en Arizona eran muy duros, en Texas, en algo se les parecían, pero en California tenían el sistema de que a cada año echaban a la gente para fuera cuando se terminaba el contrato; en Arizona nos daban hasta de 18 meses y hasta nos los renovaban.

Yo pienso igual que mi cuñado, estuve bajo contrato en California varios años y a toda la gente la echaban para fuera en diciembre, en ese mes quedaba solo todo esto donde había trabajadores. Podía uno salir y entrar a los pocos días, pero era obligación que saliéramos. Yo no me puedo quejar de racismo, pero donde estuvo Mauro sí, ahí sí tuvieron muchos casos, en particular uno que me comentó:

- Había un capataz que había agarrado de bajada a un paisano, lo golpeaba, le daba patadas y por nada, solo porque le cayó mal seguramente; le gritaba, lo aventaba en presencia de todos, muy feo. Molestaba a muchos, pero golpeaba solamente a ese, muy prepotente y con mucha saña, desde el principio. Entonces, el muchacho con el primer cheque que agarró, fue y compró una pistola. Se la trajo a la chamba, llegó el lunes y se presentó el capataz, lo empezó a patear igual que siempre, entonces el muchacho sacó la pistola y ahí lo mató. En otra gavilla, digo gavilla porque así se les llamaba entonces a los grupos de trabajadores; sucedió algo parecido, un capataz que era muy canijo y se ensañaba con varios de los trabajadores, ahí no era con uno en especial, sino con un grupito como de cinco y en una ocasión lo invitaron a tomar vino, salieron del pueblo donde estaban trabajando y allá lo mataron, esos lo planearon todo, el otro, el que compró la pistola, se la pensó menos. Esos de la otra gavilla, se fueron y ya nunca regresaron. A mí me dio mucho miedo que los patrones o el gobierno la fueran a agarrar contra nosotros, pero no, no pasó nada. Nosotros no tuvimos ninguna culpa.

El racismo siempre lo ha habido, lo hay hoy en día, pero antes era peor. Nada más que lo más triste y me ha tocado verlo en diferentes ocasiones, que los más racistas son los mismos de nosotros que la gente de aquí. Conozco el caso de la esposa de un amigo que ha trabajado en muchos lugares, pero de verdad que en muchos, diferentes todos, y me platica que una señora que es nacida en México, le ha hecho la vida de cuadritos por mucho tiempo, que ningún americano la ha tratado en muchos años

como esa señora. Yo lo veo como ese caso del que platica Mauro, que el capataz se ensañaba en especial con una persona, pero lo más feo de todo, es que es gente de uno, no son gringos los que hacen eso.

Mi esposa cuando recién llegó, trabajó en un estudio fotográfico y es que ella obtuvo experiencia en México diez años en eso, entonces, no le fue nada ajeno cuando se pudo acomodar en su primer trabajo aquí. Sabe hacer todo, lo que se dice todo, de la fotografía.

- Cuando llegué, busqué acomodo en el Este de Los Ángeles —dice ella— y vivía con una tía en un lugar que se llama City Terry, la fotografía se llamaba “veloz” y en ese tiempo yo no sabía ni agarrar buses, ni conocía el idioma, entonces caminaba 32 cuadras, pero “señoras” cuadras para llegar al trabajo: ni sabía cómo tomarlos, ni tenía dinero para pagarlos, entonces, 32 cuadras de ida y 32 de regreso, diario. Y luego, no podía ir así nada más, era obligación que fuera bien presentada, entonces, iba con tacones; llegaba, cuando me sentaba que tenía que retocar negativo o a pintar, uff, sentía bien rico, a descansar. En la tarde, otra caminata, a repetir la historia. Lo que es no saber o no tener valor para hacer las cosas, yo creo que si me lo hubiera propuesto, habría podido tomar mi camioncito y no llegar ya muerta al trabajo, antes de empezar. De ahí me moví a trabajar a una fábrica de costura. Yo creo que duré unos cuatro meses en la fotografía, pero más que nada por las 32 cuadras, no por ninguna otra cosa. Entonces me dijo mi hermana:
- Te voy a ayudar a entrar a donde yo estoy.
- Luego ahí duré bastante tiempo trabajando, hasta que nos cayó la migración, no nos agarraron en esa ocasión, pero sabíamos bien que donde llegaban una vez, seguían llegando, entonces nos movimos, digamos, de a fuerzas. Ahí estuve como año y medio, luego nos cambiamos a otra fábrica, mi hermana a una y yo a otra, en esta última trabajé como unos dos años. Me salí después de eso a limpiar casas. Se me había adelantado mi hermana en esto igual que cuando me cambié a la fábrica, o sea que ella ya le estaba yendo bien en esas tareas y me fui con ella. Íbamos lejísimos, a un lugar que se llama Calabazas, rumbo para Oxnard. Eran puras casas de gente rica, artistas y de todo eso. Se ganaba bien, pero no era lo mío.
- Vente para acá hermana, acá sí que es una mina y no como las de Durango.
- En el primer trabajo ganaba a 65 centavos la hora, luego subió a uno veinte y luego a uno sesenta y cinco, ya así, yo sentía que era mucho. Después entré a un estudio fotográfico a Hollywood, estuve

un tiempo, pero el hombre no era muy responsable, no pagaba a tiempo, luego me quedaba debiendo, no, nada formal. Ahí conocí a un señor que le decían “perico” él era el fotógrafo exclusivo de María Félix, se vino para acá y tenía su estudio fotográfico en Huntington Park, se llama Raúl, pero le decían “perico”, no sé que se apellidaría; trabajé con él después de con ese que salió muy informal; duré bastante tiempo con este hombre porque tenía la ventaja que eran los puros fines de semana, en una calle que se llama Saturn, unas casitas que están pegadas a la Pacific. El señor tenía un hijo que era artista, hacía fotonovelas, también se llama Raúl, él fue quien nos hizo las fotos de mi matrimonio. El papá muy amable, el hijo también, trabajé ahí muy a gusto. Fue mucho trajinar, porque me cambié a una fábrica de bolsas y después a otra donde producíamos cortinas, a mí me tocó hacer las cortinas que pusieron en el teatro chino que está en Hollywood, ese que es muy famoso, yo hice las cortinas para el estreno de la película de “Fiebre de sábado por la noche” de John Travolta. Yo era la encargada de entregar las órdenes. Además, yo le iba pasando todos los materiales a las trabajadoras para que fueran haciendo lo que les encargaban, ya con sus medidas especiales y todo. Me fue muy bien, pero como en todo, llegó en ese entonces una conocida mía, medio envidiosilla y me invitó a trabajar con ella, me envolvió con mucha plática y allá voy: ya me andaba con ella, perdí mi trabajo tan bueno por andar confiándole a ella porque supuestamente íbamos a hacer muy buenos trabajos. El pleito fue desde el primer cheque cuando me lo entregó le dije: ¿y aquí qué pasó?

- No, es que así quedamos —me dijo.
- No, no, no quedamos así, mira yo perdiendo tan buen trabajo por venir a seguirte y me sales con esto. No, me estás dando muy poquito, nada de lo que habíamos quedado.
- Salimos mal ahí y ya no se compuso. Y ahí me quedé hasta que me casé. Quise trabajar ya casada, pero mi primer hijo salió enfermizo. Se ponía triste de una cosa, luego de otra, y luego así, nadie los quiere cuidar. Me puse a trabajar en un lugar donde hacen partes para aviones; me hicieron un examen y no sé cómo pero lo pasé, quien sabe cómo le haría, pues el caso es que me dieron el trabajo. Eso fue en la ciudad de Bell Gardens; ahí vivía una amiga mía a la que yo le tenía mucha confianza, yo la había ayudado mucho a ella y me decía que quería mucho a mi hijo, con toda esa confianza, le dejé a cuidar a mi hijo. Ay dios, me pasaron tantas cosas; para empezar,

a mi hijo lo traumó, ella se ponía a ver la novela y me encerraba al niño en el baño. Mi niño no hablaba, pero yo notaba que tenía mucho miedo entrar a un baño solo, ya tenía doce años y tenía mucho miedo. Yo le preguntaba ¿por qué tienes miedo hijo? Pero nunca me quiso decir, hasta ahora ya de grande, dice que lo encerraba en el baño. Tenía como dos años y lo dejaba encerrado en el baño todo el día, ella viendo novelas. Yo llegué una ocasión y me encontré a mi niño con una cosa de esas que son para poner lavados, lo tenía mi hijo en la boca, ay dios santo. ¿Cómo el niño iba a alcanzar a agarrar una cosa de esas cuando en todas las casas quienes tenían las guardaban en lugares muy escondidos fuera del alcance precisamente de los niños? Yo lo único que notaba era que mi hijo se enfermaba constantemente del estómago, pero mucho; siempre con fiebre intestinal. Pero que llego un día temprano del trabajo y el niño con eso en la boca, y que le digo: ¿Por qué trae eso el niño?

- Ay pues el mocoso todo agarra.
- ¿Pero cómo sabe el niño dónde se guardan esas cosas y cómo lo alcanzó con sus manitas?
- Estaba ahí arriba.
- Pues mi hijo no alcanza ni a ver ni a tocar lo que hay ahí arriba. Mira ¿sabes qué? Ya no quiero que me lo cuides. Por eso se enferma tanto mi hijo de fiebres intestinales.
- Ya no voy a trabajar —me dijo mi esposa y me explicó toda esa situación que nos tocó vivir—, y es a ella a quien le tenía yo tanta confianza.

Luego tuvimos el otro niño y salió igual de enfermizo, no podía trabajar así mi esposa y con el antecedente de lo que le sucedió al primero, no, así no. Los llegamos a tener juntos en un hospital enfermos de neumonía. Las pruebas que pasamos con los muchachos fueron muy duras. Ahorita como estamos es que el hijo mayor ya tiene su primera hija y el otro, el más chico, de la casa al trabajo, del trabajo a su casa, no sale casi nunca; a veces acompaña a su manager que van a jugar golf, boliche, todo con amigos del trabajo, no le gustan las fiestas. Hace mucho tiempo como que se dio una destanteada, pero el Señor me mandó una revelación, hablé con él y lo puse al tanto, nos pusimos de acuerdo y eso se terminó; eso fue durante un tiempo muy breve, cuando entró a la universidad ya no tuvo tiempo para andar de vago.

Mauro, el más chico, trabaja en una empresa que vende comida y el más grande trabaja para el gobierno en un lugar donde construyen

aviones, cerca del aeropuerto, ahí está la compañía. A veces se me hace casi imposible que mi hijo pudiera haber logrado convertirse en un ingeniero aeroespacial, es muy inteligente, además hizo otra carrera, tiene dos. Se graduó en la universidad de Irvine que es muy famosa; la segunda carrera fue de *business administration*. Aquí todas las universidades son muy bonitas: las privadas y las públicas, y para mi gusto, la más bonita de aquí del área es la de Irvine.

Gran parte del desarrollo que tienen aquí los americanos, se basa en la educación, por eso tienen universidades tan formales, tan bonitas, con muchísimos alumnos que preparan para todas las áreas. Recuerdo en una ocasión, a finales de los años sesentas que estábamos trabajando en un lugar donde nos llevaron por unas carreteras, largas, bonitas, bien arregladas y uno de los compañeros dijo:

- Cuando regrese a México, le voy a escribir una carta al presidente Díaz Ordaz para decirle que haga lo mismo que aquí en Estados Unidos, que mejore las carreteras, que las pinte bien, que tenga a sus lados bien planito; todo igual que aquí.

Y le dijeron los mismos compañeros, no solamente contradiciéndolo, sino regañándolo:

- ¿Y cómo crees que ese viejo trompudo, matón, va a arreglar las carreteras si no ha podido arreglar el país? Nosotros andamos de braceros no por gusto, sino porque no tenemos trabajo allá ¿para qué dejar la familia y venir acá tan lejos donde todo es desconocido para nosotros? Ese viejo no va a arreglar nada.
- ¿Será muy caro poner las luces en todas las calles y las carreteras bien hechas y pintaditas como aquí? Decía otro.
- Yo voy a hacerle una carta, ojalá me haga caso —insistió el amigo ese.

El año siguiente, él ya no vino, pero estábamos muchos conocidos y algunos nos dijeron que sí, que sí hizo la carta y se la mandó. Dicen que era muy listo el señor, pero yo creo que no, más bien era tonto ¿cómo iba a creer que nada más porque le mandaron una carta ya iba a pintar las carreteras y las iba a mejorar? Dicen que le contestó diciendo que él no iba a agarrar ideas de nadie, que nosotros éramos mexicanos. Yo estoy seguro que ni le contestó. Aquí los gabachos han hecho grandes cosas porque han desarrollado mucho la educación, tienen mucho contacto con Europa, allá están muy avanzados, esos países son mucho más viejos que Estados Unidos y copian muchas cosas de allá. Aquí preparan primero a los maestros y ellos enseñan bien a los alumnos, la gente avanza mucho así, no de otra manera.

- Ahí están los chinos —dice mi esposa— ellos cuando vienen, traen su camarita, todo lo están viendo y se lo llevan para copiarlo, han avanzado mucho y eran un país muy atrasado. Cuando estuvimos en Cancún, andaban muchos chinos y siempre con su camarita sacándoles fotografías a todo; no nada más en Estados Unidos, esos andan en todo el mundo a ver qué copian para hacerlo igual o mejor. Si algo no lo tienen, pronto lo van a tener.

Pues que eso le contestó ese viejo indiado de Díaz Ordaz; nada, no era cierto. ¿Cuándo progresa uno así? Los alumnos aprenden de los maestros, nadie se enseña solo, para hacer algo bueno o nuevo, hay que aprenderlo de los maestros ¿y qué hacía Díaz Ordaz? Matar estudiantes. Yo creo que los americanos son muy vivos y los europeos son todavía más vivos. Es como eso del trabajo que hicimos nosotros los braceros, si no trabajábamos bien, ya no nos contrataban y el que se rundía más, a ese le pagaban más, así es el desarrollo de los americanos, también han logrado tener mucho porque han trabajado mucho; organizan bien todas sus cosas. Nosotros nos gritábamos como de burla y para obligarnos a trabajar más cuando andábamos en el *field*:

- Hazte grapa.

Así como diciendo que se agachara uno en forma de alambrito de esos que les ponen a las engrapadoras, que son en forma de “u”, así como diciendo: tienes que ir totalmente a gatas. Cuando el trabajo es por horas, pues busca uno la manera de hacer descansitos, pero cuando es por lo que haga uno, ahí sí se medio mata uno, y con otra, parece que no, pero influía muchísimo el que se conociera la gente, si uno sabía que otros le iban ganando, echaba carreras para no dejarse, a veces eso era más importante que lo que ganaba uno por el destajo: el ganarle a los amigos. Al final de la semana ¿tú cuánto ganaste y tú cuánto? Luego se hacían las comparaciones y a veces hasta las burlas. ¿Yo cómo me voy a dejar de este flaquito? Que aquél se cree mucho, hay que ganarle y ahí andaba uno a las carreras queriéndolo o no. Nos pagaban a 35 centavos la caja y había días que ganábamos más de los 35 dólares: es decir, más de cien cajas; eso era muy pesado, pero jugando carreritas, pues ni hablar. Para hacer las cien cajas, nos llevábamos más de 9 ó de 10 horas. Agarrábamos nada más media hora para comer.

Trabajando por horas, claro, es pesado, como cuando andábamos en el betabel o la lechuga: con el azadón chiquito, agachado, claro, muy pesado, pero no andábamos echando carreras para ganarle a otros como

en el tomate. Pues fue lo que peleó César Chávez, lo del azadón ese, que era inhumano que trabajara uno tan agachado, que podían y deberían darnos azadones más grandes. Lo que pasa es que con los grandes, puede uno hacer el trabajo más al aventón, y con el chiquito, por fuerza debe la gente dejar bien los cortes, no hay motivo para que no quedara bien el trabajo. Era la única razón, lo demás, es cierto, era pesadísimo andar agachado. Yo nada más digo, alguien, ahorita, así que se agache a hacer un trabajo de 15 minutos para que vea lo que se siente si lo hace por nueve o diez horas; es algo que se puede imaginar uno solamente porque ya lo vivió y lo sufrió. Luego los *fields* eran larguísimos ¿no dice mi cuñado que cuando él trabajó duraban cuatro horas para salir a la otra orilla a tomar agua? Los campos son grandísimos.

La cintura, ay dios mío, todavía me acuerdo, son unos dolorones que solamente los que los sufrimos lo sabemos. Trabajé en la uva, en los desahíjes, el betabel, el apio; hubo fechas en que ganaba 12 dólares al día porque nos pagaban a uno la hora y nos echábamos jornadas de a 12. Dependía de los rancheros que fueran propietarios de cómo nos trataban a los trabajadores, algunos tenían más conciencia que otros; por ejemplo, mis amigos comentan que lo más difícil de todos los trabajos siempre fue el betabel porque tenían que agacharse para cortarlo, luego ladearlos, levantarlo hasta unas trocas altas, luego, otra vez para atrás: a agacharse, a cortarlo, a ladearlo, a levantarlo y así todo el día; en mi caso no fue así, el betabel no fue de los más difíciles porque el patrón, el rancharo que me tocó de jefe en Watsonville ahí cerca de San Francisco y como a media hora de Salinas California.

- Cambien de transporte —les ordenaba cuando veía que nos “cargaban” la mano con la chamba.

Sí tenía mucha conciencia, era un italiano, me acuerdo bien que tenía una trailita: traíamos unos cuchillos cuadrados de la punta que servían para medio cortarlo porque no alcanzaba a llegar hasta la otra orilla, nada más llegaba a la mitad y uno tenía que arrancarlo después de meterle el cuchillito. A veces estaba lloviendo y él veía por nosotros de cómo ayudarnos; por ejemplo, de lo más pesado, considero yo que era el levantar el betabel, pero él mandaba arrimar la trailita bajita y era fácil echar para arriba las plantas; con otros rancheros no, tenían unos camiones altísimos y ahí sí que costaba trabajo echar para arriba las plantas.

Ya al final de mis años de bracero, trabajé en una fábrica donde hacían el asfalto para poner en los techos, ya cosa más fácil, no se complicaba

mucho; hacíamos botes de chapopote, la brea esa que ponen para que selle bien y no deje entrar humedad a las casas. Ahí fue donde me agarró la jubilación, trabajé de obrero mucho tiempo. Nos cambiaban de puesto pero muy de vez en cuando, muy esporádicamente. Es una fábrica muy importante, hay sucursales en muchas partes del mundo, de las que yo sé, hay una en Brasil, hay otra aquí en Mexicali, en Corea, creo que quieren instalar una con los chinos.

A veces nos ponemos a platicar mi esposa y yo de cómo le hicimos para venirnos a trabajar acá, de cómo se le sufrió, de cómo nos ha servido mucho porque aquí hicimos nuestra familia, nuestros hijos ya son de aquí, les gusta ir a México pero por temporadas muy cortas; ella tiene no muy buenos recuerdos de su pueblo en México, en cuanto a que su madre le sufrió mucho por no contar con su marido en su casa. Ella me dice:

- Mi mamá nos tuvo que mantener solita y desde muy chicos a todos. Mi hermana la mayor tenía 16 años cuando se vino, entró con documentos, con su pasaporte; la trajo una señora y le ayudó a conseguir su pasaporte, por eso se vino, luego regresó y nos ayudó a que nosotros hiciéramos lo mismo. Nos tuvo que ayudar para que los más chicos saliéramos adelante. Yo trabajé desde la edad de los ocho años. Se puede decir que descansé cuando me casé porque toda mi vida trabajé muy duro. A mí, se puede decir que nadie me mantuvo, yo trabajé cuidando niños desde que tenía ocho años de edad. Yo niña y cuidando niños. Recuerdo muy bien mi primer sueldo fueron 20 pesos. Cuando mi padre vivía, era minero y muy pobre. Había un señor muy rico que tenía una tienda, de esas que vendían de todo, yo iba y sacaba unos zapatos fiados a nombre de mi papá; siempre traía mis buenos zapatos, yo me los escogía, cosa increíble, pero yo me acostumbré a los zapatos de calidad a pesar del pueblito tan atrasado, a mí siempre me llamó la atención traer mis buenas chanclas.
- Quiero unos zapatos como estos, de tal número —le decía mi esposa al señor de la tienda y sí se la creía porque nunca le quedaron a deber— ahí se los apunta a don Mauro García —decía muy enseñorada.
- Si usaba zapatos corrientes, inmediatamente me salían juanetes —platica ella—. Yo traía en aquel entonces mi calzado bien viejito cuando agarré mis primeros 20 pesos, iba corriendo, loca con mis veinte pesos en la mano a dárselos a mi mamá para la renta, eso pagaba mi mamá mensualmente. Llegué y le dije: “tenga mamá sus veinte pesos para la renta”, yo me sentía muy orgullosa porque le

había dado el dinero. A ella le pagaban a diez centavos el litro de tortillas, entonces ella se cosía el alma ahí; también lavaba ropa, pero esas cosas eran muy mal pagadas, entonces, vivía atada a la masa de las tortillas y al agua con que lavaba para mantenernos.

A veces platicamos entre nosotros, con tristeza pero con orgullo porque hacer nuestra vida nos costó mucho esfuerzo y sufrimiento; muy diferentes los dos pero con el mismo orgullo.

De ahí nos fuimos a vivir al rancho —dice ella—, es decir, nos regresamos a donde habíamos salido, en lugar de caminar para adelante, íbamos para atrás. Trabajamos con mi tío y ahí nos fue muy pero muy mal. Lo único positivo, si así quisiéramos verlo, era que nos prestó una vaca para que la manutención no fuera tan pesada, para ordeñarla y sacar leche para lo que pudiéramos. Tomábamos leche y comíamos hierbitas que nos cocía mi mamá: verdolagas, quelites, mariguchis. Fue una vida media dura. Entonces mi mamá me mandó a trabajar otra vez al pueblillo donde estábamos; fui a asistir a una señora de la dieta: iba yo al arroyo a lavar el nixtamal y a acarrear agua para la casa de la señora, para el uso diario; eran dos adultos en la casa y tenía que levantarme a las 4 de la mañana para hacerles tortillas y frijoles recién cocidos para que ellos llevaran de lonche.

En especial, recuerdo muy bien un hecho que vivió, triste por ser una niña y más triste por tratarse de abusar del trabajo de los inocentes, dice ella que:

- Un día se me cayó el balde de agua en la cabeza, es que había una subida pronunciada para llegar a la casa; cuando estaba ya en lo que se puede decir la cima, se me fue hasta abajo el balde y se desfondó. Fui con un papá de mis primos, llorando y le platiqué, entonces él le puso un nuevo fondo al balde para que yo regresara, llevara el agua y que no hubiera problema con lo que me sucedió; se lo soldó, quedó bien, era un fondo nuevo pero de tan buena calidad como si fuera el original. En otra ocasión, se me rompió una bombilla, pues niña, sin experiencia, al cambiarla, se me rompió, así se les llama a las cubiertas de vidrio de los aparatos de petróleo que se utilizaban en esa época para tener iluminación por las noches. Cuando terminé los cuarenta días de trabajo, yo lavaba sábanas, ropa de los grandes, todo, todo ese trabajo tan pesado, lo hacía yo, y tenía que ir muy lejos para eso de las lavadas porque en ese rancho ni agua hay; entonces le avisé a la señora: “ya me voy, ya terminé mis cuarenta días y ya me voy para el rancho” así le dije porque así había sido el trato, y

para que me pagara, por supuesto. Vino mi mamá y me recogió. La señora no me dio ni un cinco; dijo que yo debía 18 pesos del balde y 2 más de la bombilla, entonces, salíamos a mano, ni me debía ni le debía. “Eran veinte pesos lo que te iba a pagar por los cuarenta días” me dijo, pero como me rompiste el balde y quebraste la bombilla, entonces quedamos a mano. ¿Cómo tuvo la conciencia esa señora de dejarme sin un cinco? Yo le trabajé, como niña, pero le trabajé como si fuera adulta, en cosas pesadas durante cuarenta días: a cincuenta centavos el día, pero según ella, salimos a mano. Yo solita y lejos de mi madre, con ocho años de edad. No es posible creer que en medio de la pobreza, hubiera tanta gente que aprovechara esa situación, algo parecido les sucedía a mis hermanas, la gente era muy abusiva. No teníamos quien nos defendiera y luego, todos chicos, unos niños. Gente si corazón.

- La última vez que se vino mi padre para acá —dice mi esposa—, nos repartieron en casas de los vecinos, de gente que nos ayudara, sí había personas buenas que aun cuando vivían en la pobreza como la padecimos nosotros, algunos trataban de ayudar en lo que pudieran. Se da el caso de que una señora me pidió a mí; digo que me pidió a mí, porque se acostumbraba decir “préstame a la niña” y eso quería decir que nos llevaban a sus casas, dormíamos con ellos, nos daban de comer, nos vestían, hacían lo que humanamente podían por nosotros; entonces yo “le toqué” a una vecina de enfrente, ella me pidió y la santa señora hacía de comer papas en la mañana, al medio día y en la noche. Mi mamá muy agradecida porque le ayudaban a que no estuviera tan “pesado el costal” y yo lo comprendía perfectamente, pero no me gustaban las papas. Yo tenía mucha hambre, pero no de papas; tengo ya muchísimos años aquí en Estados Unidos y yo creo que de volver a comer papas, no hará más de dos años, las aborrecí pero de verdad. Aborrecí las papas.
- Los recuerdos que tengo de mi padre —dice ella—, son de lo mejor, dudo que exista otro padre como el que tuvimos nosotros, era un padre amoroso; nos daba tanto amor y a todos, desde el más chico hasta el más grande. Él agarraba al más chiquito, lo dormía y lo llevaba a la cama, al siguiente lo dormía y lo llevaba a la cama, así a todos. Yo tenía como 8 años cuando él faltó. El recuerdo más precioso que tengo es que él era muy pero muy buen padre. Tenía una gracia muy grande. Éramos muy pobres y mi mamá nos daba de comer y luego le guardaba su comida a mi él y cuando llegaba, lo rodeábamos todos y empezaba a repartirnos de su plato. Mi mamá le

decía “come tu Mauro”, no, decía él, se los reparto a mis hijos. Esos recuerdos son los más bellos de mi vida. Mi padre era muy amoroso, le decían el guayul. Eran muchos amigos, todos mineros, se ponían sobrenombres todos, pero mi padre era el que los “bautizaba” a todos, a él no le tocaba ninguno, pero un buen día se lo ajusticiaron: le pusieron el guayul. Uno era el picochulo, otro el picochueco, otro el peludo, de todo había, pero se pusieron de acuerdo entre todos los “dolientes” y nació el guayul. Recuerdo muy bien que una ocasión me mandaron a la tienda, y en aquel tiempo, todas las tiendas eran cantinas, vendían comestibles, pero también “bebestibles”, entonces fui a la tienda a comprar azúcar y el dueño de la tienda era familiar de nosotros, era primo de mi mamá y también compadre, entonces, yo de niña, le decía compadre y él también a mí me decía comadre. Entonces que me dice “¿qué anda haciendo comadrita?”, pues vengo a comprar azúcar ¿me vendes medio kilo? Y estaba la bola de amigos de mi papá ahí riéndose y me dijeron: “oye ¿quién es tu padre?” y pensé yo, caramba, si digo que de don Mauro, van a decir ¿quién será Mauro? Entonces dije: soy hija del guayul, entonces todos se morían de risa: esta sí que es hija del guayul y me dieron dinero todos, poquito dinero, pero todos me dieron: unos de a veinte centavos, otros de a peso y así, todos me dieron dinero, me festejaron mucho. Yo bien contenta porque llevaba dinero, llegué a la casa, me vio mi mamá y me dijo: “¿Y eso?” pues es dinero que me dieron los amigos de mi papá “¿pero por qué?” pues no sé, me lo dieron. Así quedó la cosa, pero al otro día que se levanta mi papá y me dijo “venga hija para acá” ay dios mío, me asusté mucho ¿qué pasaría? Me senté en sus piernas y me empezó a preguntar:

- Oiga ¿ayer a dónde fue?
- A ningún lado, papá.
- Sí, sí fue a la tienda con mi compadre.
- Ah sí —que le digo yo— sí, fui a comprar azúcar que me encargó mi mamá.
- ¿Y quiénes estaban?
- Pues vi a sus amigos.
- ¿Y qué les dijo?
- Nada, papá, no les dije nada.
- ¿Ellos qué le dijeron a usted?
- Nada, papá, yo compré el azúcar y me regresé, pero no me dijeron nada.
- Ándele hija, dígame qué le dijeron, porque algo le debieron haber

- dicho esos hijos de la chingada —mi papá era muy mal hablado.
- No, no me dijeron nada.
 - ¿Ni le dieron nada?
 - Sí, sí me dieron dinero.
 - ¿Y por qué se lo dieron?
 - Por nada, solamente me dijeron toma y toma y me fueron dando dinero.
 - ¿No hubo una razón para que le dieran dinero?
 - A lo mejor porque soy hija de usted.
 - ¿No será porque les dijo usted que yo me llamaba guayul?

Ya me agaché y no supe qué contestar, entonces él me abrazó y me besó:

- Esa es mi hija —me dijo y no me la creía porque estaba bien asustada, pensé que me iba a pegar; los papás le pegaban a los niños por cualquier motivo en aquellas épocas.

Todos muy contentos porque dije que era hija del guayul. Él me hablaba de “usted”, así se acostumbra en Durango, todo mundo habla así a las otras personas.

A la hechura de antes

Me salieron en 100 dólares de enganche cada una, esta casa y las otras donde viven mis hijos; luego, 100 dólares mensuales, fue en la época en que mataron al presidente Kennedy. Ya tenía mis años de trabajar aquí en Estados Unidos, mi primer contrato como bracero fue en 1945. En ese año yo estaba cumpliendo mis 18 y había un señor que se dedicaba a llevar ganado allá en San Miguel el Alto de donde soy originario, él negociaba con todos los que le vendíamos y cuando completaba la jaula, como le decíamos al camión donde lo transportaba, iba y lo subía en San Francisco del Rincón en Guanajuato para llevarlo a Tlalnepantla en el estado de México; yo lo acompañaba y le iba dando de comer a los nuestros y allá se iba vendiendo de a uno, de a dos, de a como se pudiera. Una parte de las ganancias era para ese señor porque él hacía todo para el transporte y para que los dejáramos en el destino final. El día que terminábamos de vender, nos regresábamos a San Miguel.

- Ahí están los judíos —me dijo ese señor a la tercera vuelta que habíamos echado con ganado de nosotros— les dicen “los yindos” —me explicó.

- ¿Y esos qué hacen?
- Llevan gente contratada a trabajar a Estados Unidos, dicen que les pagan mucho dinero, pero de todos modos la gente no quiere ir.

Mucho tiempo después, supe que los traían contratados para acá de ahí mismo de San Francisco del Rincón, pero yo, estando tan cerquitas, los vine a conocer y me contraté con ellos en Tlalnepantla. Nosotros llevábamos nuestras maletitas con nuestra ropa, pensando nada más en el tiempo en que podría tardar la venta del ganado que llevábamos y nos llamaba mucho la atención escuchar a esos “yindos” estaban gritando:

- ¡Esta es su oportunidad señores, necesitamos a tal cantidad de personas para trabajar en Estados Unidos, se pagan muy buenos sueldos. Todos los que quieran irse a trabajar al traque!

Había ahí entre nosotros un ganadero de la ciudad de León al que le decían “el pinto” que ya había estado aquí en Estados Unidos trabajando como bracero y nos dijo:

- Órale, ahorita es cuando nos debemos de ir, ahorita se puso bueno, no debemos dejar pasar la oportunidad.

Yo de chavalo, a lo mejor por falta de experiencia o por lo que hubiera sido, les di mi nombre, me apunté en la lista y con eso me dieron lugar en el tren y me acomodaron en las “jaulas” así como les decían a los vagones del tren; nosotros les decíamos jaulas a los camiones donde llevábamos el ganado y ellos les decían a donde nos llevaban a nosotros; nos dieron también ropa y un lugar dónde nos bañaríamos, la que traíamos puesta no la volvimos a ver, nos dieron trapitos nuevos. Duramos una semana enterita para llegar de ahí de Tlalnepantla a Nogales, Sonora, en el tren. Ya de ahí, nos pasaron para el otro lado y gentes del gobierno mexicano nos entregó con otros del gobierno americano. Nos fueron llamando pronto, a mí me tocó el primer trabajo en Arizona.

- Jorge Picazo —dijeron mi nombre y ahí voy a que me dieran mis documentos y ya listo para irme al trabajo— a ti te corresponde en Ellis, Arizona —me explicaron.

Ahí fue mi primer trabajo, luego estuve en Shasta, cerca del estado de Oregón y al terminar los primeros 18 meses de trabajo nos echaron para fuera, se terminó el contrato. Nos llevaron a la frontera y nos pagaron todo el dinero que nos habían quitado de ahorros, en puros pesos de cero siete veinte, de esos famosos. La verdad, nosotros sí quedamos muy

conformes con eso, se ganaba buen dinero, se trabajaba mucho pero quedábamos conformes; cuando nos regresaban, nosotros ya sabíamos a lo que íbamos.

Mi salida como bracero fue porque yo buscaba cambiar nada más, porque la verdad de las cosas, a mi familia siempre le había ido bien en San Miguel, mi padre trabajaba con un señor que era muy buen patrón, inclusive, como en ese tiempo no existían los bancos, el poquito dinero que yo podía ahorrar, se lo entregaba mi papá al señor y él nos lo guardaba y cuando necesitábamos algo, se lo pedíamos y nos lo entregaba.

- Fíjese que vamos a necesitar tanto dinero de nuestros ahorros para los estrenos, que para comprar un ganadito, que para esto, que para lo otro —le decía mi padre al señor de la hacienda y sí, siempre muy arreglado él, nos entregaba nuestro dinero.

Había siempre más seguridad en la hacienda que en las casitas de los pobres que estábamos a los lados. Decía mi papá que él había caído ahí con ese patrón desde el año de 1930. Éramos “medieros” del rancho que se llama El montecillo; ahí hay una plaza de toros muy famosa que hicieron unos señores millonarios que eran los Martínez. Ellos dividieron la propiedad en muchas fracciones de a 27 hectáreas y vendieron partes, nosotros compramos también. El rancho completo era de arriba de 10 caballerías. Nos decían “medieros” porque significa que todo el trabajo que hacíamos con el patrón era para “repartirse a medias”, es decir, la mitad para ellos, la mitad para nosotros.

- Vénganse conmigo a Lagos de Moreno —nos ofrecía a toda mi familia el señor porque compró una propiedad que se llama Vallado Negro.

- No, mejor aquí nos quedamos —le dijo mi padre, ahí habíamos hecho vida desde chiquitos.

- Ya entregué quince mil pesos de enganche por aquella propiedad, diez mil que yo tenía y cinco mil que me diste por tu fracción — le decía a mi papá ese señor que para nosotros siempre fue una bendición, nos trató muy bien, nunca tuvimos queja y tampoco él de nosotros.

El señor muy arreglado, nos lo escrituró inmediatamente y seguramente le tenía buena fe a mi padre, porque nos invitaba a seguirlo. Ahora al último, lo que era la casa de mis padres, que actualmente es un corral, no nos hemos convenido entre los hermanos para ver quién se queda con él; ellos, mis padres, la compraron como en el año de 1945 y ahí hicieron su vida, pero ya al final de sus vidas, les vino sirviendo nada

más para cuando crecieron las muchachas, que fueran a dejar ahí sus trapos, sus zapatos, irse a misa, a veces iban los sábados y se regresaban hasta el lunes al montecillo. Mi padre, haciéndose las dos de la tarde, iba por ellas y se las llevaba al rancho. Ahora son corrales porque mi papá no le hizo nada tampoco, no le construyó, nada más para dejar el caballo o el burro. No nos hemos arreglado entre los hermanos porque como sucede muchas veces en estos casos, alguno quiere donde vivieron sus padres pero a lo mejor los demás también la quieren; se ha ido despacito eso, no nos hemos convenido, la verdad es que son unos simples corrales pero el valor estimativo que le tenemos todos es lo que ha detenido poquito algún posible acuerdo.

Cuando estaba yo acá trabajando, mi esposa estaba viviendo ahí, en junta con mi familia, luego, como que malició que alguien abría las cartas de la correspondencia y ya no estuvo a gusto; yo todo el tiempo estuve yendo y viniendo, pero como ella ya no estaba conforme, me pidió que le hiciera casa en San Miguel. Como que alguna de mis hermanas trataba de pelearla. Nosotros nunca hemos sido de pleito y calladitos, nos fuimos acomodando como pudimos.

- Mira mujer, ahora que vaya, voy a comprar un terreno —le avisé en una de esas oportunidades y al final le hice su casa, está en una calle que se llama doctor Trinidad Ramírez.

Me gustaba mucho esa casa porque había sido propiedad de un señor que estaba bien acomodado pero que al morir, yo quería comprar todo pero no pude, era mucho terreno y salía muy cara, pero el que la compró, sin querer nos ayudó porque despedazó el terreno y lo hizo varias fracciones, dejó su entrada por la calle Mina y entonces, así sí pude entrarle y fue como me hice de ese predio en el que luego le construí su casa a mi mujer con la entrada por la otra calle. Eran muchas fracciones, tenía hasta una tienda, pero lo que estaba a mi alcance, era nada más el terrenito. No costó sino únicamente 7 mil pesos, pero para aquel tiempo, era bastantito. Yo alcancé a juntar 13 mil y con eso hicimos lo que alcancé para construir la casita y ya pudo cambiarse mi esposa a vivir independiente.

En el año de 1950 cuando don Ezequiel que era el primer patrón que tuvimos, nos regaló las 27 hectáreas a cada uno y yo alcancé a hacer mi casita ahí en el rancho; mi papá hizo la suya en su parte que le tocó; teníamos agua y teníamos todo. Pero luego compré aquella otra ya en el pueblito para que estuviera más tranquila mi mujer y para que llevara a sus niños a la escuela, en esa época ya tenía dos: uno de ellos, de los más

chicos, se me mató y es el que tengo aquí junto a mi mujer en las calles Lexington y Town, ella se me murió en el año del 2001. El otro niño, el que iba a la escuela en aquella época, vive aquí cerca.

Así como le compré a mi esposa su casa, también les fui ayudando a mis hijos cuando se iban casando para que se fueran haciendo de la de ellos; nada más con el enganche, pero ya ellos las seguían pagando. Eso lo aprendí de trabajar al lado de mi papá, él trabajó mucho tiempo en la hacienda del señor ese que nos invitaba a seguirlo a Lagos de Moreno; nos pagaban 20 centavos por día de trabajo de sol a sol: luego, al final del año, de lo piscado se hacían dos montones, el patrón se llevaba uno y nos dejaba otro, lo mismo con el frijol, las calabazas, por eso se decía “mediero” como ya lo dije antes, porque éramos dueños de la mitad de lo que producíamos.

- Tenemos todo —nos decía mi papá-, nada nos falta cuando se trabaja.

Estábamos pobres de ropa si eso se puede decir, pero de comida, de leche de todo lo del sustento, teníamos y hasta de más; solamente cuando el otro señor, el nuevo dueño que ya no nos quiso dar la pastura para nuestros animalitos, ahí bajó poquito la producción de ganancias para nosotros, pero no me quejo, no digo que hubiera estado eso mal, son diferentes piensos de la gente, a unos les gusta hacer las cosas de un modo y a otros de otro. Si cebaba uno un puerco o dos, se vendía la manteca y las carnitas, eso todavía se sigue haciendo en San Miguel, pero era muy común en aquellos años, ahora ya es diferente. De ropa sí éramos muy pobres, no teníamos buenos trapitos.

- Cuando se tiene trabajo, se tiene agua y se tiene comida, no falta nada —nos comentaba mi padre.

Ahí con nosotros había un arroyo, que la gente de allá le dice río, pero no es río, es un arroyo, ahí teníamos mucha agua todo el año; a lo lejos del llamado río sí se le batallaba un poquito, pero nosotros todos los años, hasta el mes de mayo, no teníamos problemas. Las señoras iban en sus burros, en sus caballos, o hasta a pie para traer agua de tomar; en los ranchos, es una costumbre de todas las gentes el construir sus charcas para tener agua y sostener el ganado, para conservarla todo el año; en las casas, en el pueblo, ahora llevan en pipas y la gente la guarda en su aljibe cuando no llega en forma normal en tiempos de escasez.

Para la comida, en la casa del rancho mi mamá hacía nixtamal y maíz de atole, arrimábamos raja, leña, varañitas para prender el fogón; yo cuando me casé, así le tocó trabajar mucho tiempo también a mi esposa,

luego aparecieron los molinitos que hicieron un adelanto en todo eso. A últimas fechas ya se acabaron esos problemas, ya hay luz en todas partes y hay aparatos para todo; se ven tortillerías grandes donde quiera. Yo todavía compro mi maseca y hago mis tortillas porque así me enseñé en San Miguel; allá también así lo hago, cuando voy a San Miguel ahora de viejo, preparo mis tortillas: me voy por un lado de lo que le decimos el tanque y donde miro todo el ganado, ya ahí me quedo y hago todo el trabajo necesario y después, a la hora de regresar, me voy y ya tengo lista mi comida, me hago mis tortillas como antes porque así me enseñé y así son las costumbres, yo sigo prefiriendo las tortillas hechas en casa que las de harina ya preparadas en bolsitas. Me hago mis tortillas de parte de noche o de parte de madrugada, cuando se va necesitando.

Esas han sido bonitas tradiciones que se le han quedado a uno, de otras, que a algunos no nos llegaron a interesar y que son muy conocidas allá en San Miguel el Alto, son por ejemplo las carreras de caballos; va gente de todos lados a las apuestas, pero eso no fue lo mío nunca, sí fui en dos ocasiones cuando estaba niño, una en la que corrió “la mensa de Jalos” contra “el nervio de San Miguel”, corrieron ahí en el bueyero, luego después “el plateado” contra “pancho villa”, pero nunca le tomé mucho interés, eso era como para gente de más de dinero, más alegres o tal vez, más aventados, eso no estuvo hecho para mí. Eso fue por allá en el año de 1930; siempre hay, todas las semanas hay carreras, yo era muy amigo de algunos corredores, pero nada más amigo, yo nunca voy a eso, a mí me decía don Meregildo Morales que ha sido corredor desde todo el tiempo, él o los que conocemos allá como los alcalanes:

- ¿No vas a las carreras, no quieres que apostemos juntos?
- ¿De a cómo es?
- Dame unos 40 ó 50 mil pesos.
- No, gracias, nunca los he visto juntos, ahorita traigo veinte pesos.
- No amigo, con eso no alcanzas a llegar ni de aquí al puente.

Los que van ahí, es porque les gusta mucho el negocio: o levantan mucho dinero o los dejan limpios; ahí es un pueblo pobre, pero hay gente que junta dinero nada más para eso. Así lo veo en los tiempos de la fiesta, los muchachos agarran la banda de la música y la tomadera, luego pasa la fiesta y se andan arrimando con los prestamistas o vendiendo los animales para pagar las deudas, así se han visto. Mi padre nunca nos dio chanza de andar en esos brincos, mi hermano el que me sigue como que sí le gustó de eso, pero no igual a toda la gente.

- Que si me prestas dinero para irme al norte —así andan pidiendo varios de los migrantes cuando se terminan las fiestas.
- Pero tú eres norteño, más bien deberías de prestarnos tú a nosotros.
- Es para regresarme y juntar dinero con mi trabajo.
- Pero en la fiesta traías la banda de música y andabas contento en la bola tomando alcohol —parece historia repetida, generalmente con los jóvenes.

Nosotros fuimos trabajadores del campo, no teníamos muchas posibilidades de ganar dinero en otras cosas y en aquellos años había mucha pobreza que se veía en todos lados; a nosotros, a mis hermanos y a mí, se nos presentaron algunas oportunidades de que nos mandaran a la escuela, de cierta forma, había facilidad, pero mi papá nunca nos mandó; nos buscaba una señora que nos invitaba en la doctrina pero cada quien aprendía lo que podía, no era la escuela, eran catequistas que por su lado nos iban enseñando aunque fuera muy poquito, yo llegué a aprender las vocales nada más y con una señora que era de ahí del rancho, sin ir a la escuela; cada rancho tenía alguna gente que se preocupaba como esta señora con la que yo repetía las vocales.

- Vénganse a la escuela y les podemos enseñar a leer y a hacer cuentas, para que sean gente de más provecho —nos decían.

En la adoración nocturna sí buscaban cómo inculcarnos eso, en mis tiempos, el Padre Pérez, el Señor Cura Padilla y el Padre Arcadio, nos daban la oportunidad de que fuéramos a las escuelas que nos quedaran más cerca, pero nosotros nunca fuimos. Mi papá nunca nos mandó por el trabajo que teníamos y también nosotros éramos desidiosos porque de haber querido, sí se hubiera podido, no estaban tan lejos los lugares donde enseñaban a los otros niños.

- Todos los que quieran ir a la Academia, tienen un lugar asegurado —nos decían los Padres de la adoración.

Pero nosotros nos decidíamos mejor por jugar pelota o diversiones que había. Había un señor que se apellidaba Delgado, que tenía una banda de música, nos invitaba a enseñarnos con algún instrumento, pero no, nosotros siempre preferimos el juego.

La infancia como que pasó muy rápido, soy del 23 de abril de 1926 y me vine a trabajar en el 45, pues entonces tenía 19 años. Yo tenía mi amiga que luego fue mi esposa, que me esperó, nos casamos en el año de 1948 un día 16 de agosto. Yo iba y venía, nacieron casi todos mis hijos allá

hasta que me los traje y nada más el último nació aquí en Estados Unidos.

Los primeros años del bracerismo eran muy fáciles para que arregláramos los papeles quienes quisiéramos, cobraban nada más 25 dólares y era todo; los primeros años yo no quise, no me llamaba la atención y no sabía que podría darnos para después muchas facilidades. Después sí, me convencieron y le entré, obtuve la residencia legal y empecé a declarar lo que le decimos *taxes*. El que me vino ayudando fue un yerno de un amigo que lo conocí piscando limón y naranja, ese muchacho que es esposo de su hija fue el que nos arregló todo y desde hace mucho tiempo nos llenaba los papeles para los *taxes*. Abrió su propia oficina ahí por la calle 5, siempre ha sido muy trabajador, de origen mexicano también. Ellos me platican que tuvieron una propiedad allá en la XV zona militar en Guadalajara. Una vez me dijo:

- Así como haces el reporte de lo que ganas y en lo que trabajas, no sé por qué no traes tu familia. La ley está muy clara, tienes las puertas abiertas, dime cuando quieras y yo te consigo una carta, eso cuesta 200 dólares y a mí me los vas pagando como quieras, de a 5 o de a 10 dólares para que me los pagues en un año, dos, o como puedas y en cinco días vas y traes a tu familia. Tú tienes tus hijos, los reportas como tus dependientes, tú los vas a mantener, entonces no tienes ningún problema en traértelos. Lo que es no saber las cosas, yo no los traía porque pensaba que no era legal.
- Nada más hay una cosa que debes de tener presente —me dijo— ya los patrones en donde estás, no te van a pagar el agua, la luz y las cosas que te dan ahí en el rancho porque ahora van a ser para toda tu familia, pero eso es cosa de que tú le vayas viendo, si los quieres aquí y hacerte de una casita o rentar, porque ahí con el patrón no los vas a poder meter a todos.

Esa era la única limitante, lo entendí bien. Acepté lo que me decía ese amigo y así como me lo explicó: en una semana fui y los traje. Estamos hablando de 1964 más o menos, ya no tengo memoria para esas cosas, pero creo que fue alrededor de ese año cuando me los traje a todos; ahora cuando echo vueltas es por mi gusto, pero en aquellos años era muy difícil estar yendo y viniendo. Yo tenía cuatro hijos y ya el último nació aquí.

Mi padre murió con el orgullo de no querer venir nunca para acá; en el año de 1930 llegaron a San Miguel muchos amigos de él de regreso de Estados Unidos, algunos se habían venido en la época de la revolución cristera y otros antes, pero casi a todos los regresaron en ese año del 30

porque hubo una crisis económica muy fuerte y bajó mucho el empleo. Él decía:

- Yo he hecho más dinero del que han podido hacer los que van a trabajar a Estados Unidos ¿para qué tengo que ir?

Él, mi padre, quedó huérfano desde antes de nacer; tuvo cuatro medios hermanos, tres hombres y una mujer. Platicaba mi papá que hubo un levantamiento de gente armada en las épocas de mi abuelo; decía que su padre tenía unos pocos días de haberse juntado con los que andaban en la lucha y en un combate ahí muy cerquitas, en San Julián, le tocó la mala suerte de morir.

- A los difuntos Germán, Ticho, Marcelo, los agarró el gobierno y los enlistó por la fuerza —eso platicaba mi padre— los hicieron soldados.

Esos eran hermanos de mi abuelo, pero ellos ya participaron en otra revolución, en la cristera; yo los conocí, pero mucho tiempo después cuando iban nada más de vacaciones a San Miguel. Iban bien uniformados. A uno de ellos lo vine conociendo acá en Estados Unidos en un lugar que se llama Carpintería; aquí viven sus descendientes.

La vida de mi padre fue difícil, cuando mi abuela tenía tres meses de casada fue cuando enviudó. Mi padre tuvo varios hermanos pero hijos de otro padre, venían siendo medios hermanos. A ella la recogió un hermano que se llamaba Trino Macías, se vivía mucha pobreza. Se la llevó a vivir a un rancho que se llama la pila. Mi padre se crió con ese señor, su tío, y mi abuela se vino casando con un señor que se llamaba don Jesús Valdivia, ahí nacieron otros cuatro hombres y una mujer. Luego mi papá, desde muy chico, se fue a trabajar de gato, así se decía entonces: de gato, porque le ayudaba en todos los quehaceres a don Catarino con el que se quedó a ayudarle casi toda su vida. Un hijo de mi tío Trino trabajó junto con mi papá ahí con don Catarino, se veían como hermanos, no como primos. Aquí cerca de donde vivo, tiene una llantera un hijo de mi tío Timoteo; muchas familias caminaron juntas aunque sea lejos del lugar de donde nacimos.

Por eso hemos querido con mucho respeto el terreno que tenemos allá en San Miguel, las 27 hectáreas, porque allá están los recuerdos, están los pedazos de las familias, unas allá, otras acá. Cuando don Catarino se fue para el Vallado Negro a Lagos de Moreno, dejó a otro hermano de encargado ahí. Un hombre también muy acomodado, muy honorable, gente con la que trabajamos siempre muy bien; claro, la gente tiene sus piensos y él ya no quiso dar pastura como nos daba don Catarino.

- Ahora cada quien tiene que buscar donde echarles de comer a sus animalitos -así nos dijo, entonces, nosotros podíamos tener nuestra leche, nuestros caballos, lo que fuera, pero ya no podíamos agarrar pastura del rancho grande como el hacíamos antes con don Catarino.

Muy bien, nosotros siempre hemos respetado la forma de pensar de los demás, ahí lo único que cambió fueron las formas de hacer las cosas y nosotros las entendimos perfectamente. Es como aquí, en ese lugar donde me daban luz, agua, gas y todo para vivir en el rancho donde trabajaba, cuando me traje la familia, pues ya no podía hacer uso de todo eso porque ya éramos más; así es como hay que entender siempre las cosas.

- Me voy a salir —nos dijo una vez mi papá— aquí hay otros patrones que sí me dan pasturita, entonces me voy a cambiar, ya no voy a sembrar con este hombre.

El señor siguió con su rancho, nosotros con nuestros pedacitos, ahí viviendo. No cambió casi nada, lo único que ahora mi padre trabajaba en otro ranchito ahí pegadito. La familia con mi padre era grande, no tanto como se acostumbraba en esa época, pero éramos seis: Chilo, Melquia, Nicasio, Chona, Josefina y yo de mayor. Vinieron a trabajar de braceros pero como que no les gustó, el que duró más fue Chilo por ahí en Santa María de regador pero él siempre se iba a allá porque mi papá nos dijo:

- El pedacito este que tenemos no es para toda la familia, está chiquito, cada quien de ustedes va a tener que buscar cómo mantenerse, esto es nada más para vivir pero de aquí no nos vamos a mantener todos cuando ya tengan sus familias.

Eran dos yuntitas para trabajarse un año y otras dos para trabajarse otro año, eso era todo, muy chiquito y nada de suficiente para mantenernos toda la familia. Yo decidí seguir viniendo para Estados Unidos. Tuve muchas facilidades aquí con los patrones y porque en muchos de los casos hacían esas cosas que les llamaban “campos” para los braceros, donde nos daban la chancita de meternos a donde dormir, con agua, gas y toda la cosa.

Uno de mis patrones, tenía dinerito y se metió de dirigente en la Unión de los trabajadores que había, le llamaban el 806 de Pomona, fue cuando hubo algunas facilidades, él me metió a la Unión, pertenezco a la 300. Aquí en Pomona se acabó el homeless pero me metieron en la 300 y de ahí recibo un dinerito, una ayudita. Me mandan la pensión y

estoy comunicado con ellos. Lo relativo a lo de los braceros, para mí ya se terminó también, por decirlo de una forma.

Mi papá se murió en el año 1991, mi esposa también en ese año. Yo llegué aquí a Pomona en 1984 que fue cuando me pensioné, nos bajaron a todos los de la Unión, que ya no pagáramos dinero ahí y que íbamos a agarrar igual que los trabajadores que les dieron la residencia cuando hubo esa franquicia. Algo que nos explicaban y que era difícil, era que nos tenían que bajar a ganar dos dólares como cuando nos pagaban de braceros que trabajábamos en el *field*.

- No —les dije—, yo ya me pensioné, mejor me voy para San Miguel.

Voy a San Miguel, me sigo echando mis vueltas, pero en esta última vez, ya no podía ni echarles de comer a los animales, entonces, mejor la pensé bien, me regresé para acá para Estados Unidos para vivir cerca de mis hijos. Entonces, ahora lo que hago es que rento allá el pedacito y si voy, pues nada más de paseo.

En 1948, de los trabajos que más recuerdo, es que estuve en Woodland en la pisca del tomate. Cuando se terminaba eso, le seguíamos en algo que le llaman el *happy* que son las raíces que se sacan para procesar la cerveza; también a desahijar betabel, pisca algodón; en 1945 trabajé 18 meses en el traque, fue la primera y la única ocasión que estuve en labores que tenían que ver con el tren; no es que no me hubiera gustado ese trabajo, lo que pasa es que uno venía contratado a lo que le dijeran y ya no nos volvieron a hablar para ayudar en el traque.

Yo tuve la gran fortuna de ser invitado para trabajar en lo que le decían “los especiales” que consistían en que terminándose el contrato, nos sacaban a Tijuana o a Mexicali, para estar en México durante una noche y al otro día nos volvían a meter y nos daban trabajo con otro contrato. En eso consistía lo de “especial” y dependía del patrón, cuando veían que le convenía quedarse con algunos por su comportamiento o simplemente porque veían que sí les rendíamos a lo mejor más que otros, ellos mismo nos decían:

- ¿Quieres quedarte conmigo más tiempo con un contrato especial?

Y ya cada uno de los que nos invitaban, claro, cuando nos invitaban, les decíamos si queríamos quedarnos otro tiempo o si queríamos regresar a ver a la familia un tiempo y luego volver a pedir que lo anotaran en alguna lista allá en México. A mí sí me gustaba que me invitaran a esos especiales, podíamos ahorrar más dinero aunque tuviéramos que dejar de ver a la familia por un tiempcito más.

- Sí —les decía yo siempre que me invitaban.

Salíamos por un día y regresábamos al otro ya con otro contrato de 18 meses, igual que el primero con el que habíamos sido contratados. La verdad es que la gente que tenía muchas ganas de trabajar, nunca tuvo problemas, yo podía haberme ido a México y regresar cuando quisiera, siempre tenía trabajo, ya no tenía que ir a contratarme, si me pasaba la frontera, nada más venía directamente con el patrón con el que me había contratado la última vez y me volvían a dar trabajo; no era difícil. Es la verdad. Y había mucho trabajo: en el limón, en la naranja, en el betabel, nadie se quedaba fuera si esos eran sus piensos. Ni siquiera había que pasar a escondidas la frontera, porque con el papelito que nos dieron desde la primera vez, con eso era suficiente para volver a entrar. Yo he escuchado que dicen:

- Siempre nos han tratado mal, eran muchos trabajos para cruzar la frontera.
- Pues yo no, a mí desde la primera ocasión que vine en 1945 me dieron este papelito y con él he pasado las veces que he querido.

Lo que sí nos decían los patrones era que no fuéramos al centro de contrataciones de Valle Imperial, porque nosotros ya teníamos nuestro permiso y ellos querían que fuéramos a trabajar en sus ranchos porque ya nos conocían. Si fuéramos a presentarnos a ese lugar, nos podrían mandar a otros lados y el acuerdo era que ellos querían que nos quedáramos en sus lugares. Pero sobre todo, porque si entrábamos ahí, nos quitaban la mica. Esos documentos han cambiado con el tiempo: que la verde, que no sé qué tanto, pero yo con la primera desde que la tuve, nunca tuve dificultades. Muchos amigos me han dicho:

- Agarra la ciudadanía.
- No, yo con esta miquita he tenido, siempre me ha ido bien, no me molestan ¿para qué quiero la ciudadanía, nada más para que le cambien de color a la mica? No, así estoy bien.

A mí, no faltaba quien me quisiera meter miedo, digo, a lo mejor no con mala intención sino con mala información que ellos tenían, me decían:

- Si no te haces ciudadano, te van a quitar el terrenito y las propiedades que tengas en México.

Yo platiqué con un abogado allá en Jalostotitlán, cerca de San Miguel y le pregunté de eso y me dijo:

- No es cierto, no te pueden hacer nada, tus propiedades son tuyas, seas ciudadano o seas residente, eso no tiene nada que ver, eso no les interesa a los americanos. Tienen problemas los que andan en malos pasos, pero una persona como tú que se ha dedicado toda su vida al trabajo, no la molestan con nada.

Recuerdo muy bien cuando nos dieron la visa para toda la familia, es decir, lo de la residencia, el señor nos dijo:

- Ustedes vienen de voluntarios, aquí tienen el permiso para quedarse y para vivir y trabajar el tiempo que ustedes quieran, si algún tiempo ya no se sienten a gusto y se quieren regresar a México, ustedes lo pueden hacer en el tiempo que quieran porque ustedes están entrando con ese tipo de convenio.

Así firmamos esos papeles, siempre lo hemos platicado entre familia cuando nos acordamos. Si la cosa se pusiera dura acá en Estados Unidos, pues allá tenemos casita, tenemos terrenito, tenemos todavía algo de parientes, pues nos regresamos a nuestra tierra y sanseacabó. Si ya tenemos ese arreglo ¿para qué me serviría lo de la ciudadanía?

Había muchos queveres en eso de la trabajada de los braceros, a mí a veces me hacen esa pregunta y yo pienso esto: a cada mánager le daban más o menos una cuadrilla de treinta o treinta y dos personas; entrábamos todos parejos, empezábamos igual, pero a algunos que les dolía la rabadilla, que se vomitaban, que se sentaban, otros íbamos en medio y otros adelante. Entonces, la misma migra llegaba y se llevaba a esos que se quedaban atrás, yo nunca vi que se llevaran a los de adelante y ni siquiera a los de en medio, y por el contrario, sí llegué a ver en varias ocasiones que llegaban y se cargaban a los que se quedaban sentados, a los de la rabadilla y todo eso. Entonces, ahí era cuando los patrones hablaban con algunos de nosotros:

- Tú vas a ser especial, si quieres recontractarte, te sales en tal fecha a la frontera y al otro día que te traigan, aquí tienes siempre que quieras tu trabajo.

Yo creo que todo eso me sirvió porque fue así que pude pagarles su enganche de su casita para cada uno de mis hijos, eso hice con el que nació en el año de 1950, con el de 1953, con el de 1955, también con el que nació aquí, ese tiene su casa en la Lexington, él ha sostenido su casa, pero él me nació aquí, tiene un hijo ya de 19 años, una muchacha de 14 y otra de 13. Estamos aquí todos, toda la familia. Nietos ya son 10; todos viven

aquí, hablan el inglés porque ya es su lengua, pero el español, se les traba, no lo hablan casi nada.

Tengo otro muchacho que es abogado, trabaja en Sacramento, su esposa también es abogada pero como que salieron mal y están separados. Él está pagando una cantidad que le dijo el gobierno que le tiene que entregar. Los esposos y esposas con quienes se me juntaron mi hija y mis hijos, vienen en revoltura, porque unos son de aquí y otros se vinieron de allá de México: el abogado se casó con una originaria de Tucson, de Arizona; otro que vive aquí en la calle Ángela, se casó con otra americana, bueno, nacida aquí pero de raza mexicana. Otra nuera que tengo, es de Aguascalientes pero toda su familia ya está aquí. Hay otro que vive en Riverside y su esposa es de aquí pero también de familias mexicanas. Acá se vuelve a buscar la gente. Tengo otra nuera que es de Puerto Vallarta. Tenemos seis casas aquí que son de la familia, compradas de un modo o de otro, pero aquí cerca.

Con lo que me dan de renta allá de San Miguel, me sirve para darme mis vueltitas; me dan una cantidad al año y la invierto en ir a saludar a la gente allá. Aquí, con eso de la 300, recibo mi pensión y me sirve mucho. Lo de allá, lo gasto allá y lo de aquí, lo gasto aquí. Yo gracias a dios que cuando trabajé de bracero nunca tuve enfermedades ni llegué a faltar al trabajo por algo que tuviera que ver con mi salud. Al contrario, en los trabajos siempre me iba bien; a veces escucha uno que tal cosa o tal otra eran muy difíciles, no, yo más bien puedo decir que siempre me fue bien.

- Que en el betabel desertan muchos porque es muy pesado –decían algunos, pero yo nunca me vi en la necesidad de dejar un trabajo porque estuviera difícil.

Batallaba, sí, es cierto, pero siempre me acomodaba a lo que fuera. Cuando estuve un tiempo en la construcción de casas, hay unas maderas que les llaman scaffold (andamio), que consisten en instalar tablas de dos por cuatro o dos por seis en la parte alta de las casas o en las de dos plantas. Siempre había estado yo en las labores del campo, pero ahora en la ciudad, muy diferente, difícil al principio, o en apariencia, porque era algo nuevo. Aprendí mucho, porque ésta cerca que tengo en la casa, la hice yo, hablé con los vecinos, porque había perros y siempre son latosos, hay gente que no los quiere y hasta una vecina un poco molesta habló con mi esposa:

- Oiga, sus animales han estado muy fastidiosos y vienen mucho para mi casa ¿por qué no hacen una barda que divida?

- Mire, pues los de usted también vienen para la mía, pero déjeme hablar con Jorge mi esposo para que hagan algo.

Luego yo platicué con el suegro de esa señora, porque él era el encargado y le hice una propuesta:

- ¿Cómo ven si hacemos una cerca para dividirnos, para estar más en privado todos?
- Sí —me dijo el señor—, está bien, usted póngala en el lugar que quiera y con la forma que le quiera dar, pero no cuente con apoyo, yo no tengo ahorita para construir cercas.
- Está bien —le dije y así fue el acuerdo, ya con la casa del otro lado me dijo:
- Yo le pago la mitad de los gastos de lo que se necesite.

Y lo mismo sucedió con el que colindo por la parte de atrás, él me ayudó con la mitad y así fue como pudimos quedar separados todos. Pero eso de la construcción, fue posible porque yo aprendí mucho de un señor que se llamaba Rey, con él anduve trabajando un tiempo, me agarró a mí para que le ayudara. Lo difícil, según eso, era parar el *scaffold*.

- Le haces de este modo y de este otro —me explicó en tres días, yo le ponía cuidado y fui aprendiendo, luego, cada uno iba haciendo ahora su parte, mientras que él iba haciendo su mitad y yo la mía, terminaba él más pronto y luego se sentaba a esperarme y me veía. Así trabajamos unos días, como al tercero, él se sentaba y me observaba, pero ahora con menos tiempo porque yo fui agarrando experiencia; como a los cinco días, ya no me esperaba, terminábamos juntos y hasta hubo un día ya en el que terminé, me bajé, me senté y me puse a verlo que terminara.
- ¿Ya estás aquí?
- Sí, ahora yo te estoy esperando a que termines.
- Mira —me dijo— aquí está la troca, ahora ve tu ahí a la yarda y diles que te den otro muchacho para que te ayude, que tu ya estás listo; ahora tu vas a enseñar a otro como yo lo hice contigo. Tú ahora vas a poner y a tumbar *scaffolds*, a mover material y a poner nuevo, ya aprendiste todo lo que tenías que saber.

A partir de ahí, yo era el que trineaba a la gente; claro, también aprendí a batir el cemento y a hacer todo lo de la construcción, por eso digo que no eran cosas muy difíciles en las que trabajábamos los braceros y si uno quería, todo lo podía aprender. En la pisca del betabel lo difícil eran las

agachadas, porque todo el día era andar cortando, volteando y luego a subirlos a los camiones que estaban altitos y eso de andar caminando agachándose y levantándose todas las horas que duraba la jornada sí era difícil, pero se acostumbraba uno; es como todo, al principio cuesta trabajo, pero con ganas de hacerlas cosas, sí se podía. El peso de cada planta de betabel sería de unas 40 libras; se ponían dos a acomodar el cajoneo, porque las trocas eran de 840 cajas, entonces, deberían de andar dos personas abajo y dos arriba para ir levantando y acomodando. De ahí nos pagaban a dos centavos de cada caja y las ocho horas de a dólar cada una. Unos inspectores traían unas libretitas y ellos sabían de quienes eran las cajas que estaban acomodadas, cuando encontraban en alguna que iba con ramas o que no la habían puesto bien estibada como debería de ser, las regresaban. El limón tenía también tenía su chiste:

- Échale los dos tijerazos o te los regresamos todos —así nos decían los supervisores.

La tijera de la naranja es más baja, hay que tijerear pero cuidando bien que no raspara. Nada difícil; de lo que más recuerdos tengo es del *scaffold*; pero limón, naranja, betabel, algodón, lo que fuera, no era difícil; eso sí, no permitían que se sentara uno ni que limpiara zacate, nada de eso. En el algodón, decían algunos cuando los veían sentados:

- Es que me duele la rabadilla.

Ahí, tratándose del algodón, andaba uno arrastrando la saca donde se iba metiendo lo que se piscaba y los vigilantes también iban revisando que no llevara ramitas, zacate, nada, que fuera limpio. En el momento en que iba a vaciar a los depósitos, ahí le decían a los que lo llevaban sucio:

- Bájalo y límpialo, así como lo traes no lo puedes subir.

En el betabel cuando se trabajaba en la limpieza de zacate, con un azadón corito, no se podía uno sentar; se debería andar agachado. El que aguantaba bueno y el que no, pues no lo querían. En la construcción, me daban a veces mucho trabajo, luego ya no me querían dar nada, la gente se chiqueaba o a lo mejor eran las altas y las bajas del trabajo, pero yo veía que unos daban mucho trabajo y con otros pronto se terminaba. Un señor que me ayudó mucho porque siempre me dio trabajo y me llevaba a todos lados: Param. En una actividad que duramos mucho tiempo haciéndola, fue cuando tumbamos el *scaffold* que había debajo de los puentes, hicieron mucho de eso desde los Ángeles hasta San Dimas; había gente que no le gustaba estacar la madera pesada, se les hacía peligroso.

Uno de mis hijos quería ser electricista, tomó unos cursos y en eso estaba trabajando pero se me mató. Un amigo mío: Walter, era electricista él me lo trinió tres años durante las vacaciones de la escuela para que se enseñara en ese trabajo; luego se separó y ya hacía sus faenas él solo, y una ocasión, aquí en la calle cinco, un poste de la luz, que le falló el “aparato de abajo”, así decían; ahí lo aventó la energía, se mató. Se le veía nada más un raspón aquí en el pie y otro en la mejilla, se quemó. Andaba con una muchacha, que ya se iba a casar, tuvieron un niño y después me avisaron a mí:

- Que tiene que ir a corte si quiere el niño.
- No —les dije yo—, si quieren que nosotros criemos el niño, que nos lo den, si se trata de pleito, no, que ella diga qué hacer.
- Que no, que no se los damos —nos mandó decir.

Bueno, entonces lo criaron ellos a su gusto. Por ahí ha de andar, criado a los modales de ellos. La señora tiene sus derechos, claro, es la madre. Ella se vino casando después con un soldado de esos que van lejos a las guerras. El muchacho, mi nieto, vino a dar por aquí cuando tenía como unos veinte años de edad, pero quería andar esculcando aquí las cosas y buscando no sé qué, de tal modo que no lo dejamos, entonces él nos echó a la policía, que supuestamente porque yo tenía droga y me llevaron, me preguntaron muchas cosas pero al otro día a las cinco de la mañana ya estaba yo aquí en mi casa. Yo le dije al muchacho, ahora mi nieto:

- Tienes todos tus derechos, puedes hacer todo lo que necesites de con nosotros, tu familia, puedes pedir lo que quieras, pero ya no admito que vengas a esta casa.

A mí siempre me ha gustado que las cosas se hagan como deben de ser, me hubiera gustado que se hubieran casado ellos, pero no se pudo, se me mató y ella se casó o juntó o no sé qué haría con ese otro hombre pero vive con él y ahí está mi nieto. Otro de mis hijos no se casó porque la familia de la señora no quiso, no les permitieron casarse; de mi gusto, que todos vivieran como debe de ser, casados, pero uno no debe meterse en las vidas de ellos, cada quien sabrá cómo le va a hacer. Este último muchacho, desde que salió de la escuela, tenía pensado nada más trabajar conmigo; yo lo recomendé y los patrones le dieron la oportunidad por mucho tiempo, se metió al sindicato y aguantó desde entonces hasta hace poco que lo pararon y está agarrando “cheque de desempleo” ó como le decimos nosotros: está colectando; sabe mucho de máquinas de la construcción y de cosas que teníamos propias, muy pero muy trabajador.

El otro muchacho, el que vive en la calle Ángela, es nacido en el año de 1950, aguantó nada más como una semana trabajando conmigo, no nos dejaban juntos; podía andar en la misma construcción, pero los patrones no querían que anduviera junto conmigo. Así no le gustó, entonces buscó otra cosa que no fuera en la construcción, sí sabe de todo eso, es muy talentoso, pero se le subió el azúcar y anda ahora con diabetes. Trabajó 33 años de trailerero, yo las trocas que llegué a manejar fueron nada más de 9 o de 14 toneladas, más grandes no, ya fuera en la agricultura, ya en la construcción, pero grandes no, y este muchacho le dio por andar en los trailers.

- Ya no me dan licencia por mi enfermedad —me platica con tristeza y cómo no si eso ha sido su vida, su trabajo.

Otro de mis hijos, que vive en Riverside, se ha desempeñado en una empresa muy famosa que se llama Rebeca, ganó muy buen dinero, compró una casa ahí por la Hall, no ha sido casado; no sé de qué era la fábrica pero ganaba muy buen dinero, pero se cambió la compañía de lugar. El que vive en la calle Lexington estudió y se dedicó también a trabajar en una buena empresa. Muchachas no tuve, la buscamos desde el primero intento, pero no la hallamos, queríamos una mujercita mi esposa y yo, pero no nos la mandó dios.

Del pueblo donde nací, nos ha gustado siempre y eso nos lo inculcaron desde la infancia, que fuéramos muy apegados a dios; en este mundo hay gente de toda y hay quienes hasta no les gusta esto, pero nosotros fuimos siempre muy apegados a nuestras creencias, a nuestra religión, respetamos a los demás que no creen en esto, pero hemos seguido siempre esa línea. Yo desde los once años, seguí lo que hacía mi padre, que era miembro de la adoración nocturna, estuve en eso allá, pero hubo temporadas en las que tenía que salirme porque cuando vine acá, tenía que dejar esa actividad.

- A rezar —les digo siempre a mis hijos cuando es hora.

Yo seguí rezando diario el Rosario en las noches como me enseñó mi madre, como nos ponía a todos mis hermanos, en esa forma, yo nunca dejé mis devociones ni por tiempos cortos. Inclusive, en esta área donde vivo, se fueron cambiando las cosas y yo podía ser también adorador los sábados segundos de cada mes. Yo seguí en lo mío donde se pudiera, tenemos una iglesita chiquita aquí cerca y unos señores que vienen de Guanajuato, de Michoacán, de diferentes lugares de México pero de los que siguen las tradiciones de nosotros, pues nos acomodamos y hacemos

lo que está a nuestro alcance, por ejemplo, mi compadre Juventino vendió todo lo que tenía en Michoacán, se casó con mujer de aquí ahora que se estableció, es el presidente de la adoración.

- Tú vas a ser el “jefe de noche” —me propuso en una ocasión.
- Yo te ayudo en lo que quieras pero mientras yo pueda.

Así se hizo un tiempo pero cuando me tengo que ir a México, me voy, entonces hizo compromiso con otras gentes, él es el responsable de todo. Vamos a México para las celebraciones cuando se puede, a mí me gusta siempre ir en Semana Santa, este año no voy a poder, pero busco por lo general que coincidan mis idas con las celebraciones de mi pueblo.

No recuerdo muy bien en qué año fue, pero pienso que debió haber sido alrededor del 91, por ahí, andaba yo cuatesonando y herrando unas vaquillas mías allá en San Miguel, en el rancho de nosotros, el montecillo, y me tumbó una y me fracturé el cuadril; de allá, vine a componerme aquí y estuve un tiempo y volví a ir a San Miguel. Murió mi papá y yo seguí administrando lo de él, luego mis hermanos ya querían que nos partiéramos, bueno, pues nos partimos, se midió y se dividió, hicimos una rifa y agarramos donde nos tocó. Había, si mal no recuerdo, 37 animalitos ahí para mí solo; yo tenía comederos buenos, más o menos a mi gusto. Pero con mis problemitas de salud por la fractura, les dije a mis hijos:

- Pues si ya no puedo hacerlo yo solo ¿qué ando haciendo?

Entonces los vendí muy baratos, casi los regalé y me acerqué a con los míos, todos me miran muy bien, he vivido muy a gusto con todos. Vine y me recogí aquí, así como se dice en San Miguel, “me recogí” aquí y estoy muy a gusto. En esta casa, vivo solo desde que mi esposa murió, ya nada más cuando vienen mis hijos a visitarme; por mi edad, ya no me dieron la licencia de manejo, que según eso ya no cabeceo bien, bueno, yo acepto todo eso: ya no puedo y tampoco quiero. Toda la vida he hecho las cosas como deben de ser, así me enseñaron mis padres y es la forma en que he tratado de educar a los míos también, soy como eran las gentes de antes, todo derecho.

Con respecto a la pensión que tengo por parte del sindicato, nos aclararon muy bien cómo debemos hacer los trámites, nos dijeron que no tenemos otro quehacer de la pensión recibida que esperar el cheque cada mes, debemos llenar un papel todos los años y mandarlo notariado al Hall de la Unión, porque si no lo hacemos así, a los tres meses nos retiran el apoyo. Todos los años, sin ningún atraso, debemos llenar esos formatos

ya con los impuestos como apliquen, al no hacerlo, estamos en riesgo de perder todo. Yo estoy muy al pendiente de los comprobantes que me da el banco y esa es mi base para el llenado de las formas cada año.

De Norte a Centroamérica

Para hablar de migrantes e inmigrantes tendríamos que analizar los problemas y circunstancias de los por qué del fenómeno. La mayoría de los casos de migración se debe al espejismo de progreso de algunos países. Otras veces a circunstancias políticas, guerras, guerrillas o cuestiones religiosas. Hay casos muy diferentes y a la vez de gran trascendencia, como el tiempo del descubrimiento de América, cuando este continente fue invadido por diferentes tipos de migrantes. En la isla de Cuba, y un poco después Centro América, donde el país a seguir desde luego que fue Estados Unidos de América (EUA) siendo el espejo para esos países, por la cercanía y por la libertad y democracia que se vive. En Cuba los que no se adaptaron al sistema socialista fueron aceptados por EUA. Así lo mismo pasó con Centro América, donde vivieron guerras y guerrillas y se dieron grandes cambios de políticas sociales.

La migración.

Martín

Rodríguez

En otras ocasiones la guerra es por conflictos internos y al final de cuentas el petróleo es la disputa principal. Sin embargo, el presente texto se refiere a los migrantes mexicanos y centroamericanos que dejaron su tierra y costumbres, su terruño, y emigraron a EUA. Y que, después de miles de sufrimientos y penalidades, llegaron al éxito. Me dediqué a la tarea de recopilar una serie de comentarios y entrevistas con migrantes que de una buena manera triunfaron en este país.

No trataré de historias de terror que, aunque suceden casi a diario, para contarlas se encarga la prensa y la televisión. Haré caso omiso a los migrantes que amasaron grandes fortunas. Por dos razones: unos vinieron a este país ya con grandes cantidades de dólares y al establecerse formaron grandes empresas; aunque tiene valor su lucha pero no fue

de gran esfuerzo. Y, dos, por que algunos se han hecho millonarios por razones un poco oscuras. Desde luego nuestro trabajo se referirá a los que vinieron a luchar y sufrieron para lograrlo y nuestro dolor con los miles que además de no lograrlo murieron en el intento.

Historias de unas y otras hay por millares, escogí algunas que son similares. De sobra sabemos que EUA es un país de migrantes y emigrantes, pues primeramente se cree que a través del estrecho de Bering llegó a este continente el hombre americano para poblar todo el continente. Aunque por ahí se menciona mucho que fue en la actual República de Chile donde están las pruebas más antiguas de hombre americano ¿será una o tal vez otra versión la verdadera cuando los migrantes ingleses y británicos llegaron aquí y los habitantes de estas tierras fueron llamados indios estos ya tenía aquí más de 10 mil años?

A lo que hoy es Estados Unidos de América la mayoría de los migrantes venían huyendo por problemas religiosos; sin embargo, trabajaron arduamente y en poco tiempo lograron formar un gobierno y a la vez delinear sus dominios a través de “las Trece Colonias”. De esta manera en 1598 ya algunos migrantes habrían llegado y que en 1620 llegaron los peregrinos en el famoso barco Mayflower que más tarde formaron las también famosas Trece Colonias. Estos últimos, según la misma historia, estuvieron a punto de morir pues sus semillas y plantas que trajeron de sus países para alimentarse no se adaptaron a estos climas. Sin embargo los indios nativos salieron al rescate y los alimentaron con su típica comida consistente en maíz tatemado, calabazas, guajolotes silvestres, librándolos así de morir. En 1621 estos últimos hicieron una gran fiesta de agradecimiento conocida en la actualidad como día de dar gracias — *thanks giving day*— y aunque también se sabe que después los migrantes dieron muerte a miles de indígenas.

Tanto ingleses como británicos fundaron lo que es conocido como las “Trece Colonias”, de ahí que su bandera tiene trece barras rojas. Las colonias se expandieron hasta formar un gobierno y una constitución, aunque tuvieron también una guerra de independencia, que por cierto se dio el 4 de julio de 1776, anexándose el resto del territorio nacional a las Trece Colonias, haciendo este más fuerte gracias a sus buenos gobernantes. “Mirar historia de las trece colonias”. Una vez formado el país se fundaron miles de plantaciones; para los trabajos pesados compraron esclavos negros africanos, creciendo así cada vez más como país donde se practicaba la libertad; sin embargo tenían esclavos. Fue durante el periodo del presidente Abraham Lincoln cuando, después de una serie de protestas y guerrillas, les concedió la libertad en 1863;

este fue el primer presidente republicano de Estados Unidos y aunque muchos que fueron esclavos trabajaron para las plantaciones y minas, la economía disminuía pues estos últimos empezaron a reclamar sus derechos de libertad.

Una vez dada la libertad de los esclavos, los Estados Unidos empezaron a deslumbrarse como un país líder a nivel mundial, tanto en economía como industria y gubernamental, empezando así a ser el espejo de atracción de los emigrantes del mundo. Vinieron de casi todas partes haciendo de este un más grande país cada vez. Fue por el tiempo cuando en México gobernaba el general Santa Ana: por deudas acumuladas y la imposibilidad de pagarlas México estuvo a punto de ser anexado totalmente por Estados Unidos; sin embargo, con base en arreglos diplomáticos se logró en parte la negociación. Al final se perdieron los territorios de Texas, Nuevo México, Colorado, Nevada, California; casi la mitad del territorio mexicano hasta entonces. Esos estados, tal vez debido a la lejanía del poder gubernamental en el centro del país, ciudad de México, fueron fácilmente despojados pues no tenían control. Así fueron cambiadas las líneas fronterizas y pasó a ser parte Estados Unidos.

Los habitantes pasaron también a formar parte de la nación anglosajona. Desde ese momento empezó la gran migración de mexicanos para hacerse cargo de los trabajos mas pesados y en provecho de lo que no era su patria. Las cosas eran fáciles. Se cuenta tal vez como broma que al pasar por las garitas pagaban un dólar por entrar y olvidarse de la migra, pero yo creo que el que quería no pasaba por la garita y las cosas eran igual, pues no había líneas divisorias físicas menos el control de migración.

Una gran cantidad de mexicanos vivían y trabajaban en EUA, sobre todo en la agricultura y en los rieles de las vías férreas que en esos tiempos se estuvieron expandiendo por todo el país. Era más grande en economía por el impulso militar de los años 1939–1945 cuando la Segunda Guerra Mundial, en la que demostró la superioridad del país. Miles y miles de soldados fueron mandados al combate quedándose sin trabajadores para producir. Fue cuando vinieron a EUA los miles de filipinos y mexicanos invitados por el gobierno, trabajando “de sol a sol” y recibiendo unos cuantos dólares. Poco después se implementó el programa “bracero” con el que las condiciones laborales eran las mismas y sin derechos, ni seguro social, ni seguro médico. El gobierno de EUA les empezó a quitar un tanto por ciento de su salario para cuando dejaran de venir devolvérselo, sólo que este dinero se mandaba a México a una cuenta de banco y se

perdió. Jamás nadie recibió nada de esos bonos, a la fecha algunos han recuperado algo, pero los miles que ya murieron o que no han podido demostrar sus derechos a esto no les ha dado nada.

Aunque no es mi interés hacer de esto una crítica si debo decir que el muy mal manejo de México ha hecho que miles se sigan yendo a EUA, haciendo más grande la migración y además perdiendo a su mejor gente pues la mayoría son personas muy trabajadoras que de estar en su país producirían y ayudarían a la economía. Pero algunos presidentes mexicanos todavía le echan la culpa al gobierno de los Estados Unidos del mal trato de sus ciudadanos. Entiendo que es una razón pero también que si en nuestro país, con nuestra gente, con nuestro idioma, y con nuestras raíces tuviéramos condiciones para vivir bien no estaríamos en un país que no es nuestro; y que si de alguna manera nos hemos adoptado si hemos sido discriminados y maltratados por alguien que nos necesita pero no nos quiere.

Así, pues, lo invito a leer y analizar el presente trabajo que de verdad lo hemos hecho con la intención de dar a conocer como aún en condiciones adversas muchos han triunfado y que seguramente no han logrado vencer la nostalgia; su país, México, y Centro América, nos tienen embrujados con su belleza, sus gentes, nuestras raíces y costumbres; nuestro esfuerzo se ha visto coronado con el triunfo para nosotros y nuestros hijos, que al fin y al cabo el mundo es de ellos, de los jóvenes Esperamos y confiamos que nuestros países cambien de verdad y se logre la democracia y la justicia social que nuestros gobiernos pregonan pero que no alcanzan. Con esto dejamos claro que en Estados Unidos los emigrantes son los que llegaron después, por que los mal llamados indios ya estábamos aquí y estas tierras son nuestras por derecho.

Alfonso

El tiempo no era propicio para mis planes. Los días eran lluviosos y por las noches hacía un frío terrible. En las partes altas, los cerros aparecían con nieve, de manera tal que con el viento, lluvia y la nieve, sería imposible mi plan, por que regularmente en Tecate las nevadas son temprano. Platicando con alguien me aconsejó que tal vez Tijuana fuera la mejor opción, de acuerdo a la época; así que tomé el camioncito a esta ciudad y por 75 centavos de dólar y unos 40 minutos, llegué a mi destino.

Arribar a esta ciudad sin conocerla es fácil; pero habría que enfrentarme al monstruo que en realidad era. Yo venía de la provincia de México, de Los Altos de Jalisco para ser exacto, un lugar verdaderamente pacifico y tranquilo y aquí solamente al llegar sentí que ni lo uno ni lo otro; empecé a entender que sería muy difícil permanecer si no podía pasar pal otro lado pronto. Por que debo decir que mi sueño, como el de miles, era cruzar pal norte y hacerme rico. Debían de ser tal vez las 7:00 de la noche, llovía un poco, una lluvia ligera pero que de estar tiempo en esta mojaba hasta los huesos; pensé que sería mejor conseguir donde dormir, así que sin conocer la ciudad y, lógico, sin tener conocidos, lo mejor sería buscar un hotel. Pregunté por ahí y alguien me dijo que por la calle Coahuila encontraría algo barato, que en realidad era lo que buscaba pues mis finanzas se concretaban a unos cuantos pesos.

No estaba lejos, dos cuadras. Empecé a caminar por dicha calle. Mi primer impresión fue de asombro: mucha gente caminando mucho ruido música por donde quiera; mariachis y conjuntos norteños predominaban por toda la mentada calle; salones de baile alumbrados con luces de colores llamativos y hasta alguien que medio hablaba inglés me daba una invitación disque gratis para que entrara en un muy ruidoso local donde anunciaban algunas damas casi desnudas y bailando.

- No, —le dije— gracias; eso sí, busco un hotel barato donde me pueda quedar esta noche.

- Ah, ¿vas pal norte?

Yo sonreí:

- Si, —le dije—, así es.

- No pos si quieres yo te puedo recomendar un buen coyote y no tienes que pagar hotel el te dará posada mientras se arregla el pase.

Lo pensé, lo dude y por fin le dije no, yo ya tengo quien mañana temprano viene por mi.

- Bueno, entonces busca este lugar aquí a la vuelta.

Me dio una tarjeta y dijo:

- Se la entregas al administrador y te dará un descuento. Es mi primo.

Eché a caminar mientras pensaba: aquí las cosas están de la fregada, todo mundo te quiere joder.

Por fin, renté un lugar no era de lujo pero se podría dormir. Había una camita con sábana y una cobija, tal vez no tan limpia pero no podría más por 12 dólares. Para ser honesto no pude dormir porque había demasiado ruido y en ratos pensaba que me tocarían la puerta para robarme, que aunque no tenía prácticamente dinero el ladrón podría pensar lo contrario. No pasó nada gracias a los dioses a los que se encomienda uno en esas circunstancias, pero si amanecí desvelado. Me levanté temprano, le dije adiós a alguien que estaba en la administración. Había una bolsa de papel sobre el escritorio, agarré un panecito. Él me dijo:

- Agarre un pan, aunque sea pequeño.

Le di las gracias y salí con ganas de un buen almuerzo, había muchos lugares vendiendo comida desde luego pregonando que era comida mexicana: menudo, tacos, birria y enchiladas. Casi me decidía por un lugar cuando de repente sentí un fuerte mareo y me caí irremediabilmente al suelo. Me desmayé por que cuando desperté un muchacho me cuidaba; en cuanto pude pregunté:

- ¿Qué pasó?

Me miró de una manera amable.

- Te robaron —me dijo—. Me ayudó a sentarme en la banqueta

- ¿Traías mucho dinero?

Me busqué en los bolsillos y en realidad ya no traía nada.

- No —le dije— unos cuantos pesos, pero si me los robaron.

- ¿Te dieron alguna bebida o algo de comer?

- No, bueno... sí —le contesté—. Una cuadra atrás me regalaron un pan.

- ¿Te dieron algo en ese pan? Eso es muy usual aquí, te regalan un pan o una galleta tal vez un café y te siguen; ellos saben que no tardarás en caer y perder el conocimiento. Claro, luego te roban. Y, ahora, ¿qué piensas hacer?

- No sé —le dije— la idea era pasarme pal otro lado pero ahora no sé.

- Es mal tiempo, el invierno prácticamente empieza, llueve y nieve es muy peligroso.

- Sí, ya veo.
- No sé, me gustaría ayudarte pero no sé si después de esto me tengas confianza. No lo pensé mucho en una circunstancia como esta agarra uno hasta piedras calientes.
- No, pos si puedes sí.
- No te muevas de aquí, voy por mi carro.

Ya valió, pensé, este no vuelve. A lo mejor es el mismo que me robó. Pasó un buen rato. Yo pensaba en mi tierra en la familia y donde en verdad la comida no faltaba y hasta empecé a renegar. Me levanté y quise empezar a caminar pero las piernas se me doblaban; mejor volví a sentarme. Tardó en llegar, pero al fin regresó.

- Había mucho tráfico —me dijo.

Con trabajos me subí al carro y un tiempo después estábamos en la colonia Libertad, según el mismo me digo.

- Aquí vivo con mis padres y hace rato vine para preguntarles si te podía traer.

Por eso se entretuvo, pensé.

- Nos están esperando. Fueron muy amables. Me preguntaron cosas acerca de mi desmayo y de la pérdida de mi dinero. Me dieron de desayunar y platicamos.
- Nosotros somos de Sinaloa —me dijo—. Me llamo Alfonso.
- Yo Martha —me dijo la señora-.
- Tenemos tres hijos: Marisa es disque cantante, Alfonso esta en Oxnard, California, Arturo estudia leyes y fue el que te recogió el siempre se ha preocupado por ayudar a las personas.
- Descansa, me dijo don Alfonso.

Me llevaron a un cuartito que estaba en el jardín pero a diferencia del hotel de la noche anterior este estaba de lujo: una cama, un buró, piso alfombrado, calefacción y un baño completo. Me di un baño me tiré a dormir.

No pude, despertaba a cada rato recordando los sucesos de mi llegada y lo que me había pasado. Por la tarde me hablaron para cenar ya tenía rato sentado nomás pensando si mejor me regresaría a mi tierra, ellos dicen pal sur. Platicamos de muchas cosas.

- Tenemos un compadre que es de Michoacán, se llama Miguel, —me dijo don Alfonso— pero él viene hasta marzo que es el mejor tiempo

para cruzar pal otro lado. El vive en Santa Paula pero se va pal sur desde noviembre.

Entre plática y plática se pasó el tiempo. Les expliqué que yo estaría esa noche en su casa y que a la mañana siguiente me retiraría, por lo cual les daba las gracias.

- Platicamos cuando amanezca y ya que almorcemos —dijo don Alfonso—.

Tomamos café nos dimos las buenas noches y me retiré a dormir. Pensé que esta vez si dormiría a pierna suelta pero la nostalgia empezó a hacerme sufrir. Yo no sirvo pal norte, pensé, mañana en cuanto amanezca les doy las gracias y me largo pal rancho. Dormí un poco a comparación del día, pero cuando amaneció que intente largarme me di cuenta que no tenía ni un centavo en la bolsa. De todas maneras me encomendé a los dioses y fui a darles las gracias.

- Primero almorzamos, —me dijo la señora Martha—.

- Sólo un café, por favor, me urge irme para ver si puedo encontrar trabajo y de alguna manera conseguir un dinero pues ustedes saben me quede sin nada.

- Estaba pensando —me dijo don Alfonso— tenemos un terrenito por el rumbo de la carretera a Tecate, ya dos años que cultivamos uvas y este seria el tiempo para la poda y la limpia de las plantas y no sé si tú te quisieras quedar unos días, trabajarías un tiempo, ganarías unos dólares, desde luego tendrías casa sin pagar renta.

No lo pensé dos veces.

- Claro que sí —le dije— van ustedes a ver que no les quedaré mal. Yo trabajaré para su rancho, si quieren vamos de una vez.

En esos momentos entró a la casa un carro con un sonido con la música muy alta, se estacionó —ellos dicen parqueó— todos los de casa corrieron al auto.

- Es Marisa —dijeron.

La abrazaron, bajaron maletas y la acompañaron a la casa. Tardaron en salir, pero cuando lo hicieron la tal Marisa venía con ellos. Este es Antonio, al parecer va a trabajar en el rancho con la uvas. Me miró, me saludó amable, yo correspondí de la misma manera.

- Yo soy la cantante, seguramente ya te platicaron mis padres.

- Sí —le dije— algo me habían dicho.

La analicé un poco. Tal vez ella hizo lo mismo. No era una mujer chaparra; tenía un cuerpo regular, más bien flaca, pero de sonrisa fácil, seguramente por su calidad de artista. Ya con más confianza, por la tarde, fuimos con el patrón para ver el rancho pero antes pasamos por un supermercado a comprar provisiones.

- Este es Roberto —me dijeron— es el mayordomo, así que él te dirá como se hacen las cosas y en donde te vas a acomodar para tu vivienda.

Al parecer nos caímos bien el mayordomo y yo, así que un rato después se despidieron y yo me instalé en un cuartito que don Robe-como empecé a decirle- me indicó y al otro día a trabajar y por primera vez a preparar mi propia comida. Ahí fue donde empecé a extrañar a mi madre y sus tortillas de maíz de puro nixtamal por que ahí de pura harina de trigo y al principio puros "huaraches" me salían. Adiós a los caldos de pollo criados en casa; aquí a pura papa y pollo congelado que después me dijeron eran gallinas viejas. Echando a perder se aprende, en unos cuantos días me salieron mejor las cosas.

El primer sábado, el primer salario. Por las cuatro de la tarde llegó don Alfonso con la raya. Me entregó el dinero y me dijo:

- Cuéntalos, 6 días a 5.50 igual a 33.

Los agarré. Al contarlos se me hizo muy poco. Trabajábamos 8 horas muy duro y 33 dólares por semana, pero bueno, las provisiones me las regalaban y al paso pal norte no se daba, había que comer y hacer unos dólares. Me dijo Arturo:

- ¿Quieres quedarte este fin de semana en la casa con nosotros? Marisa va a hacer una temporada en Tijuana y si quieres podrán ir a verla cantar estarán otros artistas y para nosotros la entrada será gratis, así es que date un baño y al rato vendrá por ti.

- Está bien —le dije un poco desconcertado, no me sentía como para andar de fiestas pero al fin me caería bien una diversión.

Ya tarde tal vez las 7 de la noche llegó Arturo.

- ¿Estás listo? Por aquí te traigo una ropa. No es nueva pero esta buena, a ver si te queda.

Me dio confianza. Me cambié de ropa, pues yo me había puesto mis mejores galas que de verdad estaban bastante usadas y a punto de

romperse. Cuando terminé me reí de mi mismo. Claro, más vale tener cuerpo de limosnero, todo me quedó a la medida. Tomamos camino rumbo a Tijuana que sólo estaba a unas 4 millas, tal vez, así que en unos cuantos minutos ya estamos en el centro de la ciudad. Estacionó el carro y entramos a un elegante lugar todo muy limpio y hasta perfumado. A esa hora no estaba lleno, sería a la mitad o menos. Presentó los pases y nos acomodamos, nos sirvieron una bebida de cortesía y se escuchaba una música romántica grabada. Alguien se acercó a nosotros y le dijo a Arturo que Marisa ya estaba en camerinos y que quería verlo. Nos levantamos y fuimos adonde los camerinos. Sin tocar la puerta entró y me hizo la seña para que pasara. Adentro se escuchaba música y Marisa cantaba o sea entrenaba, nos sentamos a escucharla. Yo canturreaba. Cuando termino vino y nos saludó.

- Pensé que no vendría —me dijo— pero veo que le gusta la música. Lo miré cantando al pasito.
- Sí, me encanta, pero no sé cantar en realidad. Le dijo a alguien que seguramente se encargaba del sonido:
- A ver, Puente de piedra.

Empezó a cantar una canción del portorriqueño José Feliciano yo le hacía segunda en baja voz:

- Ya no brillan las estrellas, ya la luna esta muy triste, ya no suenan las campanas, desde el día que te fuiste. Ya se quedó el puente sólo, la casa esta abandonada, y las flores de la encina se han quedado abandonadas.

Al llegar a esto me hacía la seña para que subiera el volumen. Yo lo hacía. Poco a poco se miraba que le había gustado y por fin terminamos la canción. Ella aplaudió. Me apretó la mano y cantamos otras dos.

- Tú puedes cantar —me dijo—, sólo es cuestión que quieras.

Se fue por que tenía que entrenar con los músicos y nosotros fuimos nuevamente a nuestra mesa. Para entonces el local estaba prácticamente lleno. Nos llevaron una botella de buen licor y nos dijo el mesero:

- Esta va por la casa, Marisa invita.

La variedad empezó, yo sentía una extraña sensación; sudaba, me sentía emocionado pero no sabía por qué tomé una copa de licor. Pero la verdad no era mi fuerte, la tomaba. Pero esta vez si me reanimó, me sentí mejor vinieron algunos cantantes no de gran éxito y algunas

bailarinas hicieron lo suyo, luego un receso para cuando se reanudó el espectáculo presentaron a Marisa, entendí que el público la quería mucho la aplaudieron y empezó a cantar, hasta entonces “me cayó el veinte”: ella era la cantante de un gran grupo de la época, que por el norte del país eran muy populares. Cantó varias canciones y de repente a todo pulmón gritó ¡Puente de piedra!

El grupo empezó la canción. Ella me hizo la seña para que fuera al escenario. Me llené de vergüenza, tal vez rojo como jitomate; no sabía qué hacer, pero ella vino hacia nosotros y me dijo:

- Arriba Toño, tú puedes.

No pude negarme, tampoco supe cómo pero subí al escenario pero ella empezó a cantar, yo la seguía y al igual que cuando entrenamos me hizo señales para que subiera el volumen. Cuando terminamos la canción estaba empapado de sudor pero emocionado. El público aplaudió quizás no por mí pero sí por Marisa.

Por las 3 de la mañana Arturo me llevó al rancho, me dejó la botella que apenas y habíamos empezado y se regresó prometiéndome que la próxima semana se repetiría la misma mochada. Me serví un buen trago. Esa noche dormí, como decía mi madre, como un bendito. La siguiente semana no fue posible regresar porque don Robe tuvo problemas con “un troque” cuando fue a traer arena de un río cercano y me quedé para ayudarlo. Terminamos muy noche pero el domingo el mayordomo me invitó a comer; fuimos al mismo río donde se le quedó el camión el día anterior. Su esposa muy buena para cocinar nos deleitó con una birra de chivo y tortillas de harina, la verdad muy bien hechas, desde luego que platicamos del terruño que ellos son de Zacatecas y que él había tenido dos hijos en una relación anterior pero que muy de acuerdo con su esposa les ayudaba en sus estudios y demás:

- Ellos están en el sur —me dijo.

El tiempo no era bueno por los días de enero regularmente llueve en la región. Ese día amenazaba lluvia así es que empezamos a recoger el campamento. De repente se arrimaron dos hombres de muy mala facha, su ropa por demás sucia, como escondiéndose. Le preguntaron a don Robe que si hablaba español.

- Claro que sí, —les dijo— ¿qué pasa? ¿No se ha visto por aquí la migra?

Dijo uno:

- No, mi amigo aquí no hay migra, estamos en México.

Su semblante cambió.

-¿Qué no estamos en el norte?

Palabras fueron y vinieron pero al fin nos platicaron que un coyote los había traído y que les dijo que aquí estaban en el norte que se cuidaran de la migra que buscaran trabajo. Don Robe los maltrató:

- Coyotes hijos de la...

- Lo peor de todo —dijo uno que al parecer era el líder—, es que nos quedamos sin dinero le dimos todo lo que traíamos al coyote y nuestras familias nos podrían mandar pero venimos desde Morelos.

- Los llevaré a Tijuana —dijo don Robe— y a ver qué pasa, tal vez encuentren a un conocido.

Así fue. Yo mismo los acompañé. Don Robe les dio para el hotel de esa noche y yo solamente ayudé con 10 dólares. Además, les dio instrucciones de cómo pedir dinero a México y algunos consejos más.

- No le den dinero a nadie hasta que estén de verdad en el otro lado y díganle al coyote que un tío los recibirá y él les paga.

- Esto pasa muy seguido por aquí —me platicó el mayordomo en el regreso a casa.

No podía dormir pensando cómo sufre la gente por venir al mentado norte, por qué en verdad en nuestro México no se dan las condiciones para el progreso de la gente pobre pero que quiere sobresalir, desde luego en esas condiciones miramos el norte como un espejo donde todos son ricos y tienen todas las comodidades pero muchas veces ¡a qué precio! No es justo.

El trabajo de las plantas de uva se terminaría pronto y tal vez yo quedaría a la deriva si dinero y sin trabajo aunque ya estábamos en febrero pero el mal tiempo no cambiaba llovía y hacía frío lo poco que había ganado una parte le mandé a mi madre y desde luego compré alguna ropa y mi resto, tal vez 60 dólares que en la frontera para poco sirven. El fin de semana llegó y esta vez con Arturo vino Marisa. Me trajeron algo de provisiones y una botella de vino.

- Venimos por ti Antonio, esta noche terminó la temporada aquí y quiero que nos acompañes.

Así es que me puse ropa limpia y fuimos con rumbo a La Casita como en realidad se llamaba el lugar donde Marisa cantaba. Todo estuvo de maravilla esta vez, más gente, la temporada de lluvia se terminaría

pronto y mucha gente había llegado del sur. Con más confianza canté a dueto con ella dos canciones y cuando se terminó, acompañé a la familia a un restaurante a festejar con Marisa y el grupo de música. Los gastos corrieron por el representante del grupo y terminamos tal vez a las 4:00 de la mañana.

La semana siguiente terminamos con el trabajo de las plantas. Yo pensé que sería todo. Sin embargo cuando don Alfonso me llevó “la raya” — como ellos dicen—, me explicó que arreglaríamos un poco la alberca por que se filtraba el agua y “a ver qué más sale”, me dijo.

- Antes que te vayas me gustaría que esperaras a mi compadre; él tiene mucha experiencia en eso de la pasada el fue indocumentado mucho tiempo.

El tiempo se fue volando. De vez en cuando don Alfonso me daba chance de hablarle a mi madre y siempre me comentaba que las cosas estaban bien por la casa que mis hermanos terminaron la cosecha. Aunque no fue tan buena como otros años, no fue del todo mala. Claro que pensaba en mis hermanos, siempre nos llevamos bien y cuando decidí venirme al Norte me dieron el dinerito que tenían disponible para que me ayudara. Pero el pendiente principal era mi madre, había quedado viuda cuando era todavía muy joven y habíamos estado juntos siempre; desde luego que mi separación la afectaba y de paso a todos los demás. Mi padre le había dejado como herencia un terrenito como de 10 hectáreas de siembra y algunas vacas y caballos; no éramos ricos pero trabajando duro habíamos sobresalido la idea de tener un terreno propio y alguna maquinaria para seguir con la agricultura me habían hecho dejar la tierra para ir pal norte.

Las cosas empezaron a acomodarse el trabajo del rancho se terminó el compadre llegó y el tiempo parecía mejor, eran los primeros de marzo la lluvia no se miraba hacía días y el sol ya empezaba a calentar temprano. El domingo me trajeron a Tijuana y al saludar a Marisa la noté triste.

- ¿Qué pasa? —le pregunté—.

No dijo nada. Se salió y sólo volteó para atrás y me sonrió.

- Anda mal —me dijo don Alfonso— salieron mal con el grupo y se desbarató, ya no tocarán más juntos.

Cuando la miré le dije:

- No te preocupes, tu cantas bien te colocarás en otro grupos seguramente.

- A lo mejor —dijo— pero me había acostumbrado a ellos. Estamos viendo con otros chavos formar un grupo nuevo. Tal vez lo logremos.
- Sí, seguramente que sí —le dije.

Me invitó a pasar a su pequeño estudio. Puso una pista y empezó a cantar “Puente de piedra”. Lo entendí y cantamos juntos cuando terminamos me salí porque lloramos si me quedó. Total, me presentaron al compadre. Ya platicando con él me dijo:

- No pagues coyotes, te voy a dar un buen mapa para que tu solo pases. Al lado norte de la carretera a Playas está la colonia Castillo que llega a la línea. Busca una bajada de agua que viene de arriba y al entrar a la los terrenos de EUA hay una alcantarilla. Te pasarás por ahí. Esto tiene que ser en la madrugada, como a las tres de la mañana. Antes de pasarte observa durante un rato, porque por en la línea hay una pequeña carretera y por ahí pasa la patrulla de migración hacia Playas cada 15 minutos. En cuanto pase para el lado del mar, te lanzas y corres hasta que pases la carretera. Después te tapas entre la maleza porque a los 15 minutos regresa. Mira bien: está una línea de sauces y ahí hay un camino que te llevará hasta San Isidro. Nuevamente ten cuidado porque a los lados del camino es pantano, en unos 15 minutos llegarás al *freeway*. Espera que no pasen carros para pasar la mitad y hasta que este libre nuevamente cruzas el resto. Ahí mero es ya San Isidro. En este lugar hay un café. Metete ahí y pide una tasa. Para esa hora ya habrá mucha gente, hasta la migra entra a tomar café, pero no detienen a nadie porque a esa hora los emigrados que viven en Tijuana y que trabajan al otro lado llegan y ahí esperan el *bus*. Mientras llega este no dejes de pedir café, revuélvete entre la gente como si nada. Cuando te subas, pagas hasta san Diego ahí preguntas donde esta el parque Balboa, entonces serán como la 7:00 de la mañana yo estaré esperándote en la entrada principal de este parque.
- ¿Cuándo será esto? —le pregunté.
- En tres días yo me voy mañana y regreso por ti.

Lo pensé mucho rato ¿será tan fácil pasar al otro lado? Pero, bueno, a lo mejor la suerte esta conmigo. Al día siguiente me levanté temprano y me fui a explorar el área. Era verdad. Todo estaba como me lo había contado: la colonia, la bajada de agua, la alcantarilla la carretera a Playas, al otro lado la hilera de sauces y al fondo San Isidro. Bien, pasado mañana lo hago. Me senté un rato a contemplar lo que se miraba desde ahí del

mentado norte y sí, era una gran diferencia: las ciudades bien pobladas con edificios muy altos cuando menos dos *freeway* con bastante tráfico. Así esta aquí ¿cómo estará ya de cerquita? Sumido en mis pensamientos no miré una patrulla de policía mexicana que rápidamente se acercó hasta mí. Se bajaron dos policías y me encañonaron.

- No te muevas y levanta las manos —me dijeron—.

Sorprendido, hice lo que me pedía.

- Hasta que caíste —dijo uno— ya teníamos días tras de ti.

- ¿Que pasó? —dije—.

Me juntó hacía él y dijo:

- Más vale que confieses: ¿Dónde esta la droga?

- ¿Cuál droga? Yo no le hago a eso, soy hombre de trabajo.

- No me digas —contestó— ¿con quién trabajas?

- Con don Arturo Reyes.

- ¿Cuál Arturo? Pinche pendejo, vamos a la Procu a ver qué nos cuentas.

Me subieron a la patrulla y en el camino me dijeron:

- Mira queremos que esto se arregle entre nosotros por que si llegas a la Procu te va ir de la chingada. En cambio si nos das una lana te soltamos aquí y no ha pasado nada.

-No —dije— por dos razones: no tengo dinero y no he hecho nada, no tengo delito así es que llévenme.

- Mira, te van a investigar y a lo mejor hasta golpear y al final saldrás culpable, así es que mejor nos arreglamos aquí y tú quedas libre.

- No, mejor llévenme.

La patrulla paró y dijo el más interesado:

- 200 dólares y te vas.

- No tengo dinero, no tengo —dije.

Se quedaron pensando un rato al fin dijo el chofer.

- Bájalo, si ha de ser cierto que trabaja con el guey de Alfonso Reyes a ver guey ¿dónde tiene el rancho ese guey que dices?

- Por la carretera a Tecate —le dije.

- Suéltalo, si es cierto, si no en que bronca nos metemos.

Me aventaron pa fuera de la patrulla y arrancaron. Me sacudí el polvo y caminé hasta el centro. Mientras caminaba pensé en lo ocurrido:

¿qué pasará con ni México por que los políticos hablan que acabaran con la corrupción y mira nomás a unos metros del gigante de América donde seguramente hay también corrupción pero mas, disfrazada pero en mi país? Y lo acabo de comprobar. Es lo mismo en el centro del país como en el norte y en el sur, pobre, pobre México, pobres mexicanos. Anteriormente yo me negaba a creer pero ante las pruebas no queda mas remedio que aceptar que vamos cuesta abajo, tal vez nos falta mucha cultura tal vez nos sobra mucha televisión tal vez un cambio de gobierno, tal vez, tal vez, tal vez.

Pensaba que no tendría que molestar de nuevo a quienes tanto me habían ayudado pero ante los hechos tuve que ir a la casa de don Alfonso. Toqué. Me abrieron invitándome a pasar. Ya dentro les conté lo sucedido. Todos se rieron y de verdad yo no le encontré el chiste. Doña Martha se apresuró a contestarme:

- Esos señores policías le tienen más miedo que vergüenza a mi viejo. En verdad casi todos lo conocen porque el licenciado del Ministerio Público es nuestro compadre, es padrino de Marisa, muchas veces viene a desayunar con nosotros, yo debía haberte dado una tarjeta.

Y en ese momento me ofreció una.

- Si vuelves a tener algún detalle les dices lo mismo que trabajas conmigo y les muertas la tarjeta y no habrá problema.

Marisa seguía tal vez triste, cuando menos no sonreía como lo hacía siempre. Me invitó a su estudio pero esta vez no cantamos, platicamos que pronto me iría pal norte y algunas cosas de su nuevo proyecto de formar otro grupo. Al final me dijo:

- Creo que eres una muy buena persona y de todo corazón te deseo que te vaya bien. Espero que un día nos volvamos a ver, si vienes por Tijuana búscanos me dará gusto platicar contigo y desde luego a mis papás que por lo que veo en este poco tiempo llegaron a estimarte.

Me dio un billete de 100 dólares que desde luego me negaba a aceptar, pero al final le dije:

- Prestados.

Sonrió un poco y repitió:

- Prestados, pues.

Ya por la tarde Arturo ofreció llevarme al centro, me aconsejó que me alojara en un hotel para que rápido estuviera en la colonia Castillo; así que me pagó el hospedaje para esa noche y me dio el teléfono de Alfonso. Me dijo:

- Él vive en Oxnard, si lo ocupas llámele. Ya le platique de ti. Suerte.

Me dio un medio abrazo y se marchó.

Casi no dormí de nervios esperando la hora de mi gran aventura tal vez las dos de la mañana me levanté y traté de despabilarme. Tome mi maleta que en realidad era pequeña. Una cuanta ropa, una chamarra y era todo. Me habían aconsejado que no llevara maleta grande. Tuve que atravesar por los puentes, entre ellos el México, e internarme en la colonia antes dicha. Llegué, las cosas parecían bien, me acerqué a la alcantarilla con toda tranquilidad. Espere un rato. Por fin pasó el carro de la migra hacía Playas. Con todo cuidado me interné, ya en terreno americano, y con cautela fui caminando como lo indicaba el mapa. Tal vez por los nervios pero de verdad no miré la migra de regreso, al lado de la garita pero por fin llegue al *freeway*. Me impresionó de verdad: estaba muy congestionado como para cruzar pero tenía que intentarlo. Por fin apareció un espacio lo aproveché y llegué como me habían aconsejado hasta en medio. Esto era peor: el lado contrario estaba más lleno de automóviles, sólo que debido a eso caminaban despacio. Pensé en pasar pero me arrepentía, pero dios ayuda. Alguien me miró, me hizo la seña que me subiera a su carro, sin pensarlo corrí y recorrimos un corto tramo en lo que se salió del *freeway*, se regresó al lado de la garita y me bajó exactamente en el restaurante que yo buscaba.

- No vuelvas a hacer esto. He mirado ya algunos muertos por hacerlo.

Se fue sin decirme adiós.

Entré al café fui a donde servían. Pensé que no me entenderían, pero sí, hablaban bastante bien el español.

- Cuarenta centavos de dólar por el café.

- ¿Quieres pan?

- No, así esta bien.

No me senté. Estuve dando vueltas por las instalaciones tratando de no demostrar los nervios y donde quiera pensaba ver a un agente de la mentada migra pero no en la realidad. De repente miré algo parecido, según yo, pero resultó que era de seguridad. Por fin el primer *bus* llegó y muchos se fueron subiendo. Yo hice lo mismo. Saqué mi dinero para

pagar pero no le entendí al chofer, yo le di un billete de 5 dólares. Me dijo algo como *I don't have change*, pero tampoco le entendí. El siguiente en subir me dio 5 billetes de a dólar. Yo le di el billete de a 5.

- Dale un dólar —me dijo.

Lo hice pero estaba colorado como jitomate de vergüenza.

Me bajé cuando alguien me dijo:

- Aquí es San Diego.

Le pregunté a un taxista que si hablaba español.

- Sí, me dijo, ¿a dónde vamos? ¿Quieres ir hasta allá? Yo te llevo.

- No, sólo quiero ir al parque Balboa.

- Cinco bolas —dijo.

- No traigo dinero, sólo quiero saber pa donde queda.

- Ahí pa'ya, me hizo la seña.

Según yo caminé rumbo al norte. A unos minutos estaba en lo alto de una parte de la ciudad, miré para tras y recuerdo muy bien un inmenso anuncio de *Bank of América*. Caray, pensé, aquí todo lo hacen a lo grande. Al pasar por una estación de gasolina, ellos dicen *Gas Station*, pregunté con vergüenza otra vez por el mentado parque.

- A dos luces y a la izquierda, cerca del *freeway*.

Por fortuna don Miguel ya estaba ahí. Me saludó de mano.

- Ya la hiciste —me dijo— vamos por un burrito.

- Vamos pues.

Caminamos unos cuantos minutos y llegamos a un café. Pedimos burritos, yo dos. Me dijo el que despachaba:

- Te sirvo uno y cuando te lo termines te doy el otro.

Otra vergüenza más cuando me entregaron la orden: era un taco la verdad muy grande, arroz, carne y frijoles traía dentro. Ni ese me terminé. Fuimos por el carro. Me dijo don Miguel:

- Vienes cansado, duérmete con confianza.

Lo intenté pero no pude. Quería mirar las montañas y tierras del norte. Un rato después empecé a mirar autobuses y carros parados en una parte donde la carretera era muy ancha.

- ¿Qué pasa don Miguel?

- No tengas pendiente, aquí es San Clemente y una revisión de migración.

Le hicieron la seña que se saliera. Lo detuvieron.

- ¿Qué pasa, hombre? —le dijeron.
- Nada, ciudadanos americanos.

Y le enseñó unos pasaportes.

- OK. Caminen con cuidado, hay neblina.

Yo no entendí cómo es que nos dejan pasar.

- ¿Cuáles ciudadanos americanos? Usted, tal vez, ¿pero yo?
- Después entenderás. Vámonos.

Puso música y caminamos más recio. Los Ángeles. Yo emocionado. Qué grandeza de ciudad. Esto era de México antes si le constaste algo así como 5 estados que nos quitaron cuando Santa Ana era presidente de México. Subimos una montaña. Llegamos al valle grande, valle Oxnard y sus poblados que lo rodean. Un poco después a Santa Paula. Fuimos a la casa de mi ángel. Descansamos, comimos y al siguiente día me llevó a Santa María. Me recomendó con un contratista, que por cierto era de Zacatecas. Me acordé de don Robe.

- ¿Cuánto le debo? —le pregunté.
- No, pues ya mi compadre Alfonso me pagó por adelantado.
- Me dio 300 dólares pero te regresaré 100.

Despedidas, agradecimiento, promesas.

- Cuando te acomodes me hablas. Vengo por ti un fin de semana. Háblale a tu familia y de vez en cuando a mi compa, es un viejo a todo dar.

Por recomendación del contratista descanse un día pero al siguiente me presenté a las 6:00 al restaurante donde me daría desayuno, lonche para llevar y cena por la tarde. Muy temprano, o sea 7:00 de la mañana, estábamos en el *field*, de paso sea dicho que el mayordomo nos daría *raite* diario, así que este día así había sido.

- ¿Tú eres nuevo? —me preguntó.
- Si claro, pero trabajo duro.
- Si, lo sé —contestó.

Me entregó un azadón —el mentado cortito— y me dijo:

- Vamos a desahijar lechugas. El azadón es la medida no se tienen que dejar cuatas o sea dos matas juntas desde luego ni dos azadonazos juntos, yo te iré corrigiendo. Me preguntas si tienes dudas.

Mis compañeros tenían mucha experiencia en eso de la lechuga y se adelantaron luego yo siempre estuve tras de ellos cuando menos tres días. El trabajo era duro, siempre doblado y siempre tratando de avanzar. Pocas veces el mayordomo me corregía. Al contrario, dijo que estaba haciendo bien. Pero por las tardes no podía ni caminar y mucho menos voltear para atrás. Me dejaba en el restaurante por las 4:00 de la tarde. Así pues cenaba y me iba caminando a un apartamentito que el mayordomo me rentaba por recomendación del contratista.

La primera semana, lo recuerdo bien, me pagaron 70 dólares y cuando fui a reclamar me dijeron:

- Esto es por acres y cada dos surcos es un cuarto de acre, así pues no hiciste muchos surcos, pero estas aprendiendo rápido y pronto ganarás hasta 130 dólares, seguramente.

- No, pos si.

Pensé: pero con esto ¿cuándo voy a juntar tanto dinero como dicen que llevan los que vienen cada año? Comida 30 dólares, apartamento 25, son 55 de gastos para 70 me sobran 15, pero de vez en cuando una soda o tal vez unos cigarrillos, pos no sale. Total, era sábado y el domingo me fui a lavar mi escasa ropa. No sabía usar las máquinas pero una amable señora me ayudó. Fui a cenar al restaurante y escuché música mexicana en una rocola que ahí había. Uno de los compañeros de trabajo me invitó al billar. Llegamos y las mesas estaban ocupadas, así que nos entretuvimos mirando jugar a los demás. En un momento en que yo tenía mis manos por detrás como si bailara el jarabe tapatío, alguien pasó y despistadamente me puso algo en las manos. Me extrañé y rápidamente fui al baño para checar. No, pues era un cigarro al parecer de mariguana. Le dije al amigo con el que había ido y me dijo:

- Aquí es muy común con los nuevos, es para que sepas quién vende, si quieres comprar.

- No, pos claro que no.

- Si quieres dámelo, yo de vez en cuando le prendo a Judas.

Vino el lunes y otro lunes y otro más. Ya para ese tiempo me cansaba menos y ganaba más, desde luego. Le mandé una carta registrada a mi

madre con un cheque de 180 dólares. Le hablé por teléfono a casa de un amigo en el pueblo donde le avisaron para que fuera, así estuvimos hablando un rato, tal vez ella lloró un poco, la verdad yo si lo hice; con consejos y bendiciones nos despedimos. El tiempo pasaba. Ya estábamos en mayo y la verdad dinero no había ahorrado, tenía algún dinerito en la bolsa pero como decir que ahorros, pos no.

Un domingo por la tarde cuando estaba cenando entró un muchacho y todos en el local le celebraron la llegada. No lo conocía pero después me dijeron que era un portorriqueño amigo de ellos y que trabajaría con el contratista. Al parecer la cosa no tenía importancia así es que el lunes a trabajar como un día normal. Debo decir que de repente la migra llegaba a checar los ranchos pero se sabía que alguien le hablaba al mayordomo y no trabajábamos ese día. Total, ese día a la hora del almuerzo me habían puesto doble lonche. Yo pensé que los trabajadores del restaurante lo habían hecho por simpatía o por equivocación. Total, yo empaqué y lo que no, se los invité a los demás. El caso es que nos comimos todo. Cuando terminamos llegó el nuevo y me dijo que dónde estaba su lonche.

- ¿Cuál?

- Me dijeron que lo mandarían contigo.

Entendí. Pero me hice el disimulado al parecer no lo tomó a mal, hasta bromeó algo con el resto. Al siguiente día tendríamos cuando mucho una hora trabajando cuando llegaron dos patrullas cada una por un lado del *field*. La migra, dijo el mayordomo, no corran y sigan trabajando como si nada, haber si nos vale. En realidad estábamos como a medio surco y las orillas bastante lejos ni para qué correr, las patrullas en la orilla y los agentes entraron por dos lados diferentes y nos dejaron en medio. Empezaron a checar, unos eran ciudadanos y otros residentes, según ellos. Cuando me tocó a mí me preguntaron:

- ¿Tú eres de Los Altos de Jalisco?

Me reí un poco por la forma de hablar y les dije:

- Sí, pero yo soy residente.

- ¿Y tus papeles?

- Los dejé en la casa.

- Bueno vamos por ellos a la casa.

Me extrañó que nomás a mi me levantaron, cuando yo sabía que la mayoría no tenía documentos, pues los ciudadanos rara vez trabajan en el *field*. Claro, atando cabos entendí que me salió caro el lonche que

le comí al portorriqueño. Me esposaron, me subieron a la patrulla y le dieron a los separos. El que manejaba me preguntó:

- ¿Quieres que vayamos a tu casa por tus papeles?

Sonreí.

- No, vámonos.

Tres días en la cárcel del condado de San Luis Obispo, de ahí a San Isidro. Después a Tijuana. Llegamos como a las dos de la mañana. No tendría que perder el tiempo, según yo. Fui a la colonia Castillo y a repetir lo anterior sólo que esta vez no me ayudó ningún chofer, tampoco fue a esperarme don Miguel al parque Balboa.

En cambio alguien me dijo:

- Vámonos en el tren nosotros somos dos, ya otras veces no hemos ido.

Me creí y poco tiempo después estábamos en la estación de trenes de San Diego, California. El que la hacía de guía no fue a la oficina por boletos.

- No —dijo— en el carguero estás seguro.

Le dije:

- Sí claro, ya verás que todo sale bien.

Como tardaba el carguero -tren de carga-, compramos por ahí un lonche y soda. Más tarde llegó y dijo el guía:

- Fíjate que traiga más de tres máquinas por que si sólo tiene una no va lejos.

Afortunadamente este traía tres. Nos subimos y nos escondimos entre los carros abiertos, según nos dijo Andrés el guía. Los carros cerrados son muy peligrosos, el año pasado se murieron 15 mexicanos cuando quedaron atrapados en un carro de estos cuando la puerta se cerró y fue imposible abrirla.

Total, anocheecía cuando llegamos a Oxnard. Ellos ahí tenían parientes, esa noche me invitaron a dormir en este pueblo, otro día al despedirme les dije que si les debía algo por el aventón. Andrés se rió y dijo:

- No mi amigo yo también soy de Jalisco.

- ¿De dónde? —pregunté ya sintiéndome en confianza.

- De Jocotepec, allá por Chapala.

Le di un abrazo. Luego me fui a la oficina del *bus*. Tres horas después estaba en Santa María. Fui a mi apartamento y otro día a trabajar. Antes de entrar le pregunté al mayordomo por el portorriqueño.

- Se fue, me dijo, sólo trabajo dos días, sacó su pasaje y se fue.

Quería ir a San Francisco.

A decir verdad no me encontraba a gusto, en ratos la nostalgia me invadía. Pensaba en mi madre, mis hermanos, mi casa y, por qué no decirlo, me acordaba hasta del perro. Luego en ocasiones pensaba que con ese salario cuándo juntaría dinero para regresar. En fin, luego la experiencia del “dedazo” que me pusieron con la migra. Trabajé dos semanas más, cuando iba a darle las gracias al contratista me habló.

Me dijo:

- La temporada no tarda en acabarse y aunque seguimos sembrando y cosechando es mucho más lento. Así que tendré que rebajar gente.

Sentí hasta frío. Una cosa era que yo renunciara y la otra que me despidieran. Pero no fue así, siguió diciéndome:

- He mirado que le echas muchas ganas, pensé que si te enseñaras a tractorear podrías ayudarme el año corrido.
- Claro —me repuse—, yo se tractorear.
- ¿Por qué no me habías dicho antes?
- Pensé que no necesitaba gente.
- Hecho que quedas. Claro que te daré un mejor salario y algunas prestaciones.

Las cosas se compusieron. Me cambié de apartamento, compré alguna ropa y demás cosas personales y por qué no decirlo hasta cambié en mi manera de ser. Pude mandar algún dinero a mi madre para gastos y además para ahorrar un poco. Por los días de diciembre empecé a platicar con una muchacha que ya tiempo nos saludábamos pero sólo eso. Un sábado la invité a salir, con miles de precauciones por temor a ser despreciado. Pero no, no pasó tal cosa.

- ¿A dónde quiere que vayamos? Tal vez al cine y luego cenaríamos en un restaurantito por ahí, ¿que piensas?
- Mire, si quiere vamos a San Luis Obispo, unas amigas me invitaron y no pensaba ir pero si va conmigo, vayamos.

No supe qué decir, el problema era el carro yo no tenía, pero ella entendió y me dijo:

- Nos llevamos mi carro, tú manejas.

No me gustó la idea, yo pensaba que sólo fuéramos por aquí donde no necesitábamos el carro pero también me sentí comprometido y acepté.

Acordamos que a las 9:00 P.M. saldríamos. Yo estaba listo esperándola algún tiempo antes. Me había puesto mi mejor ropa con tejana y zapatos de lujo, cuando salió y me miro, se sonrió.

- Pensé que no te gustaría mi ropa.

-Estás muy bien, de veras —me dijo.

Por primera vez manejaba un carro en EUA. Me sentía extraño. En ocasiones lo hacía brincar; ella no notaba o era muy diplomática porque platicábamos de otra casa menos de los arrancones. Poco tiempo después lo hacía mucho mejor y por fin llegamos a San Luis. Ya ahí me guió al domicilio de las amigas que en realidad eran guapas y de mucho mundo. Nos indicaron que las siguiéramos unos 15 minutos. Llegamos a una casa que estaba en las afueras de la ciudad, parecía deshabitada. Entramos y no miramos a nadie pero sí estaba todo dispuesto para una fiesta. No me gusto, esto no esta bien, pensé, pero nos sentamos y las amigas empezaron a servir bebidas y botanas.

-¿Música en inglés o español? —me preguntó alguien.

Sonreí.

- Es lo mismo —aunque pensé “pues, en español”.

De repente empezaron a llegar más carros, así que para las 12:00 P.M. la casa prácticamente estaba llena. Todo mundo tomaba e igual se drogaban, lo más común era la mota pero había de todo. Traté de sacar a Gloria —que, por cierto, así se llamaba mi amiga— pero no me hacía caso.

- No, lo que tienes que hacer es emparejarte, no tengas miedo aquí, no pasa nada.

Para mi era anormal eso, jamás había estado en esas circunstancias y menos drogándome. Traté de mantenerme sobrio aunque de vez en cuando me tomaba una copa pero la idea era sacar a Gloria y regresarla a su casa. El ambiente se puso pesado, encima de nosotros había una capa de humo y no precisamente de tabaco. Mi amiga cada vez estaba más mal, la droga y el alcohol empezaban a hacer su efecto; algunas parejas se perdían por un rato, regresando muy sonrientes. Mi amiga me insinuaba

cosas pero yo no podía hacerlo, me había criado en un ambiente muy diferente en la provincia de México y con valores morales. Ya casi amaneciendo muy desvelado y pensando que un momento antes metí a Gloria a fuerza al carro, que tal vez así la sacaría al llegar.

Por fin llegamos. De verdad no fue necesario sacarla, se había compuesto rápido hasta que nos despedimos y fui a mi apartamento. Dormí hasta muy tarde. Me di un baño, cambié de ropa y fui a al restaurante a comer algo. Por la tarde fui a ver a mi amiga. Tenía pendiente de sus papás. Salió en cuanto me miró, sonriendo como si nada.

- ¿Qué te dijeron tus papás? —le pregunté.
- No estaban, también ellos salieron. Pásate.

Lo hice y me invitó a sentarme; se sirvió un trago, me ofreció otro. Lo tomé al pasito, platicamos de la noche anterior. Empecé a darle mi teoría de que no tomara más de la cuenta, desde luego no drogarse jamás y todo mi rollo.

- Tenemos que hablar —me dijo— me caes muy bien. Necesito apoyo en realidad, estos señores no son mis papás. Vivo aquí con ellos porque mis padres están divorciados y cada uno tiene otra pareja. Estos señores me recogieron cuando era tan sólo una niña, son muy buenos conmigo, pero yo trabajo para mis gastos, ayudo con algo para la casa. Me respetan. Tal vez me estimen pero no me prohíben nada, te hablaré claro: yo tengo mucho tiempo haciendo drogas, me siento a gusto por que no tengo que darle cuentas a nadie pero me estoy cansando de verdad necesito ayuda, ¿quieres ayudarme?

Me quede frio, en un momento pensé mil cosas ayudarla ¿yo? ¿Por qué? ¿De qué manera? ¿Cómo sería mi ayuda? Compromiso de parejas, no. Eso no puede ser, no va con mis ideas. Ella hace drogas, al rato seré también yo, y muchas cosas más. Ella tal vez adivinó mis pensamientos.

- Ayúdame Antonio, no te arrepentirás, te lo aseguro.
- ¿Cómo sería mi apoyo?
- Desde luego que moralmente, queriéndome, comprendiéndome y dándome fuerzas cada vez que intente drogarme. En cambio yo seré tuya te seré fiel y tal vez con el tiempo formemos una familia.

Esa noche no dormí, lo que me estaba pasando no podía ser, ¿y mis planes y la idea de regresar y modernizar nuestro rancho con mi familia? Eso sería como juntarme con una mujer que apenas conozco, que en realidad no quiero, además drogadicta, pero tan bien qué tal si

la puedo ayudar y se rehabilita, vuelve a ser una mujer de provecho. Me dolía la cabeza de pensar y no logré dormir, durante el día fue lo mismo. Por fin por la noche la fui a mirar, quedamos de acuerdo que no lo intentaríamos que ella lo intentaría sola y yo no tendría el compromiso de hacerlo. Durante muchos días lo pensé y lo volví a pensar, por fin poco a poco me fui tranquilizando pero no podía olvidarlo. Al parecer ella lo estaba haciendo bien los días y semanas pasaban sin ella drogarse. Eso me tranquilizó un poco hasta casi olvidarlo.

El tiempo había pasado otra vez, ya era enero. El trabajo no era mucho. Me dijo el contratista: puedes tomarte unos días si quieres, te pagaré una semana de vacaciones. Qué bueno, me hace falta. Así, le hablé por teléfono a mi amigo Miguel. Me contestaron:

- Lo siento, él anda en México; háblale para el mes de marzo.

Sí recordé que el pasado año me ayudó por ese tiempo, así que le hablé a Alfonso —el hijo de mi amigo de Tijuana—. Tuve suerte, me contestó.

- Soy Antonio, el que el año pasado ayudé a tu papá con las plantas de uva en Tijuana. Creo que te hablaron de mí.

No me respondió, pero en unos segundos dijo:

- Sí claro, ¿qué cuentas, dónde andas?

- Estoy en Santa María. Platicamos un rato, al fin quedamos que vendría a visitarme esa tarde, cuando llegó lo esperaba en el restaurante. No me costó reconocerlo. Se parecía mucho a su padre.

- Soy Antonio —le dije cuando entró—. Tú eres Alfonso seguramente.

- Sí claro, nos dimos un medio abrazo.

- ¿Quieres que tomemos algo o prefieres ir a algún lado?

- Está bien, tomemos algo. Platicamos mucho, entre otras cosas del rancho de sus papás, de su hermano Arturo y cosas de México que la política anda mal y mil cosas. De repente me soltó una pregunta que me dejó helado.

- ¿Tú eres novio de Marisa mi hermana?

Me apresuré a contestar:

- No, cómo crees.

- Me habla mucho de ti cada vez que platicamos, lo hace con mucho entusiasmo. Aunque le hice la misma pregunta, contestó lo mismo.

- No, qué más diera.

- Es una chava a todo dar, anda un poco agüitada por lo de la música. Después que se desapareció el grupo formaron uno entre músicos

locales pero la verdad no funcionó. Ella es profesional y no la entendieron.

Tomamos algunas cervezas, comimos, contamos chistes. Total, ya tarde se despidió.

- Me gustó saludarte y platicar contigo. Cuando tengas un chance échate una vuelta por Oxnard, tengo un negocito y tal vez en algo que te pueda ayudar.

Me dio una tarjeta de presentación, nos dijimos adiós. Cuando miré su tarjeta tenía un domicilio de la Cooper St. Reflexioné: me gustó la visita.

Yo no estaba acostumbrado a tomar, así que llegue a mi apartamento un poco mareado con las cervezas. Me di un baño y me dormí, era muy noche cuando el teléfono sonó varias veces. No pensaba contestar pero descolgué anta la insistencia. Me preguntó una mujer en un mal español:

- ¿Es usted el señor Antonio?
- Sí, qué pasa —contesté.
- Tenemos una emergencia: una muchacha que dice llamarse Gloria está en este hospital la verdad muy grave, nos dio su número de teléfono, quiere verlo.

Dicho lo anterior, colgó. Me costó trabajo reaccionar. Al final lo hice. Recordé la ubicación del hospital, me fui lo más rápido que pude. Cuando llegué la estaban atendiendo. Tuve que llenar alguna documentación y después de dos horas me llamaron:

- Gloria está un poco mejor, ¿es su esposa?
- Somos amigos, no más.

Sonrió un poco la enfermera.

- Estuvo muy mal, la trajeron muy drogada.
- ¿Quién la trajo? —pregunté.
- Unas jovencitas dijeron que se la habían encontrado en la calle.

Jovencitas madre, se la encontraron madre, son las de San Luis Obispo —pensé sin decir nada—. Tiempo después me autorizaron a verla. Cuando me miró me abrazo llorando.

- Te fallé me dijo, te fallé.

Lloramos, me prometió que de verdad sería la última vez, que jamás lo volvería a hacer. Dos días cuidándola y cuando la dieron de alta no quiso

que yo firmara. Yo soy la responsable —me dijo—. La llevé a su casa. Las personas que vivían con ella sólo preguntaron dónde había estado, pero no le dieron la mayor importancia. Por el resto de la semana que tenía de vacaciones la estuve cuidando, al pendiente que se alimentara y no usara drogas.

- No vuelvo, de veras —me volvió a decir.

El siguiente domingo platicamos mucho, entre promesa y promesa me aseguró que no lo haría otra vez. Total, la llevo a mi apartamento, llevamos sus cosas. Les dijo a sus protectores lo que pasaba. Sólo me dijeron:

- Cuídala, necesita mucha ayuda.

Cuando me presenté al trabajo le dije lo que pasaba al contratista.

- En tremendo lío te metiste, eso no funciona.

- Sólo por ayudarla —contesté.

- Mmmm. Bueno, de paso te diré que trabajaremos poco durante este y el próximo mes.

Llegaba temprano del trabajo, ella empezó a trabajar en un banco, demostrando que tenía ganas de salir adelante haciendo una nueva vida. El tiempo pasó lento pero en los primeros días de marzo hicimos un balance de lo nuestro durante esas semanas: no tomó licor menos drogas, que yo me diera cuenta dejó las amistades anteriores; empezamos a visitar alguna iglesia, al parecer todo estaba bien, solamente yo no estaba del todo convencido, algo me decía que no era bueno para mi que para ayudarla ya estaría bueno, pero luego pesaba lo contrario, si la dejo y vuelve a las drogas. De repente una noche me dijo:

- Tenemos que platicar algo que tal vez te guste. ¿Te gustaría regularizar tu situación migratoria? Soy ciudadana mayor de edad si quieres nos casamos luego hago una petición por ti. En poco tiempo podrías ser residente, tal vez después ciudadano.

- No lo había pensado, de veras no lo había pensado.

- Piénsalo, creo que es cosa provechosa para ti. Por otro lado me gustaría que hoy por la noche saliéramos a cenar a un restaurantito por que tenemos que celebrar.

- Celebrar ¿qué?

- Ya verás —me dijo—. Tú arréglate y nos vamos. Yo invito.

Escogimos un lugar no tan grande, donde pudiéramos estar cómodos, según ella; ordenó una botella de buen vino y dos platillos de *surfis*.

- ¿Qué es eso?
- Es pescado pero muy bueno, te va a gustar.
- Pero, el vino.
- No tengas pendiente, es nomás para celebrar.
- Me tienes desesperado...

Brindamos y de repente me sonrió:

- Vamos a tener un hijo.
- ¿Qué, qué?
- Sí, vamos a tener un hijo, así como te lo digo.
- No puede ser —le dije— ¿qué pasó con los anticonceptivos?
- Eso falla algunas veces, como en esta ocasión, ¿no te da gusto? —me dijo muy cariñosa.

No pude controlarme, todo podía esperar menos eso, vivir con ella no estaba en mis planes, tener un hijo menos.

- No —dije— no me da gusto.

Mala cosa. Lloró en silencio, no dijo nada, apenas si probamos el pescado ordenado y la botella de vino se quedó casi llena. Regresamos al apartamento. La sentí llorar toda la noche. Por la madrugada antes de ir a trabajar la miré llorando todavía.

- Perdóname, le dije, no supe lo que decía. Fue un golpe para mí, en realidad si me da gusto, así que te debo la cena, esta vez yo invito.
- Sí, me dijo, tú invitas.

Y me abrazó. Por la tarde fuimos de nuevo a festejar, en realidad sentí que no me lo creía. Cuando regresamos a casa me preguntó:

- ¿Quieres que nos casemos?

No supe cómo pero dije sí.

- ¿Para cuándo sería?
- No hay necesidad de tanto festejo, si quieres esta misma semana.

Ella hizo los trámites, hablaba inglés y era mucho más fácil para ella. Le hablé a mi madre por teléfono:

- Mándame un acta de nacimiento por favor. Ella intuyó algo, las madres son difíciles de dejarse engañar.
- No será para nada malo, verdad mijo.
- No, claro que no.

Terminada la llamada sentí que mi madre lloraba, ¿sería cierto? El acta no llegó en una semana pero en cuanto llegó nos fuimos a la corte donde un juez nos casó sin mayores preguntas. Para el domingo reunimos a nuestras escasas amistades entre ellas, a los protectores de ella, el mayordomo y el contratista. Todo parecía normal, a veces la miraba triste, será por el embarazo pensaba, platicábamos algunas veces me comentaba que aprendiera inglés y dejara el trabajo para buscar algo mejor. Tenía razón. En realidad casi dos años y dinero no había ahorrado y había mandado poco a mi familia. La temporada de trabajo se dio bien, trabajamos muchas horas y me daban más por hora. Ella también contribuía para los gastos de tal manera que pudimos ahorrar unos buenos dólares.

Muchas veces la notaba algo distraída. Tal vez triste pero no hacía caso porque pensaba que el embarazo así sería. Total, para los primeros días de enero nació el niño. Fue una gran sorpresa, todos pensábamos que sería niña, pocas veces estaba tan contento como esta vez, de veras fue un sentimiento que desconocía. Hasta le hablé a mi madre y entre plática le conté que tenía un nieto. No sé si le dio gusto pero al final me dijo:

-¿Para qué quería el acta de nacimiento mijo?

Ella quiso ponerle mi nombre así que se llamaba Antonio también, en cuanto estuvo bien por lo del parto fuimos con un abogado de migración a solicitar la residencia para mí. A pesar de que las cosas caminaban bien entre nosotros como matrimonio, yo no estaba del todo convencido, pensaba que uno se casaría por amor pero ahí ni amor ni conveniencia y empezaba a aburrirme el estado en que nos encontrábamos. Entre tanto el tiempo seguía pasando, en más de un año se dio la cita para la entrevista con migración. Nos explicó el abogado que tendría que salir al consulado general de EUA en México. Nos preparamos para tal cosa, agarramos un vuelo a Guadalajara, visitamos a mi madre que de verdad le impresionó la familia.

Gloria era una mujer muy simpática y el niño decían que se parecía al papá. Así mi madre contentísima. Cuatro días en Jalisco con mi madre y hermanos, de ahí a México capital a la tan sonada entrevista. Esta se dio en buenas condiciones, íbamos bien documentados por el abogado, pero debo decir que yo estaba sudando. La persona que me entrevistó al parecer racista me ponía zancadilla de vez en cuando para agarrarme en mentira. No creía que éramos esposos. Por fin terminó, aprobado me dijo en un mal hablado español. En unos cuantos meses recibirá en California una tarjeta verde, con este recibo puede pasar sólo esta vez.

La verdad estaba contento por el futuro del niño y por ella que tal vez con el tiempo llegaría a quererla un poco. Así que regresamos a Jalisco y festejamos en grande y en familia. Mi madre entusiasmada no dejaba al niño en paz, lo quería tener abrazado todo el tiempo. Tres días más y regresamos a California. Yo seguía trabajando en el campo, pero ya empezaba a hablar inglés, así que empecé a buscar otro trabajo. Por fin me llamaron para una entrevista en una fábrica de refacciones para maquinaria agrícola. Me aprobaron para una prueba de tres meses. Le hablé al contratista y de malas me dio la oportunidad.

-Ya sabes que si no te aceptan aquí te espero.

No hubo necesidad, todo salió bien. Le eché muchas ganas al trabajo y pronto ya me daban 18 dólares por hora, era un buenísimo sueldo, en casa las cosas estaban igual. Ella trabajaba pero no se miraba su salario, llegué a pensar que seguía haciendo drogas pero ella lo negaba. De repente una tarde no llegó temprano como de costumbre, y cuando regresó no se miraba bien, lucía desencajada y su pelo desarreglado, trataba de mantenerse bien pero no lo lograba. Cuando despertamos en la mañana la interrogué y lo negó rotundamente. Tenme confianza, no te voy a fallar, ya sabes. Pero la duda existía, así las cosas no se miraban igual. Varias veces paso lo mismo, aunque no llegaba tarde se le notaba lo mal. Una noche regresó llorando.

- Me corrieron del banco —me dijo.

- ¿Algún problema?

- No sé, no me dieron explicaciones.

Yo tenía una especie de sentimiento, una culpa, un no sé qué pero no me adaptaba a la vida que estábamos llevando. Una tarde después del trabajo platicamos que había que tal vez bautizar el niño.

- ¿Haremos fiesta?

- Claro, el acontecimiento lo merece —me respondió—. Haremos fiesta y en grande.

Se hicieron los trámites con la iglesia. Buscamos padrinos. Ella pensó que sus protectores pero yo me negué pensando que Arturo. Desde luego que ella aceptó. Le hablé.

- Claro —dijo— con gusto.

Invitamos gente conocida, amigos de ella así llegado el momento se organizó bastante bien. No era una gran fiesta pero me gustó la

organización que tuvo. Para esto vino también don Miguel, el compadre de don Arturo, el de Tijuana. Ya con unos tragos les platique mis dudas y temores sobre mi matrimonio. Don Miguel, hombre de mundo, me dijo:

- De esa mujer dos cosas ciertas te puedo decir: una que te quiere de verdad, otra que no esta usando drogas, eso te lo puedo asegurar, ¿me lo dices a mi? yo conozco el mundo, muchacho.

Otro día de la fiesta la miré muy inquieta, le pregunte qué pasaba.

- Nada —me dijo—.

Pero seguía igual. Por fin no pudo más.

- Llévame al hospital estoy muy mala, me dijo.

No lo pensé dos veces, nos fuimos a la carrera, la pasaron a emergencias y un rato más me llamaron:

- La señora esta muy mal me dijeron.

- ¿Qué tiene?

- ¿Qué? ¿No lo sabe? Ella tiene un cáncer terminal, lucha por la vida, si no ya hubiera muerto.

Un balde de agua helada me hubiera caído menos mal.

- Sálvela, por favor —le dije.

- Estamos haciendo todo lo que se puede por lo pronto se quedará aquí esta noche, le haremos estudios, la daremos de alta mañana.

Todo esta bien en lo que cabe.

Luego que llegamos a casa pensé, analice, y no podía creerlo. Ella si me quería, en cambio yo no la entendía, la estimaba un poco pero no sabía ni cómo ni por qué no podía corresponder a un amor sincero. Ella no pudo seguir trabajando en el banco, no la suspendieron; ella no usaba drogas, se estaba tratando su enfermedad y no me lo comentaba; la tarde que llegó tarde y desaliñada había estado en el hospital y no me dijo. Lloré, pateé las paredes, abrace a mi niño y lloré en sus mejillas, ¿quién podría dormir? Ni ella por sus dolores ni yo con mi remordimiento. Llevé al niño con los protectores de ella y me fui al hospital temprano. La encontré mas tranquila, la abrace, le acaricie su cara; empecé a peinar su pelo, no dijimos nada una lagrima se vislumbró por su rostro yo tenia la garganta con un nudo que no me dejaba hablar. Permanecemos un muy buen rato hasta que por fin llegó el doctor, la evaluó dándola de alta esa misma mañana.

- Tendrá que regresar por estudios en dos semanas.

Mientras se cambiaba de ropa el doctor me hizo señas para hablar conmigo. Lo seguí. No fue nada agradable su recomendación:

- Está muy enferma, durará tal vez tres meses, cuídela mucho que se tome su medicina siguiendo las recomendaciones pertinentes.

Por primera vez esa noche dormimos los tres en la cama con el niño en medio y las luces prendidas, platicábamos en ratos. Tal vez dormíamos un poco, pero volvíamos a platicar. Ya amaneciendo me preguntó:

- ¿Qué te dijo el doctor ayer?
- Que estás mucho mejor, que nos demos unas vacaciones y que tal vez te de alta en unos meses más.
- Mentiroso —me dijo y me sonrió.

De verdad que hay mujeres que tienen más valor que muchos hombres. Gloria es una de ellas. Platiqué con mi supervisor en el trabajo.

- Necesito un tiempo de vacaciones.
- No se puede —me contestó— ustedes los mexicanos quieren vacaciones cada rato, no pues ¿que muy trabajador? Tú estás haciendo muy bien las cosas pero vacaciones en este momento no.

No era el tiempo de discusiones.

- Voy a tomar tres semanas —le dije— no hay marcha atrás.
- Tal vez cuando regreses no tengas un lugar en la empresa.
- Lo siento.

Tomé mi liquidación saliendo de ahí sin remordimiento. Hicimos un tour por gran parte de la Unión Americana: Washington, el Cañón del Colorado Nueva York, Washington D. C., La Florida, San Antonio en Texas, regresamos a Tijuana. Visitamos a la familia de don Arturo. No miré a Marisa.

- Está fuera —me dijo la señora—, en San Diego.

Visitamos el parque Balboa donde había estado de pasada de indocumentado. En los Ángeles visitamos los Estudios Universales y a petición de Gloria no fuimos Disneylandia:

- Vendremos después cuando el niño esté más grande.

Cuando regresamos a Santa María habían pasado dos y medio meses, ella entusiasmadísima, por suerte la enfermedad no había aparecido o cuando menos no me lo platicaba Gloria.

Me reporté al trabajo con la esperanza de seguir ahí.

- Sí —me dijo el supervisor— sí tienes trabajo aunque las cosas cambiaron un poco.
- Empezarás con nuevo sueldo mínimo de 3.25 dólares la hora.
- Está bien —le dije.

Cuando terminé mi jornada por la tarde se lo comenté a Gloria.

- ¿Quieres que te ayude? Deja y les hablo a los señores donde yo vivía.
- Ok —dije.

Después de un rato de plática me dijo:

- Quieren platicar contigo.

Me tenían una oferta de trabajo en un lote de carros en venta, propiedad de unos de sus amigos. Necesitaban agentes de ventas. Por la tarde, otro día me entrevistaron. Tendría una comisión por carro vendido y un salario poco más del mínimo. Acepté, dejé la producción de refacciones. Me empezó a ir bien aunque no tenía experiencia, poco me fui haciendo un buen vendedor. Me ayudó mucho hablar inglés, así vendía lo mismo a latinos que a anglosajones. Al terminar el primer año en el trabajo ganaba el doble que cuando empecé. Mi esposa no había estado grave, pero la desgracia se presentó una noche cuando llegué de trabajar. Me dieron la noticia que ella estaba de emergencia en el hospital, corrí y la encontré muy mal, estaba pálida, respiraba muy mal, sin embargo sonrió un poco cuando me miró, el doctor movió la cabeza negativamente. Tuve que salir para que no me viera llorar.

Tres días después murió estando yo a su lado, estuvo sufriendo mucho y sin embargo no se quejaba.

- Llevas al Toñito a Disneylandia —me dijo.

Me apretó la mano, me clavó la mirada y me sonrió. Fue lo último, sentí que algo mío se desprendía, algo que verdaderamente era mío. Lloré no sé cuanto tiempo. Le hablé a Arturo, el padrino de mi hijo. Él habló con más gente. Así unos días más vinieron de Tijuana, de Santa Paula, y Oxnard, también los papás de Gloria. Me dieron condolencias y muestras de solidaridad, también Marisa vino, me abrazo fuertemente me dijo al oído:

- Puente de Piedra.

La entendí, sentí que aún en este país donde las costumbres son tan diferentes los mexicanos seguimos siendo los mismos, gracias por ser así amigos les dije, nuestra cultura nunca cambiará. Cuando se tuvieron que regresar me dieron algún dinero, cosa que yo no aceptada pero me dijo alguien:

- Es la costumbre, agárralos tuviste muchos gastos.

Marisa y su familia se despidieron me dijo:

- Nuevamente nos encontraremos otra vez, el mundo es muy pequeño.

Durante tres semanas no trabaje sentía no poder me dediqué a darle cariño a mi niño pero al fin tuve que seguir, tenía por quien luchar, le avisé a mi madre y hermanos. Lloramos los tres juntos y les prometí que llevaría a Toñito para Jalisco. Un mes después del sepelio me mandaron una cita con un bufete de abogados, Gloria tenía un seguro a mi nombre y me entregaron algún dinero. Lo puse en una cuenta bancaria a nombre de mi hijo que al fin el era el dueño de ese dinero. Para la universidad, pensé.

Tres años después de visita a Sacramento con mi hijo íbamos por la carretera 99 ya cerca de Fresno llegamos a un restaurante para comer. Al entrar nos recibió una capitán de meseros muy hermosa, nos ofreció una mesa. De pronto me miró, soltó una carcajada:

- Bienvenido, Puente de Piedra.

Y me abrazó. Contesté el abrazo. Era Marisa.

- Me casé y dejé la cantada, dijo, abrimos este restaurante con mi esposo ya casi un año. Lo vas a conocer.

Abrazó a Toñito.

- Sígueme.

Nos llevó a un estudio, atrás del local, nos presentó con el esposo. Era un anglosajón, le dio gusto que pudiéramos platicar en su idioma, nos quedamos dos días invitados de honor.

- Ya le digo así fue esta aventura pal norte, ahora Antonio mi hijo es licenciado en leyes, especialista en migración. Gracias al seguro que su madre compró en vida, yo estoy jubilado, me voy de visita a México dos meses, mejoramos el rancho que ahora trabajan mis

hermanos por que desgraciadamente mi madre murió hace 15 años pero yo llevo en mi pensamiento todo el tiempo tres cosas: mi México, U.S.A. y a mi Gloria que, le aseguro, ella esta en la gloria.

Esta entrevista se había dado en un ranchito de Los Altos de Jalisco muy cerca de San Miguel el Alto, en un mes de enero del dos mil y tantos, y se realizó durante tres semanas.

Lupita

Mi hermana —me dijo Humberto— es la mejor piscadora de fresas de este rancho, tal vez de todo el valle, cuando la fruta esta madura y en buenas condiciones pisca hasta 120 cajas al día. Gana muy buen dinero, ahora tiene una niña pero cuando llegamos de México, de Oaxaca pues, venía soltera y muy chica tenía 17 años. Era muy linda, en el pueblo fue reina de la primavera, en la escuela también era la abanderada y fue también reina. Nuestros padres tenían un terrenito lejos del pueblo y cerca de un grande cerro, donde cuando caía la lluvia sembrábamos maíz y frijol, calabazas también, debido a la pobreza de la tierra cosechábamos muy poco, no nos alcanzaba para comer, éramos pues muy pobres. Cuando nos enfermábamos teníamos que curarnos con yerbas por que sólo había un doctor pero estaba en otro pueblo y cobraba mucho dinero y no teníamos, gracias a dios no se nos murió ningún hermano porque mi madre conocía muchas plantas. También ayudaba a otras familias cuando estaban enfermos.

Yo era el más grande de la familia, ya quería tener novia a los 14 años pero me daba vergüenza platicar con muchachas por que mi ropa estaba vieja y rota, pero una vez me encontré con una mujer en un camino, estaba linda de verdad y muy joven también. Aunque no le hablé ella si lo hizo, platicamos un rato. Me dijo que no tenía novio pero que yo le gustaba, me vine pal norte para casarme con ella cuando tuviera dinero. Mi padre vendió dos vacas de las que teníamos, me dio el dinero para la aventura. El camino no fue fácil, desde luego me vine en camión de esos que van pal Norte. Ya en Nayarit empezaron las investigaciones de policía. Se subían al camión con rifle en mano y que nadie se moviera, como si fuera un robo o nosotros fuéramos los bandidos.

- Tu identificación —me dijo uno de ellos—.
- Que yo soy mexicano.
- Sí, lo sé, pero quiero saber cómo te llamas.
- Me llamo Humberto.
- No te hagas pendejo.

Y me apuntó con el rifle. Me dio miedo.

- No traigo, sólo un acta de nacimiento.
- Sácala.

Se la mostré.

- Esta no es original. Yo creo que tú eres Centro-americano, tal vez de Honduras. Pero si me das 200 pesos me olvido de eso.

- No traigo dinero —le contesté.

Bueno, pues entonces aquí te quedas porque el camión ya se va.

Al parecer estaba de acuerdo con el chofer porque aceleró el motor. Me dio miedo y le di 200 pesos y seguimos el camino en Guaymas y Santa Ana. Más investigación, pero me valieron el acta, pero en Mexicali al bajar del carro nos formaron y nos llevaron a un separo de la policía federal. Ahí de uno por uno nos estaban pasando con el jefe a un reducido cuartito. Cuando me tocó a mí lo mismo:

- Tu identificación.

Se la mostré. Muy amable dijo:

- No, muchacho, esto no sirve. Debes tener un pasaporte o matricula consular.

- No, pos no, eso no traigo.

- ¡Ah qué caray! ¿Cómo le haremos? Ya veo que tú eres de Oaxaca pero no te creo, yo siempre ayudo a los mexicanos por que son mi raza pero en este caso no puedo, te faltan papeles. Pero si cooperas con unos 100 dólares le estamos haciendo una fiesta al jefe y necesitamos dinerito. No mucho, como te digo: tú con 100 la haces.

- No, pos no, le dije, traigo algo pero son pesos y los necesito para la pasada, quiero entrar pal otro lado.

- Siéntate —me dijo.

El siguiente, ese y otro y otro, a todos los estaba vacunando con 100 dólares hasta que terminó con la línea. Le habló a un policía que estaba afuera. Le dijo:

- Llévatelo. Este es de Honduras, repórtalo con migración mexicana.

- No —le dije— soy mexicano.

Y le entregué 1,200 pesos pues el dólar estaba a 12 de los viejos pesos. Se rió.

- Ya vez, ya decía yo que tú eras ciudadano mexicano. Suerte, que pases pronto.

Cuando salí de la central camionera tres o mas chavos me querían ayudar, todos me ofrecían el mejor coyote y el que menos cobraba. Por fin me decidí por uno. Me llevó a su carro y sin decirme nada me dejó ahí. Regresó en casi una hora con otros dos muchachos.

- Vamos a casa —nos dijo— y empezó a caminar. Tendrán casa y comida gratis hasta que pasen. Ahorita estamos pasando muy bien, en un día o dos.

Como dijo el chofer llegamos a casa y nos dieron de comer al llene: frijoles y huevos con tortillas de harina. Nos tomaron nombre y datos de a dónde iríamos, también cuánto cobraba a cada lado a ir, que cuánto dinero traíamos si no quién pagaría llegando, nombre y teléfono al que no traía dinero, le hablaban a su familiar asegurándose que llegando pagaría. Nos formaron en grupos de acuerdo a dónde íbamos. A mi me tocó en el grupo mas numeroso por ir a Salinas, California. Ahí era tiempo de cosecha de fresas.

- Para ti trescientos dólares.
- Algo menos, no traigo tanto dinero.
- ¿Cuánto tienes?
- Doscientos -le contesté-.
- Me los das llegando y después regreso por los cien que te faltan.
- Ok, está bien —le dije.

A los dos días salimos. Por la noche nos llevaron a un lugar lejos de la casa. Por la media noche fueron por nosotros y nos llevaron a la línea, según decían, ellos mandaron a varios chavos a checar diferentes partes y por fin se decidieron por un lugar en lo alto de una colonia donde sólo se oía el ladrar de los perros. Llegando miré que todo esto tenía una malla metálica, no entendía por donde pasaríamos. Alguien quitó algo que parecía un matorral de junto a la malla, y se descubrió un agujero en la tierra y parte de la malla cortada. Adentro gritó el que la hacía de coyote y nos dejamos ir pasando en unos cuantos segundos, corrió el coyote:

- Síganme —dijo.

Lo seguimos por tal vez quince minutos. Llegando a un pequeño rio descanse. Dijo:

- Parece que el primer paso ya estuvo.

Quince minutos, después a caminar, siempre tras de él. Se miraban luces de pueblos cerca, pero no llegábamos. Atravesamos terrenos sembrados y lugares de matorrales hasta una carretera, yo estaba muy cansado, pero otros estaban más mal, se oía que jalaban aire por la boca. Casi al amanecer paramos. Escóndanse un rato en poco tiempo vengo. Cuando regresó nos llevó a un lugar cerca de una carretera:

- En un momento llegará un camión de carga grande, va a cambiar la luz tres veces, se suben y se ven; yo aquí cumplo, nos veremos en Salinas —nos dijo.
- Ya nos fregó —dijimos—, ¿qué vamos a hacer?

Alguien que no hablaba mucho nos explicó:

- Yo ya he pasado con este coyote así pasa siempre, el camión si llega, hay que escondernos. Lo hicimos, tal vez media hora llegó el camión haciendo las señales, rápido subimos y arrancó. Fuimos hasta Los Ángeles, en una casa descansamos y nos dieron de comer.
- Dormiremos aquí —nos dijo el del camión.

Cuando despertamos nos dieron café con un pan a cada uno, nos acomodaron en diferentes carros de cuatro en cuatro y salimos hacia el Norte por la carretera 101. Siete horas después estábamos en Salinas. Dijo el chofer del carro donde yo venía:

- No sean cabrones, den pal café.

Le juntamos 30 dólares. Nos llevó a un campo para que buscáramos trabajo y nos abonáramos (comida, pagando por semana). Yo venía por primera vez. No me dieron trabajo esta semana. A la siguiente empecé a trabajar. Un mes después llegó el coyote para cobrar.

- ¿Cómo sabías dónde estaba? Ya ves, este es mi *bussines*.

Me quedé pensando: el chofer que nos dejó aquí. Le pagué quedándome tan sólo con unos cuantos dólares pero sin deuda. Trabajé muy duro, el trabajo no era fácil, todo el día agachado y muchas veces en surcos con agua pues se usaba el sistema de agua rodada, para zapatos no alcanzaba pero duro había que trabajar.

La patrulla de migración llegaba casi cada semana a checar los ranchos, pero teníamos nuestro propio sistema de alarma. Los que tenían papeles siempre trabajaban cerca de la puerta de los campos, así cuando llegaba la migra ellos empezaban a cantar a todo pulmón:

- ¡En enero no hay claveles por que los carros son verdes!

Así, todo mundo a correr. Los agentes no pensaron que fuera una señal. Recuerdo una vez por la calle Encinal cerca de los cerros. Nos siguieron por más de 20 minutos pero no nos vieron ni el polvo, sólo que tuvimos que perder el día porque no se salían del campo de trabajo. Empecé a mandarle dinero a mi familia, a comprarme ropa, por las noches estudiaba inglés con los compañeros ayudados por un libro y un señor mayor que lo hablaba bastante bien. En cuatro meses empezaba a platicar con conversaciones cortas pero poco a poco avanzaba, la verdad que me emocionaba hablar dos idiomas y un dialecto que era mi lengua natal.

Por el mes de julio y a pesar de nuestras precauciones la migra entró al rancho una mañana con mucha neblina que en la región Salinas no es nada raro pues está en un valle cerca del mar por lo tanto llega la brisa desde el Océano con mucha facilidad. Debido a esto nuestro sistema de alarma falló. Total, agarró ese día a 16 compañeros, entre ellos a mí. Un día en los separos de ahí a los Ángeles, nos hicieron firmar un documento de salida voluntaria a San Isidro, una noche ahí y en la madrugada a Tijuana. Algo nuevo para mí. Esta ciudad era un monstruo desconocido, a leguas se notaba la diferencia de grupos sociales; saliendo la garita había una enorme colonia de casa de cartón, Cartulandia le decían para compararla con Disneylandia en EUA me dio vergüenza que a unos pasos de México un país que en los foros internacionales declara que este es un país en vías de desarrollo.

Pasando el Puente México las cosas cambiaron. Enormes edificios con ventanales de cristal y colonias elegantísimas. Más adelante el Hipódromo Caliente donde había carreras de caballos los fines de semana, y entre estas carreras también de galgos. Tiempo después me di cuenta que era de un político mexicano. Total, más al Sur volvía a verse la pobreza en la Presa y sus alrededores. ¿Qué voy a hacer aquí? —pensé—. Tan sólo con la ropa que traía puesta y con poco dinero y en una ciudad con tanta diferencia como lo cuento antes. Pero dios ayuda. Ya amanecido me topé con unos amigos, tal vez borrachos, tal vez crudos. Me pidieron dinero. Les di dos dólares.

- Gracias —dijo uno— vas pal norte ¿ya tienes coyote?
- Sí voy pallá pero no conozco quién me ayude.
- Síguenos —dijo.

Lo pensé dos veces pero no estaba en condiciones de negarme. Lo hice. Me llevaron por una colonia lejos del centro hasta una casa más bien elegante que pobre. Tocó uno de ellos y preguntó a la vez.

- ¿Está José?
- Sí —se escuchó una voz adentro.
- Dile que le trajimos un pollo.

En un momento salió alguien, les dio 20 dólares. Pensé aquí todo mundo es agente de migración, todo mundo trabaja en esto. Total, comí y cené con ellos. La casa estaba casi llena. En cada cuarto éramos como 10. Hablamos con el tal José y otro día por la noche salimos para la garita; los agentes de migración no se movieron de ahí en toda la noche. Nos retiramos, según órdenes de José, dejó a uno de sus ayudantes ahí, pero amaneciendo el reporte era lo mismo mucha migra en la zona.

Por la noche un cambio de rumbo llevó un grupo pequeño entre los que estaba yo. Vamos por playas. En el lugar citado las cosas estuvieron igual. Casi para amanecer algo pasó de repente, todas las patrullas salieron rapidísimo dejando sólo el lugar.

- Adentro —dijo José.

Corrimos pasamos la línea por debajo de un alambrado, corriendo nos internamos en un terreno cerca de la playa. Fuimos hasta San Diego. Ya ahí descansamos debajo de un enorme puente que según dijeron va a la isla Coronado. Uno de los compañeros nos platicó que varias veces el ha pasado con este coyote:

- ¿Saben por qué toda la migra de repente se fue? Porque alguien les avisó que un grupo grande estaba pasando por la colonia Libertad. La migra fue a atraparlos, nosotros pasamos. El grupo de dicha colonia se regresó, ahorita ya están en la casa de José, les aseguro. No, si de pendejos no tienen nada. Tienen una red bien organizada. José se nos unió al escondite. Nos dijo:

- La lana, muchachos.

Todos pagaron de acuerdo a donde los llevaría.

- ¿Tu, a dónde?

- A Salinas —contesté.

- No me habías dicho, buey, este grupo va cerca, no puedo llevarte hasta allá, te dejaré en Camarillo, de ahí te consigo un *raite*, que te lleve a donde vas.

- ¿Cuanto a Camarillo?

- Trescientos nomás, doscientos aquí, el resto llegando.

- Ok

Le pagué. Por la tarde vinieron dos carros a recogerlos. Así, apretaditos, pero caminamos, todo iba bien pero de repente dijo el chofer del carro donde yo estaba que se bajaran, aquí subirán a pie esta montaña después de bajar una ladera grande descansaran cerca de la carretera, ahí los recogerán por que aquí adelante es San Clemente. Dicho y hecho, las cosas salieron casi bien por que cuando estábamos esperando nuestro carro se tardó demasiado. Cuando llegó era casi de madrugada del siguiente día. Llegando a Camarillo cerca ya de Oxnard me consiguieron un “raitero” que me llevó a Salinas sin consecuencias.

Con suerte era viernes el siguiente día así que cobre mi cheque: Siguiendo trabajando hasta noviembre cuando ya habíamos plantado la

fresa para la cosecha del siguiente año. Cuando menos eran tres meses de descanso. Los trabajos empezaban hasta marzo, yo tenía pendiente de no encontrar diferente empleo, así que decidí irme hasta México, claro, de ahí a mi natal, Oaxaca. Llegando a casa mis padres me recibieron con mucho gusto, yo era el primero de sus hijos que había salido y desde luego que regresar del Norte era todo un héroe. Se organizó una pequeña fiesta, mataron pollos y los cocinaron con mole y demás comida oaxaqueña.

Cuando habían pasado dos días, ya descansado del viaje, les entregué unos pequeños regalos a cada uno. Estaban contentos. Luego fuimos con mi padre, con los vecinos y conseguimos cuatro vacas. Las compré. Ya de regreso a casa le dije a mi padre:

- Dos que le debía y dos que le regalo.

Mi madre buscaba la forma de hablarme a solas y cuando tuvo una oportunidad me abrazó al mismo tiempo que me dijo:

- Tu novia se casó, mijo.

Me desconcertó, pensaba pedirle que lo hiciera conmigo. Tal vez no la quería porque en realidad no me dolió mucho. Durante dos meses estuve trabajando con mi señor padre en la construcción de las cercas para las vacas y sembramos un poco de pasto para alimentarlas.

Para los últimos días de febrero preparé mi viaje por que regresaría al Norte nuevamente, lo que no contaba era que mi hermana que era menor que yo le decíamos La Bonita pero en realidad se llama María Guadalupe, había planeado venirse conmigo. Al principio me opuse pero al fin acepté así que pronto viajaríamos al otro lado. Un día antes de la partida me fui al campo para llevar grabado en mi mente la esencia de mi pueblo, cuando estaba en lo alto de un pequeño cerro miré a derredor mirando el paisaje. Tal vez no era el mejor paisaje porque en realidad mi tierra es pobre en grandes montes más bien la mayoría es de vegetación pequeña pero es linda de verdad.

Yo soy de la región Mixteca de un pequeño pueblo del municipio de Huajuapán de León que llegando de Puebla por la carretera 125 tenemos de vecinos a grandes ciudades Teposcolula y Tamazuluapan y aunque en Oaxaca se hablan varios dialectos, nosotros hablamos mixteco y entendemos la mayoría de estos dialectos de lo cual estamos verdaderamente orgullosos. Por lo visto nuestros gobiernos se han olvidado un poco o tal vez un mucho de nuestro estado pues internacionalmente sólo se conocen los centros turísticos de las playas y culturalmente la Guelaguetza, el resto más bien vive en la pobreza, desde

luego que hay excepciones. Reflexionado las cosas llegué a mi casa sólo para preparar mi pequeño equipaje y por la madrugada del siguiente día salir a México capital, de ahí a la frontera del Norte, esta vez tanto yo como mi hermana llevábamos un pasaporte mexicano. Durante el viaje no faltaron preguntas de parte de diferentes policías y de Ejército mexicano pero no nos sacaron mordidas.

Teníamos un boleto a Tijuana una vez ahí no les hicimos caso a los chavos que según ellos nos ayudarían a la pasada, fuimos derechos a la casa de José. Por más que tocamos la puerta no salió nadie, mal la cosa —pensé— ya nos regresábamos cuando alguien nos dijo:

- Lo torcieron el mes pasado lo agarraron con un grupo grande, dicen que llevaba mota. Está en la cárcel, pero su hermano está pasando la gente, si quieren los llevo, no esta lejos.

Nos subimos su carro con muchas precauciones por lo que pudiera suceder, por fortuna no pasó nada. Cuando llegamos antes que nos pidiera la coperacha le di 5 dólares, sonrió: Otros 5 ¿no? Pos ya que, nos presentó con el mentado coyote. Este le dio otros 10. Me dio risa: lo mismo aquí, las cosas no cambian. Era tarde, tal vez las 6:00. Cenamos frijoles con birote y algo que parecía chocolate, nos tomó datos y a donde íbamos:

- A Salinas, 400.

- ¿Qué paso? —le dije—, José nos cobraba 300.

- Sí, pero ¿dónde esta José?

- Sí, claro, 400 al pasar y el resto llegando por los dos, —le dije—.

- Ok —contestó—.

Así que otro día por la tarde lo intentamos sin éxito. Regresamos a la casa a las 7:00 de la mañana muy cansados, nos dimos un baño, almorzamos y dormimos un buen rato. En la noche otra vez repitió, no logramos pasar. Cambiaremos el rumbo, dijo, y si no me darán 100 más y conseguiremos micras de residentes. Esto se tardara pero funciona. Malo, pensé, no tengo tanto dinero.

La siguiente noche, según nos dijo fuimos a la meza de Otay cerca del aeropuerto, por una pequeña hondonada nos acercamos a la línea no se miraba la migra pero un pequeño avión daba vueltas en lo alto. No se mueva nadie —nos dijo Ángel— que así se llamaba el coyote. Ya casi a las 9 se apareció un helicóptero.

- Ahí esta el mosco, tápense.

Pasó dos veces y se fue, tal vez convencido que no había nadie, así que unos minutos después dijo:

- A correr.

Nos acompañó hasta un arroyo. Antes de regresarse le dijo a su ayudante:

- Llévatelos a El Cajón me esperan ahí, tu sabes dónde, yo los recojo en el Van.

El Cajón es un pequeño pueblo no lejos de Otay así que a través de un cerro llegamos antes de amanecer, pero el coyote no llegó con el carro hasta la noche. Estábamos incómodos pues teníamos todo el día escondidos y sin comer, nos subimos y ahí nos dio hamburguesas un poco frías pero las devoramos, tomamos jugo de galón uno para todos. Éramos 12. Dimos no sé cuántas vueltas. Por fin, dijo, estamos llegando a San Clemente:

- No se pongan nerviosos si nos paran.

Y si que nos paran, el agente que nos revisaría le habló en un perfecto español:

- Sus documentos.

Él le entregó algo:

- Aquí están, puro residente.

Le dio un saludo militar y arrancamos. Otra vez ¿cuáles residentes, que le entregaría? Mi hermana estaba asustadísima, no nosotros, pues ya sabíamos cómo se mueve el agua por estos lados; esperan que esté su contacto en la revisión, le dan lo acordado y pasan.

Llegando a Salinas agarramos un hotel. Otro día nos dimos a la tarea de conseguir vivienda. Ya con mi hermana no podíamos estar en un cuarto con solteros como antes. No fue fácil pero cuando llegamos al rancho de fresas los compañeros me recomendaron algo. Fuimos a verlo y tratamos por 200 dólares al mes: era un garaje pero estaba bien arregladito, le pedí al patrón que le diera trabajo a mi hermana. Enséñala, me dijo y cuando sepa le doy tarjeta. Tres días con una tarjeta, al cuarto día, cada quien con la suya y su surco. Mi hermana de verdad salió buena para pisar las fresas, en dos semanas ya trabajaba igual que yo.

Ya habíamos hablado que era muy bonita y cuando está contenta más bonita se miraba, muchos muchachos disque solteros le decían piropos

pero ella orgullosa como verdadera mixteca, no le hacía caso a nadie. Los domingos ella quería conocer lugares y comíamos en algún restaurante. Las cosas se daban: bien mandábamos dinero a México y nos sobraba para gastos personales, ella al fin mujer se compraba ropa elegante, en poco tiempo cambió, aprendía rápido a hablar inglés.

Uno de los mayordomos de nombre Manuel empezó a pretenderla, desde luego que ella no lo consentía pero como dice el dicho, tanto va el cántaro al agua hasta que se queda adentro que por fin le correspondió. Me platicó un día por la tarde que ya eran novios. No me gustó la idea, eres muy chica le dije y a este muchacho ni lo conoces, tu sabes no es de los nuestros, no tienes nuestras costumbres pues, al parecer me hacía caso pero se seguían viendo. Algunos domingos no salíamos como antes, salía con él, comían fuera y yo comía tacos o cualquier cosa por ahí. Ya por el mes de septiembre se miraban cada vez más veces, hasta él la visitaba en casa. Yo la miraba muy entusiasmada.

Un domingo salieron fuera de la ciudad me había quedado solo así que lavé mi ropa, comí algo y regresé a casa temprano. Cuando llegué no podía creerlo, se escuchaban gritos de mi hermana. Entré a la carrera aquel sujeto la quería violar y ella se defendía como podía. Le puse un par de golpes con las manos que lo tire al suelo, mal la cosa: sacó una pistola, me tiró dos balazos, no supe más. Cuando desperté fue en el hospital. Los vecinos habían llamado una ambulancia pero de mi hermana no se sabía nada. Mi herida era grave se me habían perforado parte de los intestinos, estaba estabilizado pero no podía moverme. Preguntaba por mi hermana pero nadie sabía nada. La policía me fue a investigar y denuncié los hechos me prometieron buscarla pero no la encontraron.

Dos semanas después me dieron de alta. Cuando fui al rancho estaba débil y no podía trabajar, nadie sabía nada, pensaban que la migra nos había echado fuera y que el mayordomo andaba con nosotros. Me juntaron un dinero, cuando me retiraba me dijo un mayordomo que la semana siguiente me presentara a trabajar. Cuando estés mejor, ya saliendo del rancho me alcanzó un señor de edad: busca a tu hermana en este domicilio pero no digas que yo te dije. Fui con la policía a decirles pero al parecer no me entendían mi inglés hasta que alguien que hablaba español me dijo tú si hablas bien inglés pero tal vez no quieren entenderte. Me ayudó y por fin fuimos al domicilio que me habían indicado. Cuando la policía tocó aquel malvado salió corriendo solo que por poco tiempo, lo alcanzaron, lo esposaron, al regresamos a la vivienda encontramos a mi hermana muy golpeada no podía o no quería hablar, llamaron una ambulancia y nos llevaron al hospital.

La estuve cuidando por dos semanas pero ella no hablaba aunque las heridas al parecer habían sanado, las más graves estaban en su ser, en su orgullo de mixteca. Cuando la dieron de alta la llevé a la casa, por la noche solo dijo: me violaba cada rato, es un puerco, quiero matarlo. No dijo más, empecé a trabajar pues ya no teníamos dinero, ella ni siquiera decía que quería ir al rancho.

Por fin en noviembre cuando ya andábamos plantando las fresas empezó a trabajar, aunque sólo hablaba “si” o “no” y lo más indispensable. Las cosas empeoraron, se empezó a sentir rara, tal vez falta de experiencia o queriendo olvidar lo pasado pero me dijo con mucha vergüenza: dos meses que no tengo mi regla. Será cosa de dios, dije, pero hay que ver a un doctor. Ella se negaba pero al fin fuimos, lo que tanto yo temía sucedió: ella tenía dos meses de embarazo. De regreso a casa la miré llorando, yo sin querer hacía lo mismo. Poco a poco las cosas cambiaron, la miré animada, la sentía contenta. En ocasiones canturriaba alguna canción yo estaba contento también, me dijo: siento que en mi vientre se esta gestando una vida una vida que soy capaz de dar por ser mujer por eso tengo la capacidad de dar vida, solo lamento que el que lo engendró sea un hijo de perra. Por qué el cambio, pregunté, estoy yendo a terapias al hospital, me invitaron y me gustó, voy a dar a luz una vida una vida que será mía, que será un mixteco. Nos reímos con ganas.

Su cuerpo empezó a cambiar, se miraban más bonitas sus facciones y alegre todo el tiempo sonreía de la menor cosa. Estaba linda mi hermana. De igual manera no desperdiciaba el tiempo, trabajaba, y por las tardes estudiaba inglés, se preocupaba por las terapias, se superaba cada vez en todos los aspectos. En los últimos de marzo por fin platicamos con mi madre sobre lo que estaba pasando. Mi madre emocionada preguntó por su esposo. Se mató en un accidente, se apresuró a contestar mi hermana, pero no te preocupes todo saldrá bien, tendrás un nieto bien bonito, bien mixteco.

Desde luego que no fuimos a México por razones obvias, fue un invierno malo de verdad, colectábamos comida donde podíamos, algunas veces en las iglesias católicas otras veces en las protestantes y algunas gentes nos regalaban algo, cuando empezamos a trabajar debía dos meses de renta, pero mi hermana estaba contenta y con eso yo. El tiempo vuela en junio por fin nació mi sobrino, bueno eso pensábamos porque fue sobrina, linda de verdad, tenia las facciones de los nuestros pero su tez era diferente, su pelo se notaba un poco rizado, bien nacida al parecer sana de todo como lo dijo el doctor. Se registró con el nombre de Guadalupe que para nosotros siempre fue Lupita. Después del parto descansó dos semanas pero no

regresó al rancho, empezó a trabajar para una tienda americana pues su inglés era regularmente bueno. Un poco después trabajaría yo para una fábrica de muebles que aunque no sabía el arte me enseñé muy pronto. Nuestra situación empezó a cambiar ella no dejaba de tratar de superarse animándome a hacer, lo mismo. Tuvimos la oportunidad de ayudar a muchos paisanos llegaban a casa que para ese tiempo ya rentábamos les debamos comida y techo por una o dos semanas tratando de conseguirles trabajo que la mayoría de las veces se lograba.

Una característica de los mixtecos, como nos dicen, es la unidad. Donde hay un mixteco siempre habrá 15 o más, siempre guiados por un líder que nunca es nombrado eso se lo ha ganado. Cuando vino la amnistía en 1987 arreglamos nuestra situación migratoria sin ningún problema, calificamos ampliamente. Mi hermana fue al colegio, de ahí a la universidad y tiempo después fue graduada en medicina familiar. Yo tuve la oportunidad de estar varias veces en la radio para llevarles el mensaje a hermanos mixtecos, que la mayoría de las veces se lograba, y aunque muchos nos critican de ignorantes les aseguro que somos tan inteligentes o más que otras etnias, sólo que tenemos una cultura propia.

Yo pude establecerme con mi propio taller, vamos a México cada año nos estamos dos meses, mis padres consiguieron pasaportes y visas, nos visitan cuando ellos quieren, en realidad poco tiempo, dicen que ni las tortillas son igual como las de Oaxaca.

La niñez de Lupita fue llena de mimos y regalos por que al parecer tenía su padre y madre, yo la quería como tal, pero a la vez se le exigían buenas notas, desde luego que ella respondía. Siempre tenía los mejores lugares en su escuela, como nacida aquí su inglés era sin asentó pero también hablaba mixteco y español.

Cuando celebramos los 15 años de Lupita fue grande la fiesta tuvimos la oportunidad de convivir con varias culturas diferentes anglosajones, mexicanos, y demás pero la realidad es que la comunidad de mixtecos fue la mayoría. Tres días después de esto los periódicos del área daban una nota roja: Manuel Enríquez, como se llamaba el mayordomo que engendró a Lupita, fue encontrado muerto de heridas de bala al norte de la ciudad de Salinas en un lugar llamado Cerro Blanco. Nunca se supo quien lo habría matado.

Los centroamericanos

El problema tal vez era muy grave, habíamos pasado cerca de la frontera de Nogales mis dos hermanos y yo guiados por un coyote que de verdad era un explotador: nos cobró 2,000 dólares. Nuestra meta era Chicago. Así que cuando pasamos nos internamos en el desierto de Arizona, yo era la primera vez, mis dos hermanos ya habían venido tal vez dos veces. Este desierto, al igual que todos estos lugares son inhóspitos, la flora es en realidad de pequeñas plantas en su mayoría semisecas y quebradizas, sin faltar los cactus, pitayos y nopales, estos muchas veces casi secos por la falta de agua, a la vez la fauna que parece escasa pero cuando no se mira con el cuidado que hace uno al caminar por él, está compuesta de mamíferos como el coyote, el lobo y en extremas ocasiones animales mas grandes y peligrosos, los insectos no faltan, pues abundan los alacranes y arañas, desde luego víboras de diferentes variedades predominando la de cascabel con mordedura mortal. A esta descripción añadiremos las peñas y rocas donde parte de estos animales se anidan y que con mucha frecuencia los que atravesamos estos lugares buscamos para refugiarnos del sol y frío.

Así pues por este paraíso nos internamos guiados por un coyote en busca del tan mentado sueño americano, que la mayoría de las veces este sueño esta en nuestra tierra a la que abandonamos huyendo de un sin fin de problemas. En nuestro caso podríamos decir que nuestra patria Nicaragua los problemas abundan. Venimos de una guerrilla que se convirtió en guerra y aunque simpatizamos con ella, al terminar quedaron muchas secuelas de tal manera que los nuevos gobiernos no podían establecerse como tal. El país había quedado en la pobreza, sin escuelas ni médicos ni medicinas, mucho menos empleos, y estos derechos se establecían lento. De esa manera mis hermanos y yo decidimos tomar la aventura y estábamos en este descrito desierto rogándole al todo poderoso que nos favoreciera.

Nuestro grupo esta compuesto de 18 personas entre estas mujeres hombres y dos niños de, tal vez, 10 años de edad además de un guía y desde luego el contrabandista; cargábamos con dos galones de agua cada quien y comida enlatada, algunos pudieron comprar carne seca. Caminamos toda la noche y parte del día ya que cuando el calor era insoportable, buscábamos algunas rocas altas para defendernos un poco del inclemente sol. El guía corría adelante, subía y bajaba lomas y de carrera nos informaba si había peligro, era de verdad un buen guía, no así el coyote que siempre estaba de mal humor y comiéndose nuestra comida; ese hombre me cae bien me dijo Jairo mi hermano.

A la segunda noche nos dijo que le diéramos el dinero porque pronto ya llegaríamos a Phoenix y nos pondría en un avión hasta Chicago, a lo cual nos negamos pues el trato había sido que cuando tuviéramos los boletos que desde luego nosotros pagaríamos le diéramos el dinero. El peligro estaba latente, al parecer estaba armado. Ya de madrugada las mujeres y niños empezaron a quedarse atrás y él los obligaba seguir, pero una de ellas no pudo caminar más y se quedó atrás recostada en la arena; caminamos un poco más y ordenó parar para descansar, él se regresó, le voy a dar agua a esa señora, dijo, al poco rato se empezaron a oír gritos de la mujer. Me decidí y fui a mirar qué pasaba: la estaba violando el muy desgraciado, cuando miró que me acerque me amenazó con la pistola, me tuve que regresar, tal vez 30 minutos se incorporaron al grupo, ella traía sus ropas maltratadas y se miraba que había llorado. Él se me acercó y con disimulo me dijo:

- Tú no miraste nada pinche buey y si dices algo te mueres.

Me hizo la seña a su pistola, la vieja y yo llegamos a un arreglo estaba muy nerviosa, sólo la calmé es el mejor método.

Seguimos caminado, ya esta vez muy lento, la mayoría tenía sangre en sus pies y los niños lloraban, paramos buscamos refugio del sol, comimos algo tomamos agua y lamentamos que cada vez que el agua se estaba terminando y la comida era poca también.

Intentamos dormir pero a pesar del cansancio, el calor era tal que no nos dejaba, el coyote se acercó a la mujer pero esta lo rechazó. Cuando reanudamos la marcha el guía nos explicó que al parecer había un camino de carros por lo cual pensaba que sería usado por la patrulla de migración. Cambiaremos el rumbo, dijo. Sacó un papel y dibujo un mapa a su manera, le explico al guía: hemos pasado Tucson y Florence, no estamos lejos de Phoenix así es que escóndanse aquí les voy a comprar los boletos: habló por teléfono con alguien, después se alejó, se tardó más de cuatro horas nos trajo dos galones de agua y alguna comida en bolsas. No se pudo el aeropuerto, está lleno de migras, algo está pasando así que dormiremos aquí, mañana tal vez se pueda. Nos dispusimos adormir esta vez si lo pude hacer, estaba demasiado cansado y el calor era menos. Tal vez tres horas, desperté por los gritos de alguien. Este coyote estaba violando esta vez a una mujer diferente, tal vez fui cobarde, no me acerqué. Por la mañana se marchó de nuevo ya sin avisar para regresar casi a las 12:00 P.M. con la novedad que no se podía, que mejor fuéramos a California y que ahí también había mucho trabajo. Nadie quiso. El trato era Chicago.

- A California —dijo—, el que no quiera aquí se queda, dejaremos el rumbo oriente y vamos a California no nos retiraremos mucho de la carretera 10 por si pasa algo.

Todo mundo protestó y se armó la bronca. Este saca el arma, mi hermano Ángel se la quiso quitar sólo que le dio un balazo, cuando miré a mi hermano tirado en la arena lleno de sangre le pegué al mentado coyote un golpe en la nuca para mandarlo al suelo, aprovechando esto le quité la pistola al ver que se levantaba amenazante le dispararé dos veces. El guía se me acercó pero mi hermano Jairo lo detuvo:

- No es contigo la bronca —le dije—.

Corrí hacia Ángel, mi hermano. Estaba muerto. Lloré, lloré no sé cuánto tiempo, cuando reaccioné sólo mi hermano Jairo estaba a mi lado, todos se fueron. Me preguntó:

- ¿Qué haremos?

Lo velamos toda la noche, no pudimos hacer ceremonia, no teníamos nada para ofrecer, sólo pedíamos a dios por él, rezábamos y llorábamos, a lo lejos se escuchaban ruidos de carros pero muy lejos, no se miraban luces y hasta el cielo se nubló tal vez el alma de mi hermano se elevaba la cielo por que hasta la luna nos visitó en un momento. En cuanto pudimos ver tratamos de cavar con nuestras manos una tumba pero aunque era arena estaba demasiado duro y no podíamos, buscamos por ahí algo pero sólo encontramos algunas latas vacías y con esto era un poco mejor, hasta que por fin tal vez unos 80 centímetros, lo envolvimos en algunas ropas lo mejor que pudimos lo tapamos de arena poniéndole piedras encima como señal, pues ante su tumba volveríamos por su cadáver y darle cristiana sepultura.

Me quedé recostado cerca en mí hermano muerto, pasaron por mi mente una y mil cosas: ¿cómo decirles a mis padres que su hijo estaba muerto? ¿Cómo poder abandonarlo en ese lugar? ¿Dónde quedarían nuestros sueños? ¿Regresaríamos a nuestra tierra derrotados? ¿Cuánto habíamos sufrido para llegar hasta aquí para que nos pasara esto? Yo, aunque venía de una guerra, no había matado a nadie, se me rebelaba el coyote muerto. También tenía familia. Pensaba cómo habíamos salido de la patria hasta llegar a México cuidándonos de la policía y la migra de este país, viajar en un tren de carga de contrabando por no pagar pasajes. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde entonces esta la frontera? Luego, emprender la aventura para finalizarla con esto, me rebelaba y algún vez renegué del dios mismo. Estaba acalabrado, como se dice, asustado.

Hasta ese momento no habíamos reparado en el cadáver del coyote, que se lo traguen los buitres, pensé. La tentación me venció busqué entre sus ropas estaba tieso como si fuera madera estaba frío, pero un frío misterioso y raro, le encontré un cargador de la pistola lleno, listo para usarse, una cartera con documentos entre ellos una mica de residente de EUA, un seguro social y algunas estampas de santos. Hipócrita, era católico, desgraciado también traía unas llaves de carro y 300 dólares en la bolsa delantera del pantalón, también algunos billetes de México, me guardé todo. Pensé largarme con mi hermano pero algo dentro de mí se desquebrajó, vamos a tapar a este baboso -le dije a mi hermano- que tenía más de 4 horas sin hablar sólo me miraba con una sombría mirada y agachaba la cabeza ¿me estaría acusando?

Buscamos alguna hendidura en la arena y localizamos una bajada de agua que cuando llovía —que de paso sea dicho esto es muy de vez en cuando— en estas partes bajaba por ahí, lo arrastramos, lo acomodamos y empezamos a echarle algo de arena, sonaba hueco al caer la tierra en el cuerpo; le pusimos ramas secas y piedras. Algo raro estaba pasando en nosotros los acontecimientos eran algo al parecer irreal, pero la verdad estaba ahí los estábamos viviendo. Me acordé de una clase de mi maestro de escuela. Si miras de frente al este —te queda a la izquierda el norte, así que hacía allá echamos a caminar al hacerlo comíamos algo de las botanas que el muerto nos había traído un día antes, de los compañeros y el guía ni rastro, pero si de vez en cuando se seguían escuchando ruidos de motores cada vez mas cerca. Ya por las 5:00 de la tarde empezamos a oír movimiento de gentes, música en inglés y tal vez mugidos de reses. Con mucho cuidado nos fuimos acercando que por si a estas horas estábamos cansadísimos y sin agua el último trago fue por el de medio día tal vez.

Tanto cuidado por no ser vistos no sirvió de mucho de repente alguien gritó en inglés al parecer no muy buenas palabras, al voltear tras de nosotros estaba alguien con un rifle apuntándonos listo para disparar. Instintivamente levantamos las manos y este se rió:

- Más mexicanos —dijo en un mal español—, caminen sin hacer movimientos.

Y nos guió, con el rifle nos encaminó hacía unos corrales en los cuales había algunas vacas, al fondo una vieja troca con un camper al parecer acondicionado para vivienda. Era un indio americano. Se aseguró que no trajéramos armas, nos invitó a pasar:

- Somos nicaragüenses, le dije.

- Sí, los estaba esperando, para mí es lo mismo igual me roban mis vacas los mexicanos que centroamericanos, no sé a qué vienen, ¿por qué no se quedan en su país? Aquí no son bienvenidos.

Nos arrimó una olla bastante vieja pero llena de agua.

- Tomen —nos dijo—, después se largan, hace tres horas despaché a otros. No los quiero aquí, venían hasta con niños, les compré una pistola, bueno les di comida y agua por ella, pero váyanse luego llega la migra y me anda investigando también son unos imbéciles.
- Tenemos hambre —le dije—, te podemos comprar comida y agua tenemos algún dinero.

Nos dio algunas latas que de verdad sabían a diablos, frijoles agrios y sopas sabe qué serían, pero nada que ver con nuestra comida, de todas maneras en minutos no dejamos ni rastro.

- A donde quieren llegar —nos dijo en tono más amable.
- La meta es Chicago —le dije.

Se rió.

- De verdad, ¿sabes dónde esta Chicago? Esta tal vez lo mismo que tu tierra, no para allá ni pensarlo, si quieren y pagan les consigo alguien que los lleve a Indio, claro si pagan bien.
- Cien dólares —le dije.
- No sé, eso lo dirá el que los lleve descansen un poco después los llevaré con el que los llevara tal vez.

Muy cansados pero ya comidos no tardamos en dormirnos pero por los hechos yo no lo lograba del todo, de repente no miré a nuestro ángel, brinqué y de un salto estaba ya fuera del camper, pero tampoco había nadie, le hablé a mi hermano y salimos con nuestras cosas por el temor de la migra, este había dicho no querernos y de repente nos quería ayudar y ahora no estaba, fue por la migra pensamos, por primera vez en dos días sonrió mi hermano:

- Vámonos —dijo.

Tratamos de llenar alguna vasija con agua pero era tarde nuestro ángel estaba tras de nosotros otra vez. Como la vez anterior este se rió pero ahora sin rifle en mano:

- Mi hermano viene conmigo, él los quiere llevar a Indio.

El hermano, si es que era, tenía un rostro más amable nos mostró confianza y le creímos.

- Dos cientos dólares y nos vamos ahora, ¿qué dicen? Ya en el camino me invitan un café.
- Vámonos —me dijo otra vez mi hermano.
- Una cosa, si nos detiene la migra yo no les estoy cobrando, nosotros no traicionamos nuestras leyes no ayudamos a extranjeros indocumentados y mojados, por que ustedes son mojados ¿verdad?

No entendí pero dije nada.

- Sí, eso somos.

Tal vez a las 4 en la madrugada estábamos en el punto, nos dijo aquí es el trato pero si quieren por otros cien los llevo a Colton sin saber si estaba lejos o no.

- Cincuenta —le ofrecí.

Se rió de nuevo.

- Pinches mexicanos, vámonos pues.
- Somos nicaragüenses —le dije.
- Es igual.

Y se rió otra vez. Este *brother* es de Acachimba. Chingón, pensé. Por fin sin tanto peligro de migración y en un poblado donde claro había todos los servicios, pero casi sin dinero y sin conocer a nadie. Entramos a un restaurante por dos razones, para almorzar y para buscar trabajo, nuestra meta era Chicago pero no teníamos dinero y no sabíamos donde buscar un aeropuerto. Lo primero se dio pero lo segundo, no hay trabajo nos dijo una señora que le parecer era la dueña.

- En este lugar hay poco trabajo para los indocumentados la migra casi todos los días llega, claro hay algunas granjas de naranja pero si quieren trabajar en restaurante, váyanse a Los Ángeles.

Indocumentados, todo mundo nos dice lo mismo. Por fin trabajamos dos meses en la naranja, terminada la pisca el patrón nos llevó a Ontario ayudándonos a tomar los boletos y fuimos a Chicago, una vez ahí hablamos con nuestros hermanos nicaragüenses nos consiguieron trabajo en restaurante, hablamos por fin con nuestros padres haciéndoles creer que estábamos los tres hermanos.

- Fuimos al consulado de Nicaragua en el área, después de trámites nada fáciles los dieron documentos y un seguro social, claro la residencia no era permanente, calificamos por venir de una guerra y por el temor de ser perseguido por nuestros enemigos, además por que nuestro país en tiempo pasado fue amigo de Estados Unidos lo cual nosotros ni sabíamos ni nos interesaba cosas de política —me dijo Jairo—. Este mismo consulado nos ayudó a hacer trámites para rescatar el cadáver de nuestro hermano.

Cuando por fin llegamos al lugar jamás mencioné que había yo dado muerte al coyote pero no pude dejar de checar el lugar donde este había quedado. Sólo había huesos regados en unos metros lo cual no es novedad en estos lugares, hay cientos de cadáveres sin identificar, por suerte los restos de mi hermano estaban sólo huesos pero enterrado e intacto. La comunidad de nicaragüenses en Chicago me había dado ayuda económica a la vez el cónsul realizó los trámites, lo enterramos en un panteón cerca de nuestra área de trabajo.

Nuevamente me quebré, no aguanté, los sentimientos salieron a flor de piel al ver las condiciones en que enterrábamos a mi hermano, sólo un montón de huesos, sin vida, sin alma, sin espíritu, lloré nuevamente, me abrazó Jairo mi hermano, lloramos juntos envueltos en un sentimiento extraño. Alguien en nuestro nombre dio gracias a los presentes por la solidaridad en esos momentos verdaderamente difíciles, de regreso a casa me senté en una silla, perdí la noción del tiempo, mi cerebro empezó a darle vuelta a la vida llevada anteriormente. Siempre definiendo con una pregunta que en realidad no definía nada ¿Por qué? Mi padre, mi madre, el arraigo al terruño, nuestra patria, nuestra guerra, nuestros ideales todo se formo un nudo que al parecer no se podía descifrar. Mi padre siempre había vivido con la idea de la superación, esta imposible de llevarse a cabo en esos tiempos cuando el país nuestro era gobernado por una dictadura de familias, por lo cual se había unido a una guerrilla con más soñadores encabezados por el máximo líder Sandino. No era fácil, el plan fracasó mataron a este y se formaron diferente guerrillas con la misma ideología pero sin unirse entre si, para ese entonces mi padre lideraba uno de esos grupos por haber nacido con el idealismo de Sandino se les llamaba sandinistas, más tarde y mejor organizados tomó las riendas un líder que llevó la guerra al triunfo, para ese tiempo ya mi padre se había casado así que al fin se retiró de la política y se fue al campo a producir alimentos. Después de cinco años se formaba la familia de 5 mis padres y tres hermanos hacía unas horas había dejado los restos

de uno de esos tres en el panteón de una ciudad a miles de kilómetros de donde nació, ¿por qué?

Nuestro gobierno no pudo cumplir con los lineamientos planeados en la pasada y ganada guerra por una y mil razones. Algunos países le retiraron su apoyo, no le compraban productos que producían y no le vendían los que tenían que importar; en esas condiciones era difícil el progreso esperado. Otra razón serían las secuelas que dejaba la guerra: había asesinatos casi a diario entre los anteriores rivales, no supimos aceptar el triunfo, ¿por qué? En parte ese era uno de los motivos por lo cual decidimos emigrar a este país considerando el “sueño americano”, pero a pesar de llamarse América este continente aquí, se cree que América es de México al norte. ¿Por qué? Considero y creo que este país se formó de emigrantes que se unieron y formaron un gran país que de verdad tuvo grandes líderes que formaron una constitución y la respetaron y la siguen respetando, a pesar de eso por que tanta discriminación a los países hermanos, ¿por qué? Si cuando estos emigrantes llegaron al continente nosotros (los indios) ya teníamos diez mil años aquí.

Al siguiente día hablamos con nuestros padres, no pudimos decirles la verdad. De vez en cuándo les mandamos fotos mías con la barba crecida haciéndolos creer que es mi hermano pero no que está muerto, ellos lo ignoran, hasta en algunas ocasiones le mandamos unos dólares a su nombre. ¿Cuanto durará esto? ¿Cuándo se enterarán? ¿Cómo enfrentaremos esto cuando llegue el momento? Tal vez hubiera sido mejor decir la verdad en un principio, no sé.

Tres años después de enterrar los restos de Ángel mi hermano al parecer los dioses se compadecieron de nosotros, el Chino había pensado vender el restaurante y lo compramos, desde luego le dimos un giro a la comida de china a centro americana. El cambio resultó muy bien, nuestros clientes aceptaron y tuvimos nuevos. Migración consideró nuestro estatus dándonos la residencia permanente; Jairo se casó con una mujer salvadoreña, desde luego yo tengo una novia que quiere conocer mi tierra y a mis padres. Soy nicaragüense ya lo sabes, le dije, de la provincia de Jinoteca al sur de la república de Honduras por el rumbo de San Rafael del Norte. Tres meses duramos en casa de mis padres que de verdad habían mejorado la tierra, gracias a mis hijos Jairo, Ángel y tú, me dijeron. Lloré en silencio, ellos pensaron que de emoción, sin darse cuenta habían mejorado las cosas y sin saber que habían perdido un hijo. Un día antes de regresar fuimos a una gran fiesta y sin pensar tomé copas me sentí mareado un poco, me preguntó mi padre

- ¿Estás tomado?
- Sí, pero contento —le dije sonriendo—.

Entrevista con Douglas. Liliana de Puebla.

- Necesito mandar este dinero a México.
- Claro —dijo la empleada— ¿cuánto y a quién?
- A Juliana López, veinte mil dólares.
- Necesito procedencia de fondos y una copia de income tax (declaración de impuestos) del pasado año.
- ¿Por qué tanto?
- Son regulaciones del gobierno; si la máquina me pide eso y no lo tengo no me deja realizar el envío.
- Mejor me los llevo en efectivo.

La empleada tendrá que declararlos y será lo mismo: le pedirán procedencia de fondos y pruebas de dónde los ganó.

Yo escuchaba atento la conversación a la vez miraba una niña como de 10 años jugando con un teléfono celular que acompañaba a ese señor.

- Mire —le dijo—, ya otra vez me los he llevado y no pasa nada. Es cosa de usted, le volvió a decir la empleada. Con una sonrisa le dice a la niña: a ver María, háblale a tu tía Juliana y dile que no le pude mandar el dinero que mejor se los llevo cuando nos vayamos a México.

Yo sonreí. Este señor tendría cuando menos 70 años.

- ¿Es su nieta? —pregunté dirigiéndome a él.
- No, qué le pasa, es mi hija, —diciendo esto con un aire de satisfacción.
- Tal vez me pudiera dar una entrevista, —le pregunté.
- No, pos no, se apresuró a decir, no sé para que fin y además ni lo conozco.

Salió del local. Miré hacia afuera y la niña estaba hablando por teléfono, quizás a México. Terminando mi envío fui hacia afuera, ellos estaban todavía ahí. Antes que me fuera me alcanzó y me dijo:

- Oiga ¿para qué la entrevista?
- Podríamos hacer una nota para el periódico, tal vez un reportaje o por qué no un libro.

Se sonrió y me dijo:

- Pronto estaré en México, si quieres allá platicamos.

Nos pusimos de acuerdo en lugares y fecha y es por eso que hoy 23 de enero estoy tocando la puerta de una bonita casa en un rancho muy cerquita de Tototlán, Jal. Cuando me abrieron le dije a la persona, una señora de mediana edad regularmente bien vestida y al parecer con cierta educación, tengo cita con el patrón.

- Pase, lo están esperando, —me dijo muy amable.

En cuanto pase estaba en un pequeño recibidor don Cecilio mi amigo que de muy buena gana me invitó entrar en casa, después de saludarnos.

- Está a tiempo para almorzar porque aquí almorzamos.

Fuimos directo al comedor, por cierto muy buen arreglado con motivos artesanales mexicanos. Me presentó a su esposa:

- Me llamo María, —me dijo.

Tenía ciertas facciones de indígena pero como todos los indios con mucho orgullo y dignidad, la comida desde luego era auténticamente mexicana: carne seca, huevos revueltos y frijoles de la olla, salsa picante y atole de maíz. Terminado el almuerzo, no desayuno sino almuerzo, me invitó a subir al segundo piso donde en un balcón tomamos café y platicamos algo de cómo nos había ido en los viajes a cada uno. Pensé que sería el tiempo de empezar a trabajar así que le dije que si empezábamos con la entrevista —yo ya tenía la grabadora sobre la mesita—. Se sonrió. Guarde ese aparato vamos a dar una vuelta por el rancho tal vez le guste conocerlo.

Fuimos a las caballerizas y ensillamos tres caballos la niña María iría con nosotros, (yo apenas si pude ponerle la silla a mi caballo). María se rió, si sabe y se rió de nuevo. Era un bonito rancho bien cuidado, tres potreros con cerca de alambre, uno de pastizales y forrajes, los otros dos para el ganado, caballos, reses y borregos, por cierto todo de raza y con nuevos sementales. Sembramos poco maíz, me dijo, solo pal gasto. El gobierno nos tiene un poco olvidados, el maíz lo quiere pagar a dos pesos el kilo y con 5 kilos apenas compra una soda. No pos no así no se vale. En cambio criamos ganado y lo vendemos a regular precio. Cerca del río nos encontramos a los peones que estaban desviando el agua hacía el potrero de los pastos. Tengo poca gente conmigo pero son muy buenos. Algunos están aquí desde que mi padre trabajaba esto, ahora mi hermano se encarga de los trabajos, mi padre —desde que mi madre murió— se la pasa viajando. Cuando regresamos a la casa yo estaba realmente cansado pues sólo alguna vez antes había montado a caballo.

- Tomaremos un tequilita antes de comer —me dijo—.

Y la entrevista cuándo, pensé, así que volvimos a la terraza desde donde se miraba todo el valle, desde aquí al sur Tototlán, al oriente la hacienda La Yerbabuena, al norte el rancho La Isla y La Ladera después un camino a Tepatitlán, me dijo mientras tomábamos el tequila. Este se produce aquí cerca me dijo, todos Los Altos de Jalisco son productores de agave y si no es de agave no es tequila, me dijo orgulloso. Nuevamente a comer, mientras lo hacíamos me dijo:

- Esta tarde iremos a Tototlán o Atotonilco a comprar cosas, ¿a dónde te gustaría ir?
- A donde ustedes decidan esta bien yo no conozco ni uno ni otro.
- Entonces a Atotonilco, —dijo la niña.

Todos reímos. Así que después de comer nos fuimos rumbo al mentado Atotonilco, esta vez toda la familia, el hermano Miguel y María la esposa de don Cecilio, visitamos algunos templos y plazas compramos nieve —por cierto muy buena— y mientras ellos compraban sus cosas yo me senté en una banca, la niña Mary quiso quedarse conmigo porque compramos otra nieve.

- Este pueblo, —me dijo la niña—, fue fundado por purépechas cuando Tzintincha fue rey de dicha tribu luego en 1530 fue conquistado por un español Nuño de Guzmán; esta en la región central de Jalisco a una altura de 1,200 a 1,500 metros sobre el nivel del mar. Se venera la Inmaculada Concepción cada 8 de diciembre, la población es 98 por ciento católica.

Justo en este momento llegaron los patrones cargados de mercancías y nos dispusimos a regresar. Cuando ya caminamos le dije a la niña donde conseguía tantos datos de el pueblo, se rio: aquí y me enseñó el teléfono. En internet, claro, también se que Tototlán fue fundado por unos religiosos agustinos en 1510 pero con población Olmeca y conquistados también por Nuño de Guzmán en 1530.

- Ya déjalo, —se oyó la voz de don Cecilio—. No lo aburras con tus cosas.
- No, al contrario, es muy inteligente. Esta niña sabe manejar bastante bien el teléfono e internet.
- Sí, —dijo—. Ya habíamos hablado de eso ¿se acuerda?

No quise cenar aunque insistieron estaba demasiado emocionado tratando de asimilar esto: la gente tan amable, el rancho tan bien

organizado, el pueblo visitado tan bonito, la inteligencia de la niña y lo amable de los anfitriones, sólo tomé café antes de irme a dormir.

Por la mañana temprano me di un baño y cuando me salí me estaban esperando para almorzar. Esta vez fueron chilaquiles con queso y crema producida en el mismo rancho, terminando y después del café me dijo don Cecilio, ahora si prenda su aparatito ese y vamos platicando.

- Este rancho o mejor dicho estas tierras fueron heredadas por mi abuelo a mi padre, no eran ni la sombra de lo que es hoy, parte se sembraba con mulas o bueyes el resto era monte y no había ganado, unas cuantas mulas para el trabajo. La casa no estaba aquí, estaba un poco más arriba, cuando mi padre se hizo cargo de ellas las empezó a mejorar poco a poco, mi padre había sido simpatizante de un grupo de la mentada guerra de los cristeros, allá por 1925 así que la tierra muchas veces se quedaba abandonada; para cuando se calmó la refriega se retiró a trabajar ya en serio. Cuando antes había estado en la trifulca conoció a la que después sería mi madre, María Guadalupe, así que años después de terminada se la trajo a estas tierras, en 1941, mi madre era de Arandas y como dato te diré que era hija de un coronel enemigo de mi padre. Yo nací en 1943. Tal vez mi padre no quería casarse pero me consta que quiso a mi madre como pocos hombres quieren a sus esposas, pero ya dijimos que ella era hija de un coronel enemigo de mi padre. Pues, ni hablar, se casaron. A los dos años nació mi hermana Angélica y tal vez dos años más mi hermano Miguel. Recuerdo mi infancia de una felicidad entera, mi padre trabajaba la tierra y mi madre se ocupaba de las labores propias del hogar. La tierra es agradecida y empezó a florecer. Ya teníamos ganado, caballos y marranos, cosechábamos maíz y caña de azúcar, así como garbanzo, trigo y cebada. No teníamos escuela pero nos íbamos a Tototlán haciendo así la primaria, leer, escribir y lo básico de matemáticas. Mi hermana Angélica empezó a estar enferma, algo desconocido, unos escalofríos y calenturas que unos días le daban y otros no, los doctores no podían curarla. Para ese entonces yo tenía 16 años pues yo nací en 1943 y este año ya era 1959 yo no estaba asistiendo a la escuela pues el trabajo en el rancho se requería y mi padre gastaba mucho dinero y mi hermana Angélica no se curaba. Había cierta incertidumbre empezaba esta a verse demacrada aunque era muy valiente se espesaba a desmoronar. Mis padres platicaron sobre el asunto y decidieron internarla en Guadalajara en una clínica privada. El dinero se empezó a gastar y Angélica no se mejoraba,

la cambiaron de clínica pero ella seguía igual de tal manera que desgraciadamente murió en noviembre de ese año. Triste fue el suceso. Lloramos por muchos días, rezamos en su memoria y al final haciendo cuentas mis padres se habían quedado sin dinero y sin ganado de tal forma que asta algunas personas tuvieron que ayudarnos con los gastos, algo verdaderamente fatal, mi hermano Miguel un poco más chico que yo trabajábamos pero era imposible sin dinero, y sin animales de trabajo era poco mas que imposible. De esa manera yo pensé que la solución sería irme pal norte y mandar dinero para mejorar la situación. Al principio mi familia no estaba de acuerdo, pero al final mi padre les dijo que tal vez estuviera bien pero no tenemos dinero ni para los gastos.

- No es problema —les dije— ya yo conseguí el dinero con el señor Piña.
- Te tengo fe —me dijo— se que triunfarás y me pagarás y si no, pos ni modo, no tengo mucho a quien dárselo, además ya viejo.

El señor Piña era un hombre simpático que se las daba de poeta y de verdad que algo tenia de eso. Un día que un sacerdote vino a celebrar misa a este rancho, le dijo unos versos que lo hicieron reír de verdad. Como yo soy hombre viejo/ y el cura vive del clero/ lo voy a mirar mañana que me la de de porquero/ y ponga quien me los ataje/ por que correr ya no puedo. El sacerdote soltó la risa. En otra ocasión con un hombre rico que tenía mucho maíz sembrado le decía: Que bonito maizal tienes, desde aquí lo estoy mirando se me hace que te lo pisco y te dejo pepenando. A la gente le gustaba escucharlo, así le pedía en ocasiones que les contara versos. Total, me entregó el dinero y me dirigí a la frontera no sin dejar triste a la familia comprometiendo a mi hermano Miguel que velaría por nuestros padres.

Llegando a Mexicali empecé a buscar información de cómo pasar, poca gente lo hacía, pero la mayoría me recomendaban un coyote y yo no tenia mucho dinero para eso, pensando que yo era mas inteligente me metí aun centro nocturno (ahora les llaman “antro”). Aunque yo era menor de edad nadie me prohibió la entrada, tomé una meza y una mesera muy linda me atendió. Pedí una cerveza, me pidió que le invitara una a ella Claro, le dije. Platicamos. Necesito pasar pal otro lado le dije, sabes ¿cuánto cuesta la pasada y quien me ayudaría? Te recomiendo un coyote es amigo y nunca falla. Le dije mi idea es pasar yo solo, esta difícil pero puedes intentarlo si pasas aquí y agarras un *bus* a San Diego dicen que no esta tan difícil por ahí, tomamos tres cervezas y me despedí. Pensé

que te quedaría a dormir conmigo. No esta vez, tal ves para la otra para la otra; le regalé 50 pesos y salí apresurado.

Me dirigí a la línea que en esa parte no estaba lejos, investigué a mi manera, me encontré algunos partes rotas de una malla metálica por donde seguramente se pasaban y así lo hice. Ya en terreno de Estados Unidos busqué la línea de camiones que me llevaran a San Diego. Pero ya no había salidas para ese día así que dormí por ahí en un puente, cosa que nunca en mi vida había ni siquiera pensado, digo dormí por que me recosté pero la verdad no pegue los ojos en toda la noche, tenía miedo y era natural, por la madrugada fui de nuevo a donde los camiones y tomé el primero que salía por el rumbo.

El chofer era mexicano y platicó conmigo. Cuídate mucho estamos por la pura línea esto esta caliente. Llegando a mi destino tomé otro hacía San Francisco. Pero en San Clemente me detuvieron junto con otros cuatro, nos llevaron a Chula Vista a una cárcel de migración y por la noche nos llevaron a Tijuana. Difícil para mí, no tenía experiencia y pensaba que el mundo era mío, uno de los cuatro nos invitaba a casa de unos parientes que vivían en la colonia Francisco Villa, yo me negué a ir, pregunté y tome un hotel de tercera para esa noche. Lo más seguro era que no tenia seguridad, no pude dormir pero cuando menos descansaba, me levanté temprano, busqué un coyote. Salimos esa misma noche, las cosas se pusieron fáciles nos mando brincar la línea cerca de la garita y el nos esperó adentro, nos recogió y en la revisión de San Clemente, nomás le dijeron adiós, ¿estaría ya arreglado? Caminamos por la carretera 5 y de ahí a la 101 no paramos hasta Paso Robles. Le puso gas al carro y comimos algo, el coyote que era también el chofer no platicaba nada. Los pollos, como nos llamaban a los indocumentados, si nos contábamos nuestras penas durmiendo también en ratos.

Llegamos tarde a San Francisco, me dejó en una misión, "dormitorios de una iglesia protestante donde dejan dormir y dan de comer al personas que no tienen casa". Habló por mí para que me dejaran pasar la noche ahí. A los demás los llevó a Pacífica donde según trato pagarían sus familias por ellos; al otro día por la mañana me dieron un lonche "sándwich" y me echaron fuera. Llegar a esta gran ciudad no era fácil, menos para mi, yo venia de provincia en México, algunas veces fui a Guadalajara, pero esto era diferente, este un país extraño, una ciudad también extraña, sus grandes edificios el mar por todos lados sus puentes —entre ellos el Golden Gate— sus grandes puertos y su turismo internacional, todo era nuevo para mi. Más sin embargo el mundo es mío "pensé". Me di a la tarea de buscar trabajo. Por fin encontré en un restaurante de comida

rápida. El inglés no era el gran problema. Nuestros clientes eran casi puros latinos. Por la noche volví a la misión a dormir, pero otro día un compañero del restaurante me llevó a su apartamento. Pagaremos entre los dos, me dijo. Escribí a mi familia, les dije que ya trabajaba que pronto tal vez les mandaría dinero. Las cosas no caminaron bien.

El pago era 3.25 dólares por hora, ganaba 25 dólares diarios, menos impuestos, la comida los camiones, el apartamento y los gastos personales, no me quedaba casi nada. Un mes, tal vez más. Tuve una oportunidad: me contraté con un anglosajón para ir de pesca al mar, el plan parecía bueno nos estaríamos en alta mar hasta dos meses. Nos daría comida. Cuando las bodegas del barco se llenaran, otro barco recogería la carga para que nosotros siguiéramos pescando. Nos pagaría a 40 dólares la tonelada, recibiendo nuestro dinero cuando regresáramos a tierra. Esta es la oportunidad que yo esperaba pensé. Pero la cosa era diferente: el capitán no tenía experiencia pescando y contrató a marineros —incluyéndome a mí— sin ninguna experiencia también.

Así, en cuanto entramos en alta mar me empecé a marear. Me dieron café y pastillas para eso. No era sólo yo, seis estábamos mareados, sólo uno aguantó el balaceo del barco. Tirábamos las canastas y al recogerlas todas casi vacías unos cuantos peses pero no todos eran de lo que se pretendía. Como estaban las cosas todos mareados ya sin pastillas y sin pesca, el capitán optó por regresar a tierra. Cuando se pesó la carga apenas una tonelada pasadita. Bueno, pensé, 40 dólares no estaría mal. No, me dijo el capitán, 40 repartidos entre 7. Desde luego que no me dieron patras el trabajo en el restaurante, pero en dos días conseguí otro empleo en una compañía de limpieza, con el mismo salario y de noche. Trabajaba duro, hasta llegué a ser amigo del supervisor.

De acuerdo con el supervisor y el jefe de esta compañía me mandaron a un entrenamiento para *janitor* (limpieza), yo en cambio por las noches me inscribí en una escuela para adultos donde estudiaría inglés y me actualizaría para hacer exámenes de la escuela americana. El trabajo era duro y de noche estudiaba, pero me daban un pequeño cheque semanal para mis gastos, claro que me alcanzaba para mandar algo a la familia. En poco tiempo empecé a hablar y escribir inglés, por lo que dejé la escuela nocturna y me dieron un grupo de siete personas como cuadrilla de limpieza. Limpiábamos edificios y oficinas, en el entrenamiento me actualizaba cada vez más. Poco más de un año recibí un diploma sobre la materia y un certificado de inglés, este último no era perfecto pero sería suficiente para el trabajo. Seguí trabajando duro, en tres meses me dieron un sueldo tres veces al mínimo dándome tres grupos de personas para

supervisarlas. Con esto pude mandar más dinero a México y el rancho empezó a progresar poco a poco. Como mis grupos siempre tenían el primer lugar en calidad y eficiencia en el trabajo, la gerencia decidió darnos un premio, “una pequeña fiesta más un chequecito extra”. Para ese día también una cena con bebidas y comida desde luego. Una de las hijas del gerente se sentó en mi mesa, platicamos y tomamos algunas bebidas. Se llamaba Kimberley, que ya en otras ocasiones habíamos platicado pero ese día tal vez por las copas las cosas se daban diferentes. En algún momento hasta me besó en la mejilla. Cuando traté de retirarme me pidió que le diera *raite* a su casa. Tome esto como una insinuación, pero a mi también me gustaba y no pude negarme a llevarla.

Ella era una mujer con magia, claro hija de anglosajones esta era blanca, con ojos azules, pelo rubio como pelos de elote, alta, de una figura sensacional y una sonrisa que me traía embrujado porque la quería tal vez sin que ella se diera cuenta. Así pues, esa noche no fuimos a su casa sino a mi apartamento, tomamos alguna copa más, nos llenamos de caricias y al fin sucedió lo inevitable, nos amamos entregándonos plenamente el uno al otro. Esa noche la verdad fue mi primera noche con una mujer y me sentía enamorado. En mi tierra y costumbres esto hubiera sido suficiente para en compromiso matrimonial. No con ella. Se levantó, tomó un baño, me llenó de besos y se fue tan tranquila. ¿Nos veremos? luego le pregunte: si claro yo te buscaré.

Desde ese momento todo cambio siempre estaba alegre trabajaba por las noches y no me sentía cansado todo me parecía bien, el trabajo nos rendía mas, no sé si su papa sabia lo nuestro lo que sí es que me empezaron a dar más dinero y más confianza, desde luego que ella, Kimberley, me visitaba dos o tres veces por semana y dormíamos juntos. Como ganaba más, mandaba más a México, donde mi hermano y mi padre le echaban muchas ganas a la tierra y sus cultivos. Desde luego la tierra respondía y todo estaba bien. Mi madre me contaba que se moría de ganas de abrazarme y yo lo creía. Pronto le decía ya veras que pronto.

- Me gustaría que nos casáramos —me dijo una noche que cenábamos en un restaurante de mariscos.

No supe qué decir. En un principio si lo había pensado, pero como las cosas se daban bien ni lo volví pensar. No supe qué decir, me quedé mudo.

- ¿Qué piensas?, —me dijo— ¿no te gusta la idea? Sí, claro que sí quiero ¿para cuándo sería? ¿El próximo fin de semana?

- Veo que lo tienes planeado.

- No te arrepentirás.

- Claro que no, yo te quiero y tu también ¿o no?

Pasó que en realidad ella lo tenía ya planeado, juez, lugar, testigos, salón de recepción, aperitivo y cena, tal vez yo era demasiado machista ¿o tal vez en su cultura se usarían así las cosas? Claro que hubo gran fiesta con sus familias, amigos, amistades, de ella y algunos trabajadores de la empresa que eran mis amigos. De verdad me emocioné. Ellos, los anglos, no hacen tanto gasto en esas cosas. En nuestra cultura empeñamos hasta la camisa. Después de todo muy bien organizada la fiesta. Cuando se terminó me volvió a sorprender: tengo boletos, me dijo, porque vamos a visitar el Cañón del Colorado. Piensas en todo, le dije, y la abracé con fuerza como a ella siempre le gustaba. El tour, como ellos le dicen, fue sensacional. Del *bus* al tren y de este a los guías y la inmensidad de este cañón.

- Pensé que el Cañón del Colorado estaría en el estado de Colorado.

- No, está en Nevada, pero ahí nace el río Colorado.

Comidas exóticas fotos, videos y demás recuerdos y por fin nuevamente a la chamba la verdad fue una experiencia maravillosa. Con esto vinieron cosas buenas. Ya casado mi participación fue más en la compañía, hasta que por fin me hicieron socio en tres partes, una el padre de mi esposa, de otra el anterior supervisor y la otra yo. Emocionadísimo les hablé a mis gentes contándoles lo acontecido. Mi padre y hermano les gusto mucho y mi madre llorando me dijo que dios te ayude. Nueva sangre nuevas ideas en la empresa, modifiqué los horarios, las oficinas y edificios públicos de noche y los pisos y mantenimiento de día, mandé a parejas sólo de mujeres y de hombres cada uno a un trabajo diferente, con esto nos quitaríamos los problemas de acoso sexual y de amoríos en el trabajo. Compramos una compañía de químicos para tener estos a un mejor precio y venderle a la competencia añadimos a esta una línea de máquinas para el trabajo, con esto más calidad y mejor precio en maquinaria.

Las cosas caminaron bien, pensé que sería tiempo de visitar a mi gente. Se los comenté en la compañía y a mi esposa, los cuales estuvieron de acuerdo. Empecé a preparar todo para el viaje: ropa adecuada, regalitos, recuerdos para mis parientes y más. Cuando ya tenía todo arreglado, según yo, una mañana antes de ir a la compañía se me acercó mi esposa y muy cariñosa me dijo:

- ¿Me llevas?

Me sonreí, como un hombre enamorado de su esposa, de una lindísima esposa en un momento de esos ¿le va a negar algo?

-Claro —le contesté— sí te llevo.

Saltó de gusto como una chiquilla, me abrazó, y los dos lloriqueamos un poco.

Se compró ropa, joyas y no se cuántas cosas que las mujeres buscan para un viaje, agarró boletos. En una aerolínea por fin volamos al aeropuerto Miguel Hidalgo de Guadalajara. Desde luego que ahí estaba mi madre, mi padre y hermano, esperándonos, hubo abrazos presentaciones y llantos de mi madre, para Kimberley todo era nuevo y la sentía un poco distante, así que subiendo maletas en una hora y quince minutos estábamos llegando al rancho de mis recuerdos. Todo era alegría quería mirar los corrales, los potreros, el ganado, las siembras quería mirar todo, mirar a mis amigos de la infancia en fin todo esto y mas me pasaba en esos momentos.

Descansamos un poco tomamos un tequila, y por la noche hubo fiesta trajimos un mariachi, cantamos, bailamos y comimos. Kimberley estaba emocionada, decía que todo era nuevo para ella, asta bailamos unas corriditas juntos. Por la mañana del día siguiente visitamos los pueblos cercanos, compramos antojitos y chucherías y por la tarde visitamos algunas casas de amigos en la comunidad, platicamos los recuerdos anteriores todo era alegría. A mi esposa gringa todo le llamaba la atención ella contenta con todo, a ratos me preguntaba:

- ¿Qué dicen?

Claro que yo le explicaba, nuevamente muy tarde nos fuimos a dormir. Cuatro días más tarde se programó un viaje al mar, a Manzanillo, para ser exacto. La familia completa viajamos, visitamos las playas, comimos mariscos, contratamos un barquito para darle la vuelta a la bahía y por la noche visitamos el muelle, embarcadero enorme por cierto. Nos tomamos fotos con un enorme pez espada. Por fin mi madre nos aconsejó que fuéramos a descansar.

Fueron cuatro días de pura diversión y alegría, a mi esposa le encantaban los coloridos paisajes que, aunque San Francisco esta rodeado por el mar, nada que ver con esto. Aquí teníamos kilómetros de palmeras de coco, aguas claras, y tibias playas, hermosísimas enramadas, restaurantes al aire libre y mariscos frescos, hasta algunas cervezas tomamos lo que en California está prohibido. Por fin regresamos al rancho, durante tres días nos acostábamos tarde y nos levantábamos también tarde claro.

Comíamos antojitos que siempre mi madre preparaba, caminábamos por los alrededores del rancho. Pero una noche me preguntó Kimberley:

- ¿Cuándo regresamos a San Francisco? Estoy cansada, necesito regresar a nuestra casa.
- Cuando quieras, yo también necesito incorporarme a los trabajos.
- Una semana más.

Nos despedimos en el aeropuerto y volamos a California. Todo parecía normal, pero al aterrizar y checar con migración fui detenido. Me llevaron a un separo me investigaron y por error no tenía yo papales de residencia. La verdad pensé que estando casado con una ciudadana era yo legal, pero no. Falta de información ni yo había preguntado ni nadie me había dicho, y por más que mi esposa alegó y hasta pataleó no conseguimos nada. Fui detenido y deportado a Tijuana, México. Otro día estaba conmigo mi esposa y su familia, teníamos una firma —compañía— de abogados que llevaron documentación y un abogado. Por fin se logró que pasara con una visa de turista y los trámites se seguirían en Estados Unidos. Seis meses de trámites, entrevistas y demás, por fin tuve la residencia americana. Hoy esos trámites se llevan mucho más tiempo pero muchas veces no se dan.

Para 1967 por fin acordamos que tendríamos un hijo. Ella siempre se había alegado que perdería su figura, que le quedarían estrías en el abdomen y no sé cuántas otras cosas, pero esta vez aceptó con gusto. Quiero aclarar su valentía, sé yo que las mujeres en este estado tienen muchas molestias pues dentro de su cuerpo se está gestando un ser desconocido hasta este momento y mientras el cuerpo acepta el cambio las molestias ahí están. Pero Kimberley jamás se quejó de nada así a finales de ese año nació nuestro hijo. Por recomendación del médico estuve en el momento del parto. Fue terrible para mí, por poco y me desmayo. Al parecer estaba más enfermo yo que ella, pero cuando por fin nació la criatura la recompensa fue grande, fue una experiencia maravillosa y única en mi vida.

- Fue niño —dijo la doctora.

Me dio gusto de verdad además lo miraba muy bien y sus facciones bien formadas también.

- Gracias a dios —exclamé.

Al registrarlo le pusimos el nombre de mi padre, Miguel, eso lo teníamos acordado desde el embarazo. Por consejo de los padres de

mi esposa me tomé dos semanas de descanso las cuales me sirvieron para ayudar a la recién mamá y a convivir con nuestro hijo. Las cosas cambiaron, regresaba a casa más temprano desde el acontecimiento y casi no salíamos por cuidar al bebé, más cuidados y caricias a la madre y gastando mucho en ropita y juguetes, que ni le servían por que él ni sabía todavía usarlos, pero me imagino que la mayoría de padres lo hacen cuando es su primer hijo.

Regresamos a México que para que lo conocieran sus abuelos paternos, pero la realidad era que queríamos presumir a todo mundo nuestro hijo. Estando ahí le propuse a mi esposa que lo bautizáramos en el pueblo, pero, raro, ella se negó rotundamente, sabía que ellos eran de una religión protestante pero pensé que eso sería diferente con nuestro hijo. Esta vez la decisión la tomó ella, así que no podíamos dar marcha atrás. Al parecer no nomás era lo del bautizo del bebé sino que algo estaba cambiando en ella. De repente se irritaba con cualquier cosa y alegábamos por cosas sin sentido, la mayor de las veces yo tenía que ceder para no seguir alegando.

Mientras, la compañía se mejoraba cada vez más, pues teníamos siempre más contratos y capacitábamos a nuestra gente ganando con esto más dinero cada vez. A diferencia de esto la relación con mi esposa se deterioraba, llegamos hasta visitar un psicólogo, el cual nos decía que eso pasaba con algunas mujeres cuando eran madres por primera vez, pero que pasaría a un tiempo de adaptación que el cambio vendría. Pero en este caso el cambio no llegaba, al bebé lo quería demasiado, lo atendía y lo llenaba de caricias, a mi me trataba de una manera muy diferente. Antes del embarazo tenía un puesto en la oficina, pero después no quiso trabajar jamás, se perdió el empleo aunque se le siguió dando un buen salario.

El tiempo fue pasando, yo haciendo dinero, el bebé creciendo y la relación con Kimberley estaba cada vez peor. Ya cuando el niño fue a la escuela ella se empezó a salir de casa sin avisar, por lo cual contratamos una empleada para que atendiera a Miguelito, lo llevara y recogiera de la escuela y se encargara de él en sus cuidados. Fue tanto el cambio que tuve que platicar con sus papás.

- Si —me dijo el padre—, ya lo hemos estado mirando, también le hemos hablado sólo que no entiende la razón, no sabemos que decirte, ojalá y venga un cambio.

Una noche por fin platicamos algo bien, vamos al psicólogo nuevamente.

- ¿Quieres? No perdamos la cabeza, Miguelito esta creciendo y nos necesita.

- Eso jamás, yo no tengo nada a que iríamos en todo caso ve tú.

Me quedé pensando ¿que hago? Le hablé a mi madre. Compréndela —me dijo— ella es buena va a cambiar ya verás. Pero el tiempo pasaba y este cambio nunca llegaba. Miguelito ya en primaria y las cosas seguían peores. Pensé que se drogaba por que su comportamiento cada vez era peor. La invité a hacerse una prueba de droga y se enojó bastante, hasta me maltrató por primera vez, su hermosura se estaba perdiendo, ya no era la misma, no se aseaba con regularidad y su ropa no siempre estaba limpia. Sus padres fueron por la casa. Platicamos en familia. Ellos querían que se sometiera a un tratamiento pues estaban seguros que se drogaba, pero ella se enojó y salió de la casa: no soy ninguna drogadicta, nos gritó.

- Le quitaremos el cheque semanal —dijo el padre—.

No protesté, tal vez sería peor.

Así las cosas, en 1983 Miguelito cumplía 15 años y estaría saliendo de la escuela preparatoria o sea la High School, teníamos planeada una fiesta para celebrar este acontecimiento en un salón del centro de la ciudad. La cena se serviría a las 9:00 de la noche. Ya estábamos todos, los amigos, el festejado, los abuelos y el papá menos la mamá, por las 10:00 de la noche decidimos que se sirviera la cena, concluida esta nos dimos a la tarea mis suegros y yo de ir a buscarla. Tarea difícil en una ciudad como San Francisco: la buscamos por hospitales, sanatorios y departamentos de policía. Por fin después de media noche fue encontrada por su padre en unos separos de policía en Sur San Francisco, desgraciadamente estaba muy drogada. Después de pagar una fianza le internamos en un hospital donde la recuperación no fue tarea fácil. A los tres días la dieron de alta, regresamos a casa. Platicamos con Miguelito. Le dimos consejos, le dijimos que la queríamos. Ella lloró.

- Perdónenme por favor —nos dijo—, haré lo posible por dejar esto y corresponderles su cariño.

Las cosas no se miraron mejorar siguieron igual si no fue que peor. Miguel y yo dependíamos en nuestra alimentación y cuidados de ropa, limpieza de casa y más de Maribel, la muchacha, como le decíamos a nuestra ayudante de casa. En el alma de mi hijo se gestaba un rencor, tal vez odio a la sociedad, aunque seguía estudiando lo notaba triste y cabizbajo, sus abuelos nos visitaban muy seguido y le daban consejos. Algunas veces volvimos a México y regresaba un poco mejor, mis padres

le enseñaban valores y el aprendía, pero a ella, a mi esposa, durábamos días que ni la mirábamos. A veces pasaba por la casa sólo para bañarse y cambiarse de ropa, pero se volvía a salir. En alguna ocasión tratamos de que nos acompañara a México pero se negaba rotundamente. Mirando el infierno que vivíamos nos reunimos en familia para tratar el asunto. Claro que ella no se apareció. Con sus papás y mi hijo acordamos internarla en una clínica especializada. Así que la invitamos. No quiso ir pero la sorprendimos y la llevamos con engaños. Tres semanas estuvo mejorándose. Después de esto era imposible, insultaba a todo mundo. A la familia nos agredía, llegando a destrozarse la ropa, por lo cual los doctores optaron por dejarla salir. Nos dijo el director: si no es por su voluntad no funciona. Si algún día la convencen vuelvan con ella. Dos días estuvo en casa, yo no me presentaba al trabajo para atenderla. Lloraba y gritaba implorando la maldita droga, hasta que por fin en un descuido se escapó y por mucho tiempo no la encontramos. La buscamos con la policía y detectives, pero nada. Se había cambiado de ciudad, la encontraron en Stockton, una ciudad al oriente de San Francisco por la carretera 5. La intentamos retener en casa pero era inútil, tratamos de internarla en sanatorios especializados, pero no funcionaba miramos algunos psicólogos pero el resultado era el mismo se escapaba o simplemente no acudía.

Nada fue igual de los días de felicidad y su belleza sólo quedaban recuerdos, con frecuencia yo la buscaba pero al encontrarla se escondía y corría, fueron años de incertidumbre, pensaba que el dinero ¿de qué servía en estos casos? Mejor estuviera pobre y feliz, pensé. Mi muchacho Miguel ya casi terminaba la universidad, cuando una noche nos avisaron que a lo mejor Kimberley estaba muerta, que fuéramos a mirar el cadáver. Fuimos todos, fue verdaderamente impresionante. Si era ella. Habían tenido un pleito entre los viciosos, como ella traía dinero siempre, trataron de quitárselo. Cuando se opuso la mataron. Fue terrible. Estaba destrozada de su cara. Sentimientos extraños me perseguían. Su cara destrozada, la misma que muchas veces acaricié con ternura y cariño. Mi llanto era un torrente de lágrimas que no podía contener, cuando por fin pude mirar al resto de la familia todos estábamos igual. Nos abrazamos, en un abrazo de solidaridad que todos necesitábamos.

Los funerales se realizaron ocho días después era una tristeza total, cerramos la compañía por tres días, no podíamos trabajar. Los mismos empleados estaban consternados la estimaban de veras. Para mi las cosas fueron mas que terribles mi hijo no tenia con él a su madre a la edad que necesitaba sus consejos y cariño. Cuando hablaba con mis padres

llorábamos en grupo, no había consuelo, tal vez más por mi hijo. Algunos drogos que la conocieron me contaron que jamás se prostituyó, que ella se drogaba pero no tenía sexo con nadie de ellos. Yo se los creí, era fiel y siempre lo sería. Su cuerpo se encuentra en una tumba en la ciudad de Pacífica por la carretera uno a la orilla del mar.

Malditas drogas, mil veces malditas, envilecen y matan a personas buenas que caen en sus redes, maldita, muchas veces, los países ricos son cómplices y los poderosos la consumen, a pesar que el tiempo ha pasado cada día la recuerdo y la tristeza llega a mí.

El tiempo ha pasado, mi hijo se graduó de medicina, especializado en ginecología. Actualmente trabaja en un hospital de la región. Mi madre murió. Yo vendí mis acciones en la compañía. Mi padre se pasea pero la tristeza se le nota en su mirada. Yo me casé con una mujer joven, María, que es la mamá de mi niña María. Pienso que nos queremos y nos respetamos. Le compré la casa a mi comadre Juliana, madrina de la niña, porque ella se vino a vivir a México, por eso me encontraste un una agencia de envíos tratando de mandarle el resto de su dinero. Pero no se pudo, yo se lo traje. El rancho ha progresado, mi hermano lo atiende. No le quito dinero las ganancias son para él y sus hijos, que ojalá sepan valorarlo por que en esta tierra los gobiernos no hacen nada por la clase media, gobiernan para los grandes industriales, corporaciones financieras y grupos económicamente fuertes. A los pobres nomás los usan para votar. Los partidos políticos son lo mismo todos, si no puedes ser presidente por uno, regístrate por otro y listo, por eso la gente que quiere triunfar tiene que irse al extranjero la mayoría a Estados Unidos perdiendo así México el potencial de su gente por que es gente trabajadora y progresista.

Salimos al balcón miramos al oriente los cerros con grandes hileras de agave y sus valles en producción, a unos pasos de nosotros el río rodeado de sabineras. Al marcharme sentí nostalgia, se quiere tanto a México que yo tampoco me quería regresar. La niña María me alcanzó corriendo dice mi mamá que le regala esta botella de tequila. Solté una sonrisa, ¿tu mamá o tú? Ay María, ay María.

Costa Central de California

Me sentía bastante triste mis pensamientos no estaban claros no era nostalgia por estar lejos de mi tierra, era algo muy diferente, ni sabia si tenia fiebre pero mi cuerpo estaba adolorido y mi animo por los suelos. Estaba en un cuarto de hospital con una mano casi despedazada además de golpes en la cabeza todavía sangrando. El accidente había sido por la mañana y estas horas me acababan de injertar piel en mi mano, piel que me habían quitado de mis glúteos, pero mi cabeza todavía no le había hecho nada y ya eran las 11:00 de la noche. Sólo una persona me había visitado pero mis compañeros de trabajo nadie.

Y es que por la mañana ese día al prender una máquina de hacer tortillas con un papel prendido y un guante en la mano, la máquina se movió, me atoró la mano y claro el guante de plástico se prendió también. Fue terrible, yo me jalaba para desatorarme pero la máquina me llevaba para dentro. Así mi cabeza se golpeaba con los metales y mi mano prendida, mis compañeros tal vez asustados no trataron de ayudarme. Pasó un buen rato, no sé cuánto hasta que por fin alguien apagó los motores y fue que pude sacar mi mano ya muy dañada, me sangraba, también la parte alta de mi cara. En el hospital evaluaron mi caso y trataron de estabilizarme. Me dieron medicina muy fuerte para el dolor y empezaron a trabajar conmigo, cuando por fin reaccioné me habían quitado la carne quemada y me habían puesto piel, como dije antes, otra vez más medicina y empezaron a trabajar con mi cabeza. Más tarde las averiguaciones y para decir verdad no podía ni contestar a tanta pregunta. Según me dijeron mis compañeros de trabajo no quisieron dar declaraciones. Por lo pronto me dijeron que los trámites médicos y medicinas los cubriría la a seguridad. Otro día me daban de alta.

Y es por eso que hoy dos días después nada de contento que estoy, otra vez estoy en el hospital y me están retirando el vendaje de los injertos de piel y mi mano huele mal, tal vez carne podrida, entiendo que el trabajo no fue bueno, me dicen que me trasladarán a otro centro de cuidados, tal vez Stanford o San Francisco. Una vez en el nuevo hospital el especialista que me atendía movía la cabeza a cada momento. Yo no entendía inglés pero una enfermera me pudo decir:

- Tu carne está podrida, que tal vez me quiten la mano.
- No —grité en seguida— por favor mi mano no me la vayan a quitar.
- Necesitamos que alguien firme por ti para la cirugía, ¿quién viene contigo?
- Nadie, le dije, vengo sólo.
- Le hablaremos a algún familiar.

- No tengo a nadie, me apresuré a decir.

No sé cuántas cosas me decía el doctor que yo no entendía. Pero en un esfuerzo de mi parte le dije:

- Cúreme mi mano por favor.

Hablaron nuevamente y por fin empezaron a trabajar con mi mano sólo parte de mi me durmieron y miraba todo, casi lloraba. Me raspaban mi carne y esta se caía en partes, olía mal. Uno y mil pensamientos se venían a mi mente. Por último le hablaron a algún pariente mío pero este se negó a firmar de acuerdo conmigo.

Por fin días después de rasparme y quitarme carne mala empezaron a injertarme nueva, y piel otra vez. Me dijo la enfermera:

- Te habían hecho un muy mal trabajo, ni siquiera habían retirado la carne dañada, por eso no prendió el injerto, ese es un mal doctor. Tal vez lo puedas demandar.

Moví la cabeza en señal negativa y sonreí un poco. Ya quisiera estar vivo pensé y no andar en demandas. Después de esa y cinco cirugías más las cosas cambiaron un poco. Entendía que mi mano se estaba salvando, viajes al hospital y otra vez a casa, claro que para esto ya habrían pasado meses y sólo dos personas me visitaban. Aprendí lo que el refrán dice: en la cárcel y en la cama se conocen los amigos. Así desde luego admiro a esas dos personas.

Fue un episodio malo en mi vida pero al fin superado con mis manos sanas. Después de esto vinieron los alegatos de las compañías de seguros y de más cosas. La verdad recibí algún dinero, el cual ya casi todo lo debía. Así que pagué mis deudas, les di a mis padres un dinerito y además les dije por qué y cómo había recibido ese dinero pues ellos jamás se enteraron, no quise darles esa pena. Doné algo para una iglesia de mi pueblo, y a seguir trabajando. Así habíamos empezado una entrevista con Luis que me contó que él es de un pueblito en el municipio de Zacapu, Michoacán, muy pegadito a la sierra. Tal vez tendría unos 16 o 17 años y mi ilusión era tener dinero para darles una casa digna mis padres, pues tal vez a mis años ya entendía que en nuestro México con tantos recursos y riquezas no es posible que la gente que lucha no pueda tener ni lo más elemental para su familia y me consta que mi padre trabajaba muy duro pero el progreso no llegaba. Éramos 11 hermanos y mi madre pobre apenas si le alcanzaba el tiempo para mantenernos limpios y darnos de comer; 11 hermanos son muchos y dos padres casi

imposible para el progreso pero la iglesia nos decía que los hijos que dios nos mande pues mal vivíamos. Así que miraba con tristeza a mis padres al no podernos dar una educación y preparación para defendernos y tener un futuro mejor. Me decidía a dejar mi tierra, donde a mi corta edad a pesar de mi pobreza yo gozaba de la naturaleza, en los campos y montes de Michoacán. Yo había nacido el día 2 de marzo de 1962 y a la hora de mi partida tendría unos 17 años pero tenia la ilusión de progreso y pensaba que el mundo seria mío.

Mi padre me consiguió un dinerito para gastos y me acompañó un amigo que de por si ya venía para el norte, a tres días de malos olores pues el camioncito que por cierto traía baño, pero no hacían servicio de limpieza en todo el camino, imagínese cómo llegábamos a Tijuana que era la meta de la mayoría de mexicanos con la idea de pasar pal norte. Al contrario de otras versiones que malos tratos de parte de la migra a mi no me tocó esa mala suerte, llegamos a la frontera por la mañana y en la noche pasamos, sólo caminamos unas cuantas millas donde nos recogió un carro y nos llevó a Jalister, California. Tal vez en esos tiempos no se checaba tanto la edad para los trabajos pero lo que si es verdad es que no.

Nos habíamos acomodado en un galerón abandonado, y una familia por 25 dólares a la semana me daba comida. Recuerdo una anécdota que me pasó de esas que se quedan con uno para siempre. En los días de mi llegada pasé por un *field* (campo de siembra) de fresas y se me hacía agua la boca por comérmelas. Viendo esto un amigo me dio 5 dólares. Compra fresas, me dijo. Claro. Entré al campo y a mi pasó. Me iba comiendo la fruta de tal manera que cuando llegué con el dueño ya no compré pero guardé el billete en el galerón donde vivía y lo tape con basura. Todos los días lo checaba. Así, hasta que agarré mi primer cheque, que recuerdo fue de 73 dólares. Como la temporada se termino me cambié para Gilroy donde conseguí un trabajo en *yardas*, con la mala suerte que el primer día me quebré una mano. Así, adiós trabajo y ni cheque.

Después de esto alguien me trajo a Watsonville donde me di a la tarea de ayudarles en una tortillería y con la suerte que cuando ya sabia me dieron el trabajo. Ahí trabajaban algunos muchachos de Michoacán además de que el dueño era también de allá. Trabajo por horas, a 3.25 dólares la hora. Durante ese tiempo no pensé ir a México aunque la nostalgia me mataba y extrañaba a mi tierra, como decimos, pero que en realidad tierra en sí no teníamos. Pensé que no había triunfado todavía y no tenia mucho que ofrecer a mi familia, apenas había mandado un poco de dinero para pagar lo que mi padre me diera para la venida y unos centavitos para ayudar.

Por ese tiempo alguien de muy buena gana me ayudó a poner una petición para residente en migración y así en un año más tuve una cita en el consulado de Estados Unidos en México donde todo salió bien, pues yo estuve asesorado por un abogado experto en la materia. Algún tiempo después sobrevino la tragedia y ahora aquí estoy tratando de rehacer mi vida. Pues debido a esto la compañía de seguros me ofreció un entrenamiento para trabajo que en realidad no me sirvió de mucho y de esta manera duré un año sin trabajar.

En esos días, como 9 años después de mi llegada a estas tierras decidimos casarnos mi novia y yo y después a estar seguros llevamos a cabo este matrimonio que de verdad esa fecha ha sido lo mejor que me ha pasado pues gracias a mi esposa hemos luchado algunas veces asta contra la corriente y logrando salir adelante. Así que la boda se celebró en noviembre de 1986 y al parecer fue de mucha suerte pues al año nació nuestra primera hija, compramos nuestra primera casa y estrenamos por fin un carro nuevo. La tortillería donde había tenido el accidente habría crecido para estos tiempos. El patrón me ofreció trabajar en la ruta, o sea de vendedor, no lo pensamos mucho abriendo una ruta de tiendas la cual al principio vendía tal vez 15 cajas de estas tortillas pero a los dos años tuve que comprar un camión y contratar un ayudante, después otro. Tiempos mejores se presentaron, alguna bonanza pero también de mucho trabajo, en ocasiones de 4 en la madrugada a las 5 o más de la tarde, algunas veces sin descanso semanal. Condiciones de trabajo duras pero vivíamos en mejores condiciones habíamos comprado algunas propiedades y al parecer nuestra economía estaba bien establecida.

Para este tiempo ya nuestros hijos habían nacido 4 y todo lo mirábamos color de rosa. Fuimos a México con mi familia algunas veces lo cual era gratificante, descansábamos un poco y nos relajábamos conviviendo un poco con la familia, tal vez con convivir más con mi familia vendimos la casa que habíamos comprado en México, en realidad no la ocupábamos pues cuando estábamos allá llegábamos con mis padres y como inversión no nos gustó. Hasta este momento pensamos que habíamos logrado el sueño americano, lo que si no analizamos es que este país "USA" es capitalistas al 100% de tal manera que las compañías financieras pueden derrumbar un sistema y eso fue lo que se estaba gestando. Claro que el gobierno lo sabía, los bancos lo sabían y los grandes consorcios financieros también lo sabían. Los que no lo sabíamos éramos los pequeños inversionistas. La situación se manejó así: te vendían una propiedad, una casa, que antes costaba 300,000 dólares en 700,000 dólares. Pensarías: está

carísima, pero no, te ofrecías un préstamo con el 2% de interés y ahí es donde tú te enganchabas por que analizando el préstamo al pago de esta casi sería lo mismo y los intereses no subían casi nada, y la casa al pagarse tendría el valor de cuando lo compraste y más buen negocio, pensarías, pero no. La verdad era que ese interés era sólo por dos años y al término entraba un APR. Con intereses de hasta 16 ó más por ciento de tal manera que el pago te quedaría en más de 6,000 dólares por mes. Con esto a 30 años se hacía una deuda imposible de pagar.

Otra manera era que si tú financiabas una propiedad ya pagada te daban hasta 30,000 dólares pero a caer a lo mismo, se convertía en una deuda el doble o tal vez más del préstamo, por lo cual algunas de nuestra propiedades optamos por suspender los pagos por que era imposible llegar al pago total. Si de una casa, por ejemplo, pagábamos 800 dólares, con estos cambios se tendrían que pagar hasta 4,000 dólares, lo cual era imposible. La economía de país cayó y se llegó a pretender que fuera una recesión económica. Con esto nosotros perdimos muchas propiedades y llegamos a creer que quedamos en la ruina, lo cual no fue tanto pero si perdimos nuestro crédito y por mucho tiempo no pudimos tener dinero fresco de préstamos, dependimos sólo de mi trabajo que claro también bajo mucho. Yo nunca entendí por que una situación promovida por el sistema bancario del país al final de cuentas el gobierno federal inyectó millones y millones de dólares al este sistema para la recuperación, algún día tal vez entenderé.

Algunas personas nos ayudaron desinteresadamente y con el tiempo la recesión terminó, las finanzas se recuperaron, nosotros empezamos lento a salir adelante. Fue una tremenda lección que nos salió carísimo pero al fin la aprendimos, hoy estamos nuevamente trabajando muy duro. Mi esposa está a cargo de un empaque de productos para fiestas infantiles estamos distribuyendo en una gran parte de la costa central. Seguros que vamos por buen camino pero lo que si puedo asegurar es que no volaremos tan alto, lo haremos a una altura que corresponda a la economía de este país por que aprendimos la lección

Lo que no me dijo Luis: En realidad Jorge Luis es una persona que se ha dedicado a su familia y ayudar al prójimo. Ya páginas atrás decíamos que construyó una casa y quedó como patrimonio familiar pero, ¿quien de la familia no le he pedido algo y si esta su alcance se los ha concedido? Así pues ha ayudado a hermanos y parientes no sin dejar de hacerlo con todo aquel que le pide ayuda. Una vez, por decir algo al respecto, se encontró a alguien conocido en la ciudad de Salinas. Estaba bastante triste sentado en plena banqueteta. Luis se le acercó preguntándole:

- ¿Qué te pasa?
- Ando sin dinero y tengo dos días de mal comer y es que no he podido trabajar.

Sin pensarlo le dio 50 dólares. Pasado el tiempo lo buscó y le pagaba el dinero.

- ¿Cuál dinero? -le dijo-. Yo no me acuerdo que te allá prestado.

Este personaje se sonrió y le dio un abrazo.

Otra ocasión lo alcanzo un muchacho joven de su tierra al cual conocía. Muy serio le dijo que por favor le pagara, que no tenía dinero y que hacía mucho tiempo que le debía 200 dólares. Luis se quedó pensativo y le preguntó:

- ¿Cuándo me los prestaste?
- Hace tres años ¿te acuerdas? Aquella vez que tomamos juntos y a ti se te acabó el dinero.
- Ah, sí, —le contestó— y le dio los 200 dólares.

Se soltó riendo. Pobre amigo, yo nunca he tomado licor. Este había entendido que en su desesperación usó ese truco para que le diera dinero. Y así muchas cosas más. Recientemente se unió a un club para ayudar a su comunidad y paisanos. Yo conozco personalmente a Jorge Luis y en verdad es una persona a todo dar que a la fecha es un hombre maduro y se rodea de hijos y nietos y sí que es feliz.



Testimonios de migrantes
se imprimieron 300 ejemplares en
diciembre de 2017 en Integra,
Arista 2086, Guadalajara, Jalisco,
cuidado de edición: Amaya ediciones,
www.amayaediciones.mx



Por las culturas de Estados Unidos y México que se han modificado debido a nuestra influencia como trabajadores binacionales es que se ha escrito este libro, por personas con sueños, ilusiones, problemas y satisfacciones que han platicado sus historias individuales. Cada uno de ellos representa a su pueblo, a su familia, al programa bracero y al período de los indocumentados; cada uno explica, con sus palabras, cómo le fue en el baile. Testimonios como estos los he escuchado desde hace cincuenta años, gente como uno que dejó a su pueblo, su esposa, sus hijos, su terruño, y vino a buscar mejores posibilidades de vida.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de los Altos

ISBN: 978-607-8408-35-1



9 786078 408351